

SUCEDIÓ EN
PALMETTO

Erskine Caldwell



Lectulandia

Ha habido un silencio de casi diez años en la obra del novelista norteamericano Erskine Caldwell. Tras el eco de su magistral *El camino del tabaco* siguieron varias novelas localistas, plenas de denso sabor humano. Luego llegó el aludido silencio, apenas roto por algún que otro cuento y crónica de viajes. Vivía en el retiro campestre de su residencia del Estado de Maine.

Ahora aparece esta novela, su último libro grande, que rompe con esa línea regionalista. Salimos del ambiente de las pobres familias obreras y campesinas de su región natal de Georgia, pero sigue conservando su mismo fino sentido del humor y aquella su vívida y natural manera de dar realidad a sus personajes. Vuelve a la línea de su planteo de problemas psicológicos universales y de potente dramatismo.

En este libro traza Caldwell el retrato de un pueblo norteamericano en el cual, tanto la gente como el mundo invisible de sus intereses y sus convenciones, concentran su atención sobre Vernona, la joven y linda maestría recién llegada. La trama externa consiste en la forzada adaptación al medio y en el asedio masculino, narrados por ella con naturalismo e intensidad extraordinarios. Pero hay algo más, hay algo que fluye por dentro del libro y que plantea con hondo dramatismo un problema eterno. El problema del destino.

¿Existe en nuestra vida una preordenación fatal e inmutable a la cual no podemos escapar? El personaje de este libro, la joven Vernona, lucha por salirse de la ruta que le imponen sus instintos y por forjarse un modo de vida más acorde con la moral externa. Esta es la tragedia dura y real que vive la chica que en Palmetto lucha contra su destino.

Lectulandia

Erskine Caldwell

Sucedió en Palmetto

ePub r1.0

Titivillus 06.06.16

Título original: *Episode in Palmetto*
Erskine Caldwell, 1950
Traducción: José Bosch

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO I

VIERNES... por la tarde

La campana del corredor dió el toque de salida y hubo en su estridencia algo comparable a esos deseos que, a fuerza de insistentes, terminan por cumplirse.

De pie junto al pupitre, sintiendo el cálido roce de sus rodillas tensamente apretadas, Vernona Stevens se repetía a sí misma una y otra vez que debía conservar la calma hasta que el último de sus veintiocho alumnos abandonara la sala.

Era un viernes, avanzado el mes de setiembre. Acababan de dar las tres de la tarde. Terminaba recién la primera semana de la temporada escolar, y desde el lunes no hacía ella otra cosa que preguntarse por qué no se había ido a vivir a Washington con Inés apenas tuvo esa oportunidad.

Su hermana mayor que, a voluntad, sabía mostrarse temerariamente impulsiva o fríamente calculadora, y que había abandonado una buena posición en el servicio civil para vivir a expensas de un contralmirante retirado —(un amigo rico que se ha interesado vivamente por mí —explicaba Inés)— trató por todos los medios de convencer a Vernona de que no tenía temperamento para maestra y de que sería mucho más feliz disfrutando la excitante vida de Washington.

Vernona, sin embargo, en vez de ir a Washington, pidió prestados 500 dólares a un tío y obtuvo su certificado bianual de docencia en un instituto del Estado. Lo hizo para demostrarse a sí misma que no era inevitable vivir como su hermana, ni mucho menos tener el mismo modo de ser, pese a sus muchos puntos de semejanza, tantos en verdad, que a menudo eran tomadas por gemelas. No tenía, por otra parte, la menor intención de volver por ese instituto a renovar su certificado bianual; sino que, después de enseñar un año —o dos a lo sumo— pensaba casarse y formar su propio hogar.

Y allí estaba ahora, a casi trescientos kilómetros de su casa, entre gentes extrañas y frente al ajeno paisaje de las tierras bajas, profundamente descorazonada y confundida, dudando mucho de que pudiera permanecer en la enseñanza, ni por ese año solamente. Por primera vez en su vida conocía la soledad y la añoranza. Nunca antes se había sentido tan decididamente desdichada.

Apenas tuvo la certeza de hallarse sola, aunque todavía alborotaban en el vestíbulo las voces de los niños y niñas del noveno y décimo grado, se dejó caer con alivio en su sillón y escondió el rostro entre las manos. Luego se echó a llorar como si sólo eso importase.

No tenía idea de lo que iba a ser de ella en adelante, y ni siquiera se preocupaba por ello. Si Inés hubiera estado entonces a su lado, haría lo primero que le aconsejase.

El director, Milo Clawson, quien —además de enseñar matemáticas e historia—

entrenaba los equipos de atletismo, se hallaba en la cancha de fútbol; y las otras dos maestras de Palmetto, *Mrs. Beatenbaugh* y *Ruth Hollingsworth*, se habían precipitado ya hacia el descanso de fin de semana.

El chato edificio escolar, de un solo piso, quedó de pronto sumido en una silenciosa quietud, y Vernona supuso que el portero no tardaría en presentarse allí para hacer el barrido y la limpieza. No quería que nadie la viese llorar de ese modo, aunque nada hacía, sin embargo, por evitarlo. Sabía que ningún miramiento sería capaz de contener su llanto, pues había traspuesto el umbral del autodomínio. Durante toda la semana se había mostrado valerosa, inmutable, resignada; pero ahora sus lágrimas no admitían nuevas represiones.

No existía ningún motivo concreto para ese llanto —ninguno que no fuese meramente subjetivo— pues todo el mundo, incluyendo a *Milo Clawson*, había sido amable y servicial con ella durante aquella primera semana. Todos ellos parecían hallarse empeñados en que se aclimatase. Hasta *Blanche Neff*, en cuya casa se hospedaba, se mostraba maternal y considerada, haciendo todo lo posible para que el hospedaje le resultara confortable y hogareño. El único consuelo que tenía era pensar en que tal vez la mayor parte de las jóvenes de su edad que abandonaban por primera vez su hogar para ejercer la enseñanza, experimentaban tarde o temprano idéntico aplastamiento y caían en tales angustiosos accesos de lágrimas. No era pues el suyo un sentimiento diferente; pero tenía la impresión de que iba a durar una eternidad. Además, sentía como si la vida no mereciera la pena de vivirse.

Vernona era una joven atrayente, de cabellera castaña, ojos oscuros, estatura mediana, y un peso que prometía no exceder jamás de 54 kilos. Su cabello, color chocolate, era exuberante y ondulado, y sus labios ofrecían una provocativa redondez. Sus vestidos, aunque sencillos y más bien baratos, le sentaban siempre como un adorno, y en todo instante acostumbraba ir bien ataviada, donosamente pulcra. Nunca dejaba de llamar la atención a primera vista, así estuviera sola o en grupo numeroso, sobre todo a causa de su gracia, de sus senos bien señalados, y de la placentera conformación de su figura.

Las mujeres, en su mayoría, o le eran abiertamente hostiles o la envidiaban en secreto. Los hombres eran —por los más diversos modos— emocionalmente sensibles a su presencia, ya fueran apenas niños o ya tuvieran el doble o el triple de su edad. Siempre había gustado la compañía de los hombres, llegando a desear sus atenciones, y mucho le costaba no prodigar su afecto sin regateos a cualquiera que le gustase. Con el tiempo, esta rendida afección se iba haciendo más fuerte y pronunciada, y le costaba mucho más controlarla. Una vez, antes de abandonar el colegio, se había comprometido con *Don Lander*, un muchacho de su misma edad, y puesto que era un hecho que iban a casarse no escatimó las más apasionadas muestras de amor, y a menudo llevó en ellas la iniciativa, aún hasta en los casos en que él se resistía. Pero *Don Lander* terminó por cansarse de ella y, roto el compromiso, se casó con otra muchacha tres años menor. Siempre, hasta donde alcanzaban sus recuerdos,

había sido su más fervoroso anhelo el casarse joven y formar un hogar. Con todo, necesitaba estar segura de que la próxima vez que se enamorase y diera su corazón a alguno, sería para sentirse protegida y segura. Temía que otra experiencia como aquella le hiciese seguir las huellas de Inés.

Casi un cuarto de hora transcurrió antes de que Vernona se percatase de que no estaba sola en la sala. Al principio no se preocupó de si era el portero o algún otro; pero de pronto contuvo sus sollozos y prestó oído. El eco de su propio nombre, extraño y como irreal, rozaba apenas su conciencia:

—¡Miss Stevens! ¡Miss Stevens!...

Antes de levantar la cabeza del pupitre intentó enjugarse las lágrimas; pero fue un impulso desganado, a medias, y entonces comprobó que —íntimamente— le preocupaba muy poco su aspecto. El mundo no parecía importarle mucho. Sentía como un alivio al mostrarse así. Las lágrimas seguían, rodando por sus mejillas, y no tardó en soltar de nuevo el llanto. Sin embargo, al poco rato, volvió a oír aquella voz que parecía musitar su nombre:

—¡Miss Stevens!... ¿Qué le ocurre?...

Al oír esto contuvo el aliento y volvió a prestar oído, preguntándose quién sería el que así le hablaba.

—¿Por qué no me contesta... Miss Stevens?...

Vernona alzó la vista. Por entre las lágrimas que nublaban sus ojos vió escorzarse el rostro familiar de Floyd Neighbors, alumno del grado diez puesto bajo su inspección en las horas de estudio. En aquel momento no hubiera podido decir si la presencia de Floyd le causaba complacencia o enojo. Al cabo de unos minutos, confortada quizá por el pensamiento de que ya no estaba sola, dejó de llorar.

Floyd se había aproximado a la tarima del pupitre, y ahí estaba, en el centro de la sala, contemplándola con perplejidad. Al verlo allí comprendió cuán inconveniente resultaba que uno de sus discípulos la viese llorar, pues era presumible que luego lo sabría todo el colegio; pero ya era demasiado tarde para impedirlo. Pensó en lo difícil que sería explicarse ante Milo Clawson y los demás profesores si llegaran a preguntarle por qué lloraba en la sala después de clases.

Floyd Neighbors era un muchacho de elevada estatura, y tenía dieciséis años, la misma edad de su hermana menor. Bastante desarrollado para sus años, era un estudiante despierto y aplicado, y a la vez uno de los mejores atletas de la escuela. Su padre, Ed Neighbors, era propietario de la única botica de Palmetto —la «Neighbors Drug Company»—, situada en la calle principal, y a ella acudían con frecuencia después de las clases alumnos y profesores, a tomar sus sodas refrescantes. Floyd, durante el año anterior, había estado ayudando a su padre los días sábados en el negocio.

Desde las primeras clases, Vernona venía advirtiendo que Floyd pasaba gran parte de las horas de sus estudios dirigiéndole miradas intencionadas, tanto que ella había llegado a tener la incómoda impresión de que o el muchacho desaprobaba el tono

oscuro de sus cabellos, el torneamiento de sus piernas, el modo cómo la ceñía su vestido, o bien se sentía fascinado por ella. De todos modos, cualquiera fuese el rasgo suyo capaz de llamarle la atención de modo tan absorbente, ella no acertaba a definir si se sentía molesta o halagada por su impertinente contemplación. Desde que notara esto por primera vez, había advertido que perdía algo de su naturalidad en presencia del niño, y, en diversas oportunidades, se sorprendió a sí misma acechando una ocasión para dirigirle una rápida ojeada y comprobar si la estaba mirando. Como esto ocurría siempre, sus miradas se encontraban casi invariablemente y Floyd esbozaba entonces una tímida sonrisa.

Justamente el día anterior —jueves por la tarde— Floyd se había demorado más de la cuenta en su banco, en tanto que todos sus demás condiscípulos habían salido, y ella tuvo la absoluta certeza de que se quedaba con la intención de decirle algo. En otras circunstancias, no hubiera hallado nada de particular en que un alumno se quedara después de hora para preguntarle algo relacionado con sus estudios; pero, en vez de darle a Floyd la oportunidad, recogió apresuradamente sus cosas, cerró con llave el cajón del pupitre, y salió dejándolo solo. Luego, durante el trayecto a su casa, se fue preguntando por qué había procedido de ese modo. Todo lo que se le ocurrió deducir fue que constituía en verdad un peligro consentir la excesiva familiaridad de un alumno, especialmente en aquella edad, antes de conocerlo mejor. Ahora, sin embargo, no había manera alguna de eludir su mirada indagadora y su aire interrogante, pues ahí lo tenía, cada vez más próximo.

—*Miss Stevens...* ¿por qué llora usted de ese modo? —le preguntó Floyd, aproximándose más aún—. ¿Qué le sucede, *Miss Stevens*?...

Pero pese a todos aquellos pensamientos, la alegraba su presencia allí, junto a ella. Esa agobiante sensación de soledad se había desvanecido como por encanto y de nuevo empezaba a sentirse una mujer normal. Terminó por sonreír.

—No es nada Floyd —replicóle, echando mano de toda su calma, pues temía traicionarse en el leve temblor de la voz—. Supongo que me he pasado la semana tratando de tener una buena sesión de llanto...

Pero apenas lo dijo, prefirió no haberlo hecho. Después de todo, era sólo un muchacho de grado diez y no un adulto con quien pudiera ella sincerarse:

—Ya pasó todo, Floyd. Vamos a olvidarlo, ¿eh? He sido muy tonta al amilanarme de este modo...

Se preguntaba en tanto cómo estaría impresionando a Floyd, con el rostro anegado en lágrimas y el cabello desgreñado.

—Y bien, Floyd... ¿quería hablar conmigo? —inquirió rápidamente, tratando de parecer personal—. Ya puedes consultarme...

—¿Qué la hacía llorar de ese modo, *Miss Stevens*? —inquirió él, obstinado.

—Quizá nunca debí ser maestra, Floyd. Sabrás que no todos tenemos aptitudes para la enseñanza... ¿Nunca lo oíste decir?...

De nuevo volvió a arrepentirse de lo dicho. Era como si la misma fuerza que

ponía en juego para impedir que el muchacho penetrara sus sentimientos, pusiera en evidencia toda la angustia encerrada en su corazón. Entornó los ojos, y sintió por fin como un alivio esa oportunidad de confiarse a otro ser humano que parecía dispensarle su simpatía. Como fuese, ya no estaba avergonzada de que Floyd Neighbors la hubiese visto llorar.

—Me alegra que sea usted maestra —le oyó decir.

Abrió los ojos con sobresalto. Vió que él la estaba mirando de hito en hito, y tardó en replicar:

—¿Por qué, Floyd?... ¿Por qué dices eso?...

—Porque si usted no hubiese sido maestra, y no hubiese venido a dar clases en Palmetto, yo nunca la habría visto...

Sin detenerse en pensar, ella empezó a decir:

—Floyd... ¿por qué tú...? —Pero se interrumpió bruscamente.

—Usted es maravillosa, *Miss Stevens*. Nunca había yo visto a nadie como usted.

Se sintió culpable de haber motivado tales palabras, las mismas palabras que seguramente le hubiera dicho la víspera en caso de darle ella ocasión. Sobrevino una pausa embarazosa, y sus incómodas miradas revelaban hasta qué punto podía llegar a ser grave todo aquello. Ahora estaba plenamente segura de que había despertado interés en el muchacho, y no un interés didáctico por cierto. Así pues, las perspectivas eran escalofriantes. Nunca había siquiera imaginado que pudiera sucederle semejante cosa.

Buscó desesperadamente alguna frase apropiada para decepcionarlo, a fin de que, en adelante, desistiera de fastidiarla.

Empezó por reírse de él, y aunque su risa no fue muy sincera, logró de todos modos el necesario acento de crueldad, pues Floyd pareció resentido.

Luego comentó con aire intrascendente:

—Apuesto a que le dices lo mismo a todas tus maestras, Floyd...; pero no necesitas de eso para obtener buenas notas... Basta con que estudies a conciencia...

Pero él dió la callada por respuesta, y ella bajó la vista, incapaz de resistir su mirada penetrante. Sabía que el muchacho no la disgustaba; había en él algo poderosamente llamativo. Sintió impulsos de aproximársele y de pedirle disculpas por haber herido sus sentimientos.

—No me importan las notas, *Miss Stevens* —dijo él, lentamente—. Y jamás le he dicho eso a nadie antes...

Cualquiera fuese su propósito —y la espantaba adivinar el único posible— resultaba claro que no era con palabras ni con actitudes como había que disuadirlo. Sorpresivamente, Vernona se apartó un tanto y empezó a recoger sus útiles; pero, de reojo, alcanzó a ver que él daba un nuevo paso hacia el pupitre, y algo le advertía que estaba contemplándole el cabello con morosa delectación. Apenas consciente de lo que hacía, Vernona se puso de pie, mostrándose en toda su esbeltez, y, con gracioso movimiento de cabeza, volvió a su lugar un mechón rebelde. Entretanto, sentía que

los ojos del muchacho vagaban excitados por su cuerpo.

—*Miss Stevens*... —dijo, como intentando una pregunta.

Vernona se volvió, ceñuda:

—De una vez por todas, ¿qué haces aquí, Floyd? —inquirió, tan severamente como pudo. ¿Por qué no estás jugando al fútbol, como otras tardes, con los demás muchachos del equipo?...

Floyd, por toda respuesta, le clavó unos ojos firmes y penetrantes. Era evidente que su aspereza lo había herido. Vernona tuvo la sensación de que nada podría ella ocultar a la perspicacia de esa mirada. Apartó el cabello de su rostro y se arregló el cuello del vestido, y, al hacerlo, advirtió que de nuevo le temblaban las manos.

—¿Por qué no me contestas, Floyd? —dijo.

—Hoy no tenía ganas de jugar, *Miss Stevens*, y *Mr. Clawson* me dijo que si no participaba del entrenamiento me fuera a casa...

—Entonces... ¿por qué no te has ido a casa, Floyd? —Y quedó esperando su respuesta; pero él no contestó—. ¿Por qué has vuelto aquí... a fastidiarme después de hora?... Floyd dió otro paso hacia ella. Ahora la tenía al alcance del brazo. Vernona temía un nuevo encuentro de sus miradas, comprendiendo que si no se guardaba de él y le dejaba suprimir toda distancia, perdería en el acto el ascendiente.

Se preguntaba si el portero, o *Milo Clawson*, o, en fin, cualquier otro, oirían sus voces en caso de gritar. Quedó así en un ansioso alerta, tratando de adivinar los pensamientos del muchacho y de ocultarse a sí misma sus propios pensamientos, mientras percibía el impaciente restregueo de los dedos de Floyd en el borde del escritorio. Tanto el propósito como la capacidad de resistirlo se debilitaban en ella por momentos. Comprendió que sería más fácil dejarse desear por el muchacho.

—No me has contestado, Floyd —lo instó con aspereza—. ¿Por qué no te vas a casa... por qué sigues aquí?...

Le dirigió una mirada de soslayo y vió que antes de contestar se pasaba la lengua por los labios reseco:

—Porque he querido quedarme para acompañarla hasta su casa, *Miss Stevens* —dijo con atrevido y juvenil desenfado—. Ese es el motivo, *Miss Stevens*.

Ambos estaban ahora nerviosos. Vernona pudo advertir el ligero temblor de sus brazos, que la tensión le hacía oprimir estrechamente contra su cuerpo.

—Déjeme hacerlo, *Miss Stevens*. ¿Me lo dejará, no es cierto? ¿No está bien eso? ¿Permítamelo! Para eso me quedé. Le llevaré los libros, o lo que usted quiera. ¿Me dejará, *Miss Stevens*?

El esplendoroso sol de Setiembre hacía que la tarde fuese cálida e inquietante. Fustigaba implacable las copas de los árboles que bordeaban el patio, se colaba como una llama por las ventanas de la sala de clases e iba a agujinear la afiebrada piel de la maestra, obligándola a enjugar su húmeda frente con el dorso de la mano. El frío y la escarcha de comienzos de semana habían cesado bruscamente para dar lugar a esta falsa primavera.

—Déjeme, señorita, por favor —seguía rogando él, sin la menor cohibición. Ella apreciaba entretanto la intensidad de su urgencia.

—Por favor, señorita, dígame que sí... ¿Me dirá usted que sí?...

—Floyd... —comenzó a decir, como en un balbuceo. Seguía apretando las rodillas para evitar el temblorcillo de su cuerpo.

—Tendrá que dejarme, *Miss Stevens* —insistió aún el muchacho—. ¡Tendrá que hacerlo! ¿No me oye?

Interrumpió los ruegos y, ansioso, quedó pendiente de sus labios. Se hizo un silencio que Vernona empleó en un detenido examen de aquel rostro. Tenía sólo dieciséis años; ella lo aventajaba, pues, en seis, y, sin embargo, en aquel momento no parecía existir tal diferencia en sus edades. Bien podría él tener veintidós, y ella dieciséis. Le llevaba varias pulgadas en la estatura y pesaba unos doce kilos más, por lo menos. Además —aunque de cierta infantil manera— era buen mozo, y si tuviera diez años más la incertidumbre que ahora la acometía sería indudablemente mucho menor. Si no fuese tan joven iría quizá mejor peinado, y sus ropas parecerían recientemente planchadas, sería menos desgarrado y tendría más confianza en sí mismo. En tal caso ella ciertamente podría, de buena gana y sin remordimiento, acceder a cuanto le pidiese. Sería muy difícil rehusárselo.

Vernona cerró bien los ojos y movió la cabeza como para ahuyentar tales pensamientos. Quedaba en pie un sólo hecho —se recordó a sí misma con decisión—: ella era la maestra, y él... el discípulo.

—Floyd Neighbors —manifestó, con todo el enojo de que fue capaz— ¿es amistad lo que me propones o es... algo más? —Lo miró de frente, severa, sin asomo de sonrisa—. Porque si es algo más...

Se interrumpió, incapaz de mantener el tono, y, sin arriesgar una nueva mirada, se precipitó hacia afuera. Poco le costaría a él sin embargo, impedirle que abandonara la sala, y, por otra parte, si ella lo intentaba, sus cuerpos tendrían que rozarse al traspasar el umbral hacia el vestíbulo.

Volvió sobre sus pasos y enfrentó a Floyd. En esos pocos segundos, mientras el corazón le latía apresuradamente, se dijo que su carrera de maestra —por incipiente que fuese— era mucho más importante que las sensiblerías de uno de sus discípulos. No podía darse el lujo de permitir tales interferencias.

—Floyd... ¿qué diría la gente al ver a un muchacho de tu edad caminando por la calle junto a una maestra de mis años?... ¿No crees tú que todo Palmetto hallaría eso muy singular? Podría suscitar comentarios, ¿no?...

—No me importa lo que diga la gente, *Miss Stevens* —replicó sin titubeos— pueden decir todo lo que quieran. A mí me gusta usted, y eso es lo único que me importa...

—¿Aunque sea mayor... mucho mayor... que tú?...

—No interesa. De todos modos... no es tan mayor.

—Floyd —agregó ella, con gravedad—... Seguramente tienes alguna amiguita...

¿Qué pensaría de todo esto?...

—Ninguna otra me gusta. Nunca me gustó una muchacha antes de verla a usted. Ni volverá a gustarme ninguna mientras viva. Sólo usted me gustará siempre.

—¿Me dirás de qué modo especial te gusto, Floyd? —le preguntó, como burlándose—. ¿Es mi talento, son mis métodos de enseñanza... acaso mi sentido del humor, lo que tanto te atrae? Necesito estar segura de comprender esto a fondo, a fin de obrar en consecuencia. ¿Se trata de un sentimiento platónico o quieres hacerme el amor? ¡Ea! Pongamos las cartas sobre la mesa...

—Bueno... —profirió, bajando la vista—. No sé exactamente lo que quiere decir. —Pero luego, alzando de nuevo los ojos, fue bastante explícito:

—Hay una sola manera de gustar de usted *Miss Stevens*. Usted está hecha para eso. Nadie sabría gustar de usted de otro modo. Lo he venido pensando desde que empezamos las clases... el lunes por la mañana. La vi entrar y me gustó en el acto. Me gustó una enormidad. Desde ese momento, minuto a minuto, no ha hecho otra cosa que gustarme cada vez más. Y va a seguir gustándome. Puede decir lo que quiera; pero nada me acobardará. Tengo que gustar de usted, *Miss Stevens*. No puedo evitarlo.

—Floyd... ¿y si yo te dijera que tengo un amigo maravilloso... que me subyuga, y que se ha comprometido a casarse conmigo? ¿Qué harías tú?

—No me lo imagino. Pero, de todos modos, creo que no cambiarían mucho las cosas. Seguiría gustándome usted. Estoy resuelto. No voy a echarme atrás pese a todo lo que pueda decirme.

Nadie había hablado jamás a Vernona de esa manera. Aquello la impresionaba de un modo extraño: placentero a la vez que espeluznante; y se preguntaba qué hubiera sido de ella si —cuando tenía dieciséis años— alguien le hablara así. Al pensar en que hacía sólo un instante derramaba lágrimas amargas sobre aquel pupitre, compadeciéndose de su destino y lamentando no haber escuchado a su hermana en vez de dedicarse a la enseñanza, sólo podía explicarse todo eso como un sueño absurdo, o como un desgraciado accidente ocurrido a otra persona.

—¿Está pensando en una nueva excusa, no es cierto? —dijo luego él—. No sacaré nada.

En verdad, lo que ahora estaba pensando era que lo imprevisto del caso quizá le hacía exagerar la prudencia. Probablemente el interés que por ella manifestaba Floyd Neighbors no era más que la adhesión infantil e inofensiva de un colegial por su maestra, que pasaría pronto sin dejarles ni siquiera un recuerdo. Era, pues, ridículo que estuviera tomando a Floyd tan en serio. Probablemente nunca le había hecho el amor a una muchacha.

—Por supuesto que puedes acompañarme a casa, Floyd —dijo, por fin. Le alargó los libros con gesto invitador y echó a andar delante en dirección al pasillo. Casi al momento estuvo Floyd a su lado, mirándola con ojos ansiosos.

—Lo que hacía era cerciorarme bien de que tu deseo de acompañarme era

sincero, Floyd. Cualquiera maestra se siente halagada al comprobar que tiene discípulos dispuestos a escoltarla hasta casa llevándole los libros. Me complace mucho este gesto tuyo.

Mientras atravesaba el patio y alcanzaban la calle, Floyd no despegó los labios. Seguía caminando junto a ella, y, como queriendo tal vez asegurarse que ya no formulaba reparos a su compañía, hizo que en varias ocasiones su mano rozara a Vernona. Ella fingió no advertirlo.

—Miss Stevens —empezó a decir de pronto, casi en un jadeo, como si no pudiera contener ya por más tiempo su pregunta:

—Miss Stevens, puedo yo... o mejor dicho, ¿está usted dispuesta a dejar que me guste usted... en la forma que le dije?

Por supuesto, Floyd —repuso, con una risita—. Quiero gustarte. A toda joven le interesa agradar. Me sentiría muy apenada si no te gustara.

Caminaron un rato muy juntos. Habían hecho la mitad del camino hacia la casa de Mrs. Neff.

—No me estoy refiriendo a eso de platónico, ni a nada de lo que usted dice. Tampoco a cosas de la escuela... y demás por el estilo. Me refiero a la forma en que me gusta: ¡a eso que le dije!

—Por supuesto, Floyd. Puedes gustar de mí como te plazca.

—¿De veras, Miss Stevens?

—De veras, Floyd.

—¿Ahora mismo?

Vernona movió la cabeza en señal negativa:

—Cuando seas mayor, si es que aún persistes y no te has enamorado de otra.

—¿Cuántos años mayor? —Fue su urgente pregunta.

—¡Oh... unos diez años! Veamos... dentro de diez años tú tendrás veintiséis y yo treinta y dos. —Y no pudo menos que reírse:

—Floyd... cuando yo tenga treinta y dos no te atreverás a mirarme dos veces seguidas, ¿sabes?...

—Eso no tiene nada que ver. De todos modos, no voy a esperar tanto.

—¿Por qué no?

—Porque quiero que sea ahora mismo.

—Sabrás esperar si yo te lo pido, ¿verdad, Floyd?

—¡No!

Tenían ya a la vista la casa de Blanche Neff, un blanco edificio de dos pisos situado en la esquina. De pronto, Floyd la detuvo aferrándola por un brazo y ambos quedaron dándose las caras, en la umbría vereda de grava. Rojos chalecitos de ladrillo y blancos edificios se alineaban a ambos lados de la calzada; pero ni en porches ni terrazas se veía alma viviente que pudiera observarlos. Sólo a la distancia, en una esquina de la manzana próxima, se divisaba un grupo de escolares que, camino de su casa, se habían detenido a jugar en un promontorio de arena.

—¿Qué te ocurre, Floyd? —le preguntó.

—Miss Stevens... ¿podría acompañarla mañana nuevamente hasta su casa?

—No, Floyd —repuso ella con firmeza—. Creo que no debes hacerlo. No sería prudente. Una vez está bien; pero nada más.

Vernona vió tal decepción en el rostro del muchacho que sintió pena por él y lamentó no haber hallado otras palabras para decírselo. Le dolía verlo tan afligido. Trató de animarlo con una sonrisa.

—No veo por qué —dijo él, con voz quebrada.

—Por esta vez no tiene nada que ver, Floyd. Pero si las gentes te ven muy seguido acompañándome a casa, se preguntarán a qué se debe eso y luego empezarán las murmuraciones. En un lugar tan pequeño como es Palmetto una maestra de escuela no puede dejar que esto ocurra. Probablemente, y en menos que canta un gallo, le pedirían la renuncia. No puedo, por nada del mundo, permitir que eso suceda.

—No me importa lo que diga la gente.

—¿Tampoco te importa lo que dirían de mí?

Mientras él, por toda respuesta, clavaba con aire mohíno los ojos en el suelo grava, Vernona se le escurrió y echó a correr precipitadamente calle abajo. No volvió la cabeza, sin imaginar que Floyd iba a seguirla todavía el trecho restante.

Abrió la verja y, siempre de espaldas, pasó al jardín. Floyd la alcanzó en el preciso instante en que se cerraba el pestillo. Alargó la mano y logró descorrerlo; pero en el acto ella lo contuvo, y movió la cabeza negativamente.

—Déjeme pasar al porche —dijo él, y agregó—: Necesito decirle una cosa.

Vernona insistió en su negativa.

—¿Por qué no? —porfió el muchacho.

—Por muchas razones, Floyd. Algunas las conoces tan bien como yo.

—¿Puedo volver esta noche, después de la comida, para verla de nuevo?

—No, Floyd.

—Para entonces todo estará a oscuras. Nadie lo sabrá. Podremos ir a un lugar donde nadie nos vea.

Nueva negativa.

—Sé de muchos lugares que nadie conoce.

Vernona no contestó.

—¡Todo es porque vendrá a verla Jack Cash!, ¿no?

—No sé a quién te refieres, Floyd.

—Subiré a su habitación entonces —prosiguió con pertinacia—. He descubierto una escalera detrás del porche. Sé cómo subir por ella. Es fácil.

—Eso no hace al caso, Floyd.

—¿Por qué?

—Porque... —Y se interrumpió, preguntándose hasta qué punto el muchacho era consciente de lo que decía. Luego trató de echar mano de un argumento decisivo para desanimarlo de una buena vez:

—Porque eres apenas un niño... un niño de dieciséis años y yo soy mucho mayor que tú. Ese motivo debiera bastarte, Floyd. Debieras comprender que una mujer de mi edad no puede interesarse por ti. ¿No lo comprendes, Floyd? ¡Ve a pedirle citas a las muchachas de tu edad!

—No veo la diferencia. Como sea, usted me gusta. Quiero ir esta noche a su habitación.

—Floyd... un hombre no debe pedir a una muchacha... a una muchacha decente, que lo reciba en su habitación. No es propio.

—No veo por qué no pueda yo ir a su habitación.

—Hay dos clases de muchachas, y... evidentemente, me has incluido en la peor.

—No sé de qué clase sea usted; pero me gusta.

Más de una vez Vernona había oído discutir en el Instituto el problema que planteaban ciertos alumnos que se apasionaban por sus maestras y querían hacerles el amor; pero tal cosa le pareció siempre demasiado teórica, y hasta fantástica. Nunca se había visto en el caso de tomar el asunto en serio. Incluso ahora mismo le resultaba fantástico, porque —por alguna razón que no acertaba a definir— Floyd Neighbors no le parecía ligado a la sala de clases ni a la escuela sino apenas por un remoto vínculo. Le resultaba más real imaginárselo junto a ella en algún recoleto refugio, libre de miradas indiscretas, y de pronto se preguntó qué sensación experimentaría si en ese momento Floyd la estrechara en sus brazos y tratase de besarla.

—Floyd... ¡te exijo que olvides todo esto! —dijo, al cabo, con ostensible urgencia, presintiendo cuán peligroso era permitir que tales imágenes se formaran en su mente—. Por favor, no vuelvas a repetir nada semejante. Te exijo que lo olvides. Sé que lo harás si es sincero el afecto que dices profesarme. Soy tu maestra, no puedo significar otra cosa para ti. Recuerda eso siempre: ¡en la calle, en la escuela, dónde quiera que te halles!

Se sorprendió así misma mirándolo a lo hondo de los ojos. Estaba un tanto enojada con él por haberle hablado del modo en que lo hizo, y había fruncido el ceño sintiendo que eso la ayudaba a sostener su determinación. Era importante mostrarse resuelta, se decía, pues no se le escapaba que no sería para ella ningún sacrificio dejarlo salirse con la suya. Ante un muchacho de sus atractivos, estaba muy expuesta a perder el control; y una vez que esto ocurriese no le quedaría otra cosa que presentar la renuncia y abandonar el pueblo en el acto. Veía ya a Inés riéndose de ella por haber creído en sus aptitudes para la enseñanza. Lo vió todo tan claro en ese instante que mordió los labios en un rictus desesperado:

—Lo que debes hacer, Floyd —dijo— es volver a la cancha de fútbol. Y concurrir a ella todos los días. ¿Me lo prometes?

—No volveré a jugar fútbol en mi vida —le replicó, rotundo—. Ya me he hecho esa idea, y usted no podrá cambiarla. —Con brusco impulso se estiró sobre la verja y la tomó fuertemente por un brazo—: ¡Tendrá que decir que sí a algo que yo quiero!

Espantada, trató de desasirse; pero él la apretó aún más. Vernona volvió la cabeza

hacia el interior de la casa, temerosa de que Blanche Neff pudiera estar en el porche observándolos.

—Por favor, déjame ir, Floyd —suplicó—. Ya sabes que no puedo conducirme así.

—La dejaré ir cuando me diga que sí.

Comprendió que no era el momento para ponerse a pensar en lo que él quería significar con aquel *sí*. Sin embargo, necesitaba saber a qué se refería; pero no estaba segura de si debía preguntárselo. Por otra parte, aquel garfio le estaba haciendo doler demasiado el brazo.

—¿Vas a decirme que sí? —la acosó.

—¿De qué estás hablando, Floyd? —dijo ella tratando de mostrarse serena—. No sé a qué te refieres.

—Primero tiene que darme su palabra. Nada bueno espere si antes no me promete que dirá que sí.

Se oyeron los pasos de un transeúnte que se acercaba. ¡Buena la harían si, al pasar frente a la verja, veía a aquel colegial de grado diez aferrando de ese modo a su maestra por un brazo! Había que hacer algo en el acto.

—Está bien, Floyd —asintió, mirándolo de frente—. Te lo prometo... Ahora, ¿de qué se trata?

—Le soltó el brazo y profirió tímidamente:

—Déjeme llamarla Vernona en lugar de... *Miss Stevens*.

La sorpresa que experimentó Vernona dió en el acto lugar a un gran alivio. El transeúnte que recién la alarmara, había cambiado de pronto el rumbo y, sin llegar a advertirlos, se introdujo en una de las casas vecinas.

—¿Eso... es todo? —preguntó ella, con toda cautela.

Ansioso, Floyd asintió con la cabeza:

—¿Me dejará?

—Sí... por supuesto —se apresuró ella a responderle, y, por primera vez desde que se hallaban en la verja, le dedicó una sonrisa—. Me complace tu deseo. Pero no en clase, ¿eh? ¡Por ningún motivo en la escuela!

—¡Claro que no! —aprobó él, agradecido, radiante como un sol—. Con eso me basta. Justito con eso... El resto del tiempo no puedo... no debo, llamarla *Miss Stevens*. Me siento feliz con eso.

—Podías haberlo pedido antes, Floyd —dijo ella—. ¿Por qué no lo hiciste?

—Tenía miedo a... miedo a que usted no me dejara.

Vernona tomó sus libros de manos de Floyd y empezó a subir los peldaños de ladrillos. Pero no había rebasado aún la mitad de los peldaños, cuando —por un motivo que nunca se preocupó de esclarecer— dió una brusca media vuelta y volvió sobre sus pasos. Parecía que el corazón iba a escapársele del pecho cuando se inclinó sobre la verja, echó los brazos al cuello de Floyd y lo atrajo hacia sí con todas sus fuerzas, besándolo apasionadamente. Quedó como colgada de él, con sus labios

apretados contra los suyos. No se movió hasta sentir que los brazos del muchacho enlazaban su talle, y entonces, recurriendo a toda su capacidad de sacrificio, consiguió zafarse.

—¡Hasta pronto, Floyd! —profirió por encima del hombro, mientras se volvía y echaba a correr hacia la casa.

La respuesta de Floyd fue apenas un confuso murmullo.

CAPÍTULO II

VIERNES... al anochecer

Estaban todos en el comedor, sentados a la mesa, cuando, a los postres, oyeron unos golpecillos confidenciales en la puerta cancel. Blanche Neff se mostró agradablemente sorprendida, raspó con ruido en su plato la última cucharada de natillas y, levantándose, abandonó la habitación.

Frente a Vernona, al otro lado de la mesa, los otros dos pensionistas: Thurston Mustard, comisionista agrario del distrito, y Jenny —su esposa— aprovecharon en el acto la oportunidad para llamar a Martha Belle, la cocinera negra, y pedirle les repitiera las natillas.

Thurston Mustard era un cuarentón cejudo, corpulento, de boca grande y voz de bajo, que venía a comer todas las noches oliendo a fertilizantes y dejando a su paso esa estela inconfundible del lodo que se adhiere en los chiqueros. Su esposa, que había sido inspectora de economía doméstica del Estado, y que ahora lamentaba haber renunciado a su sueldo para vivir con Thurston, se mostraba de continuo hosca y agresiva después de pasarse todo el día encerrada en su cuarto. A menudo los Mustard, cuando después de la comida subían al dormitorio, sostenían ruidosas y violentas disputas por cuestiones de dinero.

Haciendo crujir las tablas del piso bajo su carnosa corpulencia, Blanche Neff volvió al comedor irradiando excitación en su rubicunda cara redonda. Luego de arrellanarse en la silla, se aclaró la garganta con una tosecita.

—Ha llegado Jack Cash —dijo luego.

Thurston miró a su esposa y sonrió. Jenny, absorta en su segunda ración de natillas, permaneció indiferente.

Blanche había hecho el anuncio después de una pausa significativa, con aire de dirigirse a todos, sin mirar a nadie en particular mientras hablaba, y transparentando la gran satisfacción que le producía ser portadora de tales nuevas. Viniendo de Blanche Neff, el anuncio tenía que asumir el eco trascendental con que se predice el paso de un nuevo cometa o la inminencia de una sequía.

Eran alrededor de las siete y media, y hacía el calor suficiente como para mantener las ventanas abiertas en pleno setiembre. Un vientecillo fresco y arremolinado soplaba a intervalos desde la costa, agitando los cortinados de malla. Era la época del cambio de estación en las Praderas, cuando se esparcen los miasmas originados en las humedades del otoño y el verano; y tan pronto como pasara el calor extemporáneo del allí llamado «veranito indio», se haría necesario encender las estufas a carbón para preservar la casa del penetrante frío.

En el extremo opuesto de la mesa, Ash Neff, el marido de Blanche, seguía

comiendo —sordo al parecer a cuanto se hablaba a su alrededor. No le gustaba a Ash ser perturbado mientras comía, por lo menos hasta que no retiraba el plato vacío. Cuando terminó de cucharear su postre, se sirvió por sí mismo una nueva taza de café, la revolvió para disolver la generosa dosis de azúcar, se la tomó de un trago, y luego —retirándose un rato de la mesa— se echó cómodamente hacia atrás en la silla. Aprovechó la pausa para dirigir una rápida y furtiva mirada a Vernona a fin de observar el efecto producido en ella por el anuncio de su esposa; pero Vernona no parecía darse aún cuenta de su significado.

Ash era un hombre de unos cuarenta y siete años, dócil, de modales corteses, frágil contextura y casi completamente calvo, que rara vez hablaba en presencia de su esposa, a menos que ella lo animase de intento. Era presumible que el resto del tiempo permaneciera con la boca cerrada. Mostrábase inclinado a decir sin rodeos cuanto se le ocurría, y Blanche trataba de proteger a sus pensionistas contra el lenguaje que solía emplear.

En sus mocedades había sido guardaequipajes en la estación local; pero la ciudad no había crecido en población en la medida esperada por la Compañía ferroviaria, y, por otra parte, la gente empezó a viajar sin llevar consigo pesados bártulos, de modo que el depósito fue definitivamente cerrado. Ash no tenía ocupación al presente, ni la tuvo durante los pasados ocho o nueve años, aunque —según decía— en un día no lejano, iban a ofrecerle algo ventajoso; y, entretanto, delegaba en los pensionistas de su esposa su sostén y el de la casa. Pasaba la mayor parte del día, cuando no estaba balanceándose en la mecedora del porche, yendo y viniendo a la oficina de Correos a ver si había carta para él. Cada dos o tres días volvía con alguna circular de propaganda, que luego leía una y otra vez en la mecedora del porche, hasta que se le hacía la hora de volver a la oficina de Correos. Como Blanche y Ash carecían de hijos, y los impuestos en Palmetto eran bajos, podían ir tirando de un año para otro con unos pocos pensionistas solventes.

Ya por entonces todos los ojos se hallaban clavados en Vernona. La acostumbrada hosquedad de Jenny Mustard había desaparecido, reemplazada por el vivo interés que parecía despertar en ella lo que estaba ocurriendo en torno suyo. Vernona retorció nerviosamente su servilleta, tratando de evitar aquellas miradas acechantes y preguntándose por qué la observaban de aquel modo. Se sentía cada vez más extraña y forastera. Entornó los ojos y volvió a preguntarse por qué capricho del destino había tenido la idea de hacerse maestra.

A poco vió que Blanche se inclinaba hacia ella por sobre la mesa, y le daba unas palmaditas en la mano con gesto tranquilizador. Seguía sonriéndole, feliz.

—Es Jack Cash, nena. Se acabaron las preocupaciones para usted. En adelante, todo marchará a la perfección. Podrá desplegar su verdadera personalidad.

—Pero ¿quién es Jack Cash, y qué es lo que desea? —inquirió Vernona, en tensión.

Jenny Mustard lanzó una risilla bellaca.

Blanche dirigió a los demás una sonrisa cómplice, mientras tamborileaba sobre la mesa con sus dedos regordetes. Vernona vió cómo Jenny daba con el codo a Thurston. Aunque había oído en boca de Floyd Neighbors, el nombre de Jack Cash nada significaba para ella.

—Ashley —dijo Blanche, aplicando a su marido el diminutivo familiar, en un arranque de inexplicable excitación, echada hacia atrás en la silla, mirándolo de un extremo a otro de la mesa—. Ashley... ¿por qué no le dices a Vernona quién es Jack Cash? Sería mejor —creo yo— que supiera antes algo de él. Debemos tener presente que, después de todo, todavía es prácticamente forastera en Palmetto. Creo que agradecerá lo que le digas acerca de Jack Cash. ¡Vamos, Ashley!...

Era tan insólito que Blanche le permitiera una expansión semejante en presencia de sus pensionistas, que Ash se quedó un instante indeciso, sin atreverse aún a despegar los labios. Tragando saliva, esperó cauteloso a que su mujer le confirmara con un movimiento de cabeza la increíble invitación.

—Sí. Adelante con eso. Ashley —lo urgió Blanche, risueña.

—Bueno... sé mucho más sobre lo que Jack no es que sobre lo que es —dijo convencido, al tiempo que asestaba un papirotazo a la mosca que revoloteaba sobre su plato desde que se sentaran a la mesa. Hacía tanto tiempo que no tenía esta oportunidad de emitir sus opiniones ante los pensionistas, que trató de ser prudente y no ofender a Blanche, seguro que de otro modo lo obligaría a callar—. Él y otros de su calaña, acostumbraban a haraganear por la botica en espera de las maestras que, por las tardes, después de clases, van a tomar helados con soda. No habría mucho de anormal en esto, si no fuera que Jack Cash y sus compinches, sabedores de que las maestras cobran cada quincena, se las ingenian precisamente en tales fechas para tomar sus cremas heladas. Nueve de cada diez veces son las maestras y no Jack Cash, ni otro cualquiera de su pandilla, quienes terminan pagando el consumo.

—¿Y de qué vive? —preguntó Thurston con su voz de bajo—. Debe trabajar en algo, supongo.

—¿Quién? ¿Jack Cash?... Si hemos de atenernos a la realidad de los hechos —agregó Ash, subrayando su aserto con un puñetazo en la mesa—, Jack Cash no se ocupa de nada que valga la pena. Ha conseguido un miserable surtidor de nafta en la ruta, a poca distancia del pueblo, que apenas si le da para comer. Además, detrás de la bomba, ha puesto un destartalado tenducho donde a la vez duerme y fríe hamburguesas cuando tiene hambre. Comprenderán que no es mucho el dinero que puede darle semejante cambalache. Creo que no saca ni para el alpiste del canario...

El rojo semblante de Blanche y los meneos de cabeza con que manifestaba su desaprobación, mostraban hasta qué punto se arrepentía de haber permitido que Ash se explayara en presencia de sus pensionistas.

—Yo no presentaría las cosas de ese modo, Ashley —se apresuró a interrumpirlo, fulminándolo con la mirada—. Si Jack ha estado en la botica a la hora en que las maestras van allí por sus cremas heladas, será por pura casualidad. De todos modos,

convengamos en que haya tenido alguna vez el propósito de mostrarse sociable. Y además, si una maestra siente deseos de invitarlo con una crema de chocolate y soda, no veo qué tenga eso de particular. Jack Cash es un joven trabajador, muy digno de fiar, y merecedor de un amplio crédito. Pocos como él, a su edad, han logrado hacerse una posición como la suya, puesto que son muy pocos también los que trabajan como él duro y parejo todo el santo día. Hay en esta ciudad un montón de holgazanes que debieran tomarlo como ejemplo. Por eso, va a ser muy venturosa la niña que un buen día, al despertar, se halle casada con Jack Cash.

Y dicho esto, Blanche sonrió con dulzura a los comensales, segura de haberles hecho olvidar las recientes palabras de Ash.

—Si me lo preguntan, diré que la muchacha que un día, al despertar, se encuentre con la cabeza de Jack Cash en la almohada, será muy venturosa si descubre que ese vale algo más que una cucaracha —dijo Ash, hundiéndose en la silla como si quisiera evitar así las furibundas miradas de su esposa.

—¡Ashley! —La voz de Blanche se elevó cargada de reproches.

—Sé lo que me digo —porfió, dispuesto a llevar a toda costa hasta el fin sus comentarios—. Ese no va a ser capaz de interesarse de veras por una mujer mientras no venga una y lo saque del agujero donde está metido.

Vernona, que en vano trataba de sacar algo en limpio de aquella discusión sobre Jack Cash, no pudo contenerse por más tiempo. Estaba ya segura de que esa visita, en tan especiales circunstancias, tenía algo que ver con ella.

—Pero ¿qué busca él aquí?... Y... ¿por qué todo el mundo me mira de ese modo?

Blanche volvió a darle, a través de la mesa, unas cariñosas palmaditas en el brazo.

—Nena —le dijo con una tierna expresión en la mirada—. Jack Cash ha venido esta noche a visitarla. En cierto modo, eso constituye una sorpresa para usted, ¿no? Todos los años por este tiempo, al término de la primera semana escolar, hace una visita a la nueva maestra. El año pasado le tocó a Ruth Hollingsworth, que por entonces se hospedaba también aquí, y ya he olvidado el nombre de la que tuvo esa dicha el año antepasado. De todos modos... es una especie de tradición que él viene respetando a lo largo de los últimos quince años. Siempre se le espera, pues, y habría que sospechar algo muy grave si llegara a faltar en ocasión semejante. Por eso he estado como pisando alfileres toda la tarde en espera de oír sus golpecitos en la puerta. Pero todo salió bien, puesto que ya está aquí. En este preciso instante se halla en la sala esperándola a usted. ¡Es una costumbre tan encantadora y Jack Cash le asigna tanta importancia!...

Vernona movió negativamente la cabeza:

—Lo siento; pero no puedo hacer eso *Mrs. Neff*. No lo conozco. Nunca hemos sido presentados. Y además...

—No hace falta, nena. Por lo menos en lo tocante a Jack Cash, que, después de todo, es una persona tan sencilla, y casi de la familia. Pero... yo haré gustosa las presentaciones, si cree que de ese modo se sentirá mejor. Ahora, compóngase un poco

y...

—Prefiero no hacerlo, *Mrs. Neff* —insistió Vernona, con decisión, acentuando los movimientos negativos de cabeza—. Quizá en otra ocasión. Si me lo permiten... me voy a retirar.

—¿Retirarse? ¡No, nena! No es tan sencillo —prorrumpió Blanche, muy alterada, haciendo grandes aspavientos—. ¿Qué haría yo en un caso semejante? ¡Eso no ha ocurrido nunca! —Estaba a punto de llorar, y se inclinaba hacia Vernona con expresión suplicante—. Haga cualquier cosa nena, por Dios, menos eso... Me comprometería hasta lo inconcebible y nunca podría consolarme. Piense en mis sentimientos. ¿Lo hará usted por consideración a mí? ¿Lo hará usted?...

Vernona guardó un instante de silencio. Sorprendió las miradas ávidas de Jenny Mustard, y sintió en torno suyo la general expectación. Empezaba a experimentar hacia Blanche —que en tal encrucijada la ponía— un sordo enojo que crecía por momentos. Oyó que Thurston aclaraba su garganta con significativa carraspera y aguardó sus palabras con tal nerviosidad y enfado, que apenas contenía las ganas de cantarles cuatro frescas.

—Entiendo que en cada ciudad —dijo por fin, Thurston— hay lugares indicados para que un hombre vaya a entretenerse; pero ignoraba que tal cosa podía hacerse también en su casa *Mrs. Neff*. Creí que era una respetable casa de pensión.

Jenny Mustard estalló en una carcajada que en vano había intentado reprimir, y la risa de Ash fue tan agitada que, de un manotón, echó a rodar el pocillo de café.

Vernona trató de apoyar tales palabras con una sonrisa; pero fue una sonrisa harto fugaz, ya que *Mrs. Neff* volvió a la carga:

—Y además... la gente creerá que hay algo raro en usted cuando se niega a recibir la tradicional visita de Jack Cash. Si se niega, cierta gente hasta vería en ello el oculto designio de desairar a todo el pueblo en su persona. Todas las nuevas maestras que se hospedaron antes en esta casa recibieron su visita. Sin contar con que es una magnífica oportunidad para introducirse en la vida social de Palmetto. No obstante, lo peor es que va a sentirse terriblemente herido y mortificado si no puede cumplir este año con la tradición. Es un joven sensible, y cifra su amor propio en ser el primero en visitar a las maestras recién llegadas... Después de lo dicho, supongo que no dará usted lugar a nada desagradable... ¿Verdad que no, nena?...

—Me parece que el tal Jack Cash haría mucho mejor en ir al grano y casarse de una vez con alguna de esas maestras, en lugar de perder el tiempo en fastidiarlas todos los años con tan necia maniobra —manifestó Thurston con su voz de bajo—. Un hombre que ha empleado todo ese tiempo en codearse con las maestras, ya debiera tener una visión exacta de si cuadran o no con el ideal de esposa que necesita. Así me explico ese verdadero alud de traslados que viene creciendo año tras año. Si no logran casarse en el primero o segundo año, una especie de pánico empuja a las maestras a otra ciudad, donde intentan de nuevo la experiencia. Otra cosa muy distinta ocurre en mi profesión. Mientras más tiempo permanece un comisionista

agrario en una plaza, tanto mejor librado sale en el concepto ajeno. Los estancieros tienen mucho más confianza en un hombre casado, establecido, que no anda todo el tiempo a la caza de mujeres; y así es como los comisionistas agrarios llegamos a integrar la vida de la comunidad como parte indisoluble. Diría yo que ese es el inconveniente de que, en general, y en todas partes, adolece en nuestros días todo el sistema educacional. Las escuelas no pueden operar sobre una base estable, como cualquier otra institución, pues obtienen su contingente entre una enorme población flotante de jóvenes solteras que mariposean por el país, como víctimas de un pánico, a la pesca de alguno que quiera casarse con ellas. Me maravilla cómo es que todo el sistema educacional no va a una completa ruina. He ahí por qué me he casado con mi esposa... aquí presente. Necesitaba establecerme y consolidar una reputación de comisionista agrario. Pero... consideremos mejor el caso de estas maestras errantes... —Y se interrumpió, porque Jenny le dió un codazo en las costillas.

Ya has dicho bastante, Thurston —le advirtió en un cuchicheo apenas perceptible—. Siempre hablas de más, sin el menor sentido de la medida. ¡A callar, pues, y a quedarte tranquilo!...

—¡... Bueno! Pero es la verdad; ¡y a nadie puede ofender la verdad!...

—Te dije que callaras, ¿no?...

Ash se revolvía expectante en la silla. Trataba de leer en el rostro de Blanche si tendría o no una nueva ocasión de decir algo. Si lo dejaba, ya verían todos cómo era él el más indicado para disertar sobre Jack Cash y las maestras de escuela. Por fin atrapó al vuelo una mirada de su esposa; pero en el acto comprendió que no le permitiría hablar otra vez en presencia de los pensionistas. Masculló sordamente, como tragándose las palabras, al verla mover la cabeza, para advertirle que había adivinado sus intenciones.

—No quiero oír más críticas sobre Jack Cash —manifestó Blanche, cortando por lo sano—. Cuando llegue la hora, y aparezca la muchacha ideal, Jack Cash será el primero en adelantarse hacia ella y en pedir su mano. Mientras tanto, se está comportando como un caballero. Esa es la pura verdad. Nunca, en todos estos años, a lo largo de sus tradicionales visitas, ha causado el más leve embarazo a las maestras. Esto, a mi entender —y cansada como está una de conocer desgracias en este mundo — habla muy en alto de sus cualidades. ¡Y para qué decir nada de las tentaciones que algunas «personitas» —no hace falta citar nombres— pusieron adrede en su camino! Pero siempre actuó como el más perfecto caballero, y tengo el orgullo de declarar que todas mis pensionistas maestras nunca dejaron de reconocerlo así.

Y luego, mirando de reojo a Vernona, agregó:

—¡Y que Dios no me dé vida si he de ver por mis ojos que a una maestra le ocurre algo malo en mi casa!...

—Empiezo a sentir pena por *Mr. Cash* —dijo Vernona, en cuanto tuvo la oportunidad.

Había estado cavilando mientras los demás hablaban, y parecía pronta a tomar

una determinación. No se disipaba aún su enojo; pero trató de no mostrarse resentida:

—A estas alturas, *Mr. Cash* debe hallarse terriblemente descorazonado, *Mrs. Neff*. Pues... me imagino que no hay hombre capaz de aguantarse así... quince años. Probablemente tiene un complejo que le impide satisfacer los naturales deseos masculinos. ¿No creen ustedes que necesita de una simpatía comprensiva que le ayude a superar su frustración? Nunca me perdonaría no haber hecho nada por él en una ocasión como ésta...

—¿Qué está usted diciendo, *Vernona*? —preguntó *Blanche* atónita, boquiabierta.

Thurston Mustard se encorvó sobre la mesa, abriendo tamaños ojos, y dijo con la mayor seriedad:

—¿Eso quiere decir que usted se casaría con él?...

—Se refiere al caso de que... ¿me pasara algo, *Mr. Mustard*?...

—¡Oh, no! No quiero decir tanto. Pero usted no lo ha visto todavía... ¿Cómo sabe que...?

—Creo que ya es hora de ver qué tal es —lo interrumpió *Vernona*, levantándose de la mesa—. Vamos, *Mrs. Neff*...

Blanche no volvía de su aturdimiento:

—Pero no irá usted a... quiero decir... no pensará usted hacer nada que pudiera...

—¡Por favor, *Mrs. Neff*... no se preocupe!... Ocurre simplemente que usted me ha convencido, y que deseo cooperar en la mayor medida posible. Me siento obligada, ¿sabe?...

—¡Pues bien! —intervino *Thurston* gravemente—, si usted se ha propuesto casarse con alguno... me gustaría que la viese un sujeto de estos contornos. Se trata de un agricultor de las afueras, *Em Gee Sheddwood*, que le está dando vueltas en la cabeza a la idea de encontrar una esposa apropiada. *Em Gee* posee una hermosa estancia, de unos setecientos acres, en su mayor parte junto al río, sólo a unos veinte kilómetros del pueblo. Ahora, si usted...

Blanche contuvo a *Thurston* con un nervioso ademán.

—¡Basta... que ya lo hemos hecho esperar bastante! —dijo, aunque no muy segura todavía de haber comprendido las intenciones de *Vernona*. Y, librando a la silla de su voluminosa humanidad, agregó—: Pero, por favor *Vernona*, no haga usted nada comprometedor... Tenga en cuenta que *Jack Cash* es un joven muy sensible...

Al pasar frente al espejo del comedor, *Vernona* se detuvo un instante a componerse el cabello. Cuando salían, alcanzó a oír que *Ash Neff* mascullaba algo entre dientes, y que *Jenny Mustard* lo festejaba con su risilla bellaca.

Atravesaron el vestíbulo sin decir palabra y entraron en la sala. Las cortinas se hallaban corridas y no se veía otra luz que una lamparilla en la mesa del centro proyectado su débil resplandor rojizo sobre los oscuros motivos florales de las paredes. En un ángulo se destacaba un estante, lleno en parte con rimeros de revistas viejas; y, dispuestos frente a la chimenea, había un sofá tapizado de verde y varias sillas. Se hallaban en mitad del recinto cuando *Vernona* vió erguirse frente a ellas la

figura larga y angular de un hombre en las postrimerías de la treintena, de cabello lacio y descolorido pegado al casco por una pasta gomosa. Vestía un gastado traje azul, y ostentaba una detonante corbata de franjas rojas y amarillas. Sus zapatos negros crujían ruidosamente, como llamando la atención hacia su impecable brillo.

—Bueno, Jack —dijo Blanche, riendo, mientras acariciaba con mano nerviosa la ribeteada carpeta roja de la mesa—. Me alegro que no se haya cansado de esperarnos. Comprendo que nos hemos demorado mucho, pero, como sea, ya estamos aquí...

Apartó la vista de la carpeta y vió que Jack sonreía tímidamente a Vernona.

—¡Oh... perdón! —se disculpó, ofuscada—. Se me olvidaba lo principal... Jack, tengo el gusto de presentarle a Vernona Stevens. —Hubo una breve pausa, y luego su risa fue como una clarinada, cuando agregó—: Vernona... hija mía... éste es Jack Cash, el soltero más popular de Palmetto, de quien tanto ha oído usted hablar. —Tomó a Vernona por un brazo y, suavemente —pero con firmeza— la obligó a adelantarse—. Estoy bien segura de que simpatizarán recíprocamente. Le he hablado mucho de usted a Vernona, Jack, y ahora le toca a ella mostrarse explícita. Es éste el primer año que ejerce su profesión; su hermana mayor estuvo hasta hace algún tiempo vinculada en cierto modo al gobierno, y su hermano menor, que sólo tiene dieciséis años, vive con su padre y su madrastra —pues la madre falleció, y el padre se volvió a casar, de modo que Vernona no tiene propiamente un hogar. Tampoco tiene novio todavía. En fin... podrá contarle un montón de cosas. Adelante, pues, y haga que se las cuente. ¡Sería tan hermoso que se hicieran íntimos amigos!...

—¿En qué ramo se ocupa su padre? —preguntó él.

—Es tenedor de libros en el ramo de ferretería —le explicó Vernona.

—Bueno... por lo que a mí me toca, yo, por ahora, me dedico al negocio de gasolina. Tengo una estación de servicio en la ruta y estoy pensando abrir otra dentro de poco. En el negocio de gasolina es fácil prosperar. Se puede ganar plata a montones...

Y, de pronto, mostrando los dientes en una mueca, le alargó como una estocada, un ramillete de violetas que había estado sosteniendo en la penumbra. Vernona lo recibió, dándole las gracias.

—¡... Jack... siempre tan previsor! —exclamó Blanche al ver las violetas, y en el acto se agachó a oler su fragancia—. ¡Siempre tan atento! No es raro que guste tanto a las muchachas... Recuerdo que el año pasado obsequió también con violetas a Ruth Hollingsworth...

—Crecen solas a orillas de la ruta —replicó con seriedad— y me da no sé qué dejar que se pierdan...

Blanche fue hacia el verde sofá y se puso a redondear los cojines con muchos remilgos. Vernona y Jack la dejaron hacer, hasta que por fin ella, con aire exigente, se dió por satisfecha.

—Ahora, nena —dijo entonces, yendo en busca de Vernona y empujándola hacia el sofá—, usted y Jack estarán aquí muy cómodos, como en casita... Mañana es

sábado, como sabe, y no tiene que dar clases. Despreocúpense, pues, y diviértanse. — Y golpeó suavemente los cojines, como dándoles el toque final, que fue al mismo tiempo un ademán de aprobación—: Esta sala tiene siempre una atmósfera tan romántica —agregó, con otra de sus risitas nerviosas— que no me extrañaría si algo ocurriera el día menos pensado...

Radiante de dicha, se encaminó hacia afuera y, al salir, cerró sigilosamente la puerta.

Vernona volvió a reparar en Jack, y vio que éste buscaba afanoso en sus bolsillos, como acometido por un súbito deseo de fumar. Cuando sus miradas se encontraron, el joven se dirigió hacia el sofá y, sentándose a su lado, le ofreció un cigarrillo. Ella no aceptó.

—Decidí darme una vuelta por aquí esta noche para hacerle una visita —dijo, volviendo la cabeza ligeramente hacia ella y mirándola a los ojos—. No sé si usted está enterada; pero el hecho es que nunca dejo de visitar a las nuevas maestras. He llegado a establecer una especie de costumbre, y tengo fama de ser siempre el primero en obtener una cita con las maestras recién llegadas a Palmetto. No he fallado ni una sola vez en quince años. Este debe ser un récord único en el mundo. Lo he hecho tantas veces, que me sentiría perdido si alguna vez fracasara...

Al salir Blanche, Vernona se había propuesto no decir nada que pudiese lastimar los sentimientos de Jack Cash; pero su actitud jactanciosa, y el hecho de haber contado de antemano con su presencia allí, reavivó su enojo de hacía un instante.

—¿Está usted seguro, *Mr. Cash*? —dijo.

—Seguro. Hay un buen lote de tipos que quisieran hallarse en mi pellejo; pero yo siempre les tomé la delantera. Con la ayuda de *Mrs. Neff*, por supuesto. Justamente este otoño cumplen quince años desde que me inicié —apenas egresado del liceo—, y me he mantenido en la brecha año tras año. Esta sala me resulta, pues, sumamente familiar. A menudo sueño con este cómodo sofá de color verde con todos sus cojines. ¡Y lo veo igualito! Aborrezco tener que esperar un año entero para volver a ocuparlo. Es excepcionalmente cómodo, ¿verdad? Sentado aquí me hallo siempre como en casa. Lo único que cambia en mis visitas es la maestra.

—Pero ¿no resulta terriblemente aburrido hacer la misma cosa año tras año a lo largo de quince, aun cuando cada vez se trate de una maestra diferente? A mí se me ocurre terriblemente fastidioso y rutinario, *Mr. Cash*. ¿Nunca ha pensado en hacer algo distinto para variar?... ¿Casarse, por ejemplo... o algo por el estilo?

El joven la escuchaba sobrecogido.

—Bueno... a decir verdad, algo de eso he pensado —admitió por fin, no repuesto aún de su sorpresa.

—Creo que si yo fuera hombre emprendería cosas mucho más audaces...

—¿De veras?...

—Sí. —Y lo enfrentó con osadía—. Usted parece pertenecer a ese tipo de hombres capaces de apasionar y hacer felices a las muchachas. Me basta con mirarlo,

Mr. Cash. No puede ocultármelo...

Pareció cavilar un instante en lo que acababa de oír.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó, por último, intrigado.

—¿No lo adivina?...

—Bueno... no estoy seguro...

—Veamos, *Mr. Cash* —dijo, midiéndolo con la mirada—. ¿No pretenderá usted que sea yo quién se lo diga, eh?...

—No —se apresuró a replicar, y arrojó a la chimenea el cigarrillo a medio consumir—. Comprendo. Debo decirlo yo...

—Y... ¿por qué no lo hace?...

Jack echó una mirada circular en torno a la sala, y luego volvió a clavarle los ojos. Por su aire excitado, adivinó Vernona que había conseguido despertar su interés; pero que, al mismo tiempo, se sentía dominado por una gran inquietud.

De pronto él dió un respingo en el sofá y quedaron muy juntos, codo a codo.

—*Miss Stevens*... ¿quiere usted decir... que podría casarse con alguno... conmigo, por ejemplo, si se lo pidiera?

—¡Oh, no! No ha comprendido, *Mr. Cash* —dijo, apartándolo con cautela—. No puedo, en verdad, casarme con nadie, pues recién me inicio en la enseñanza. No. Nada de matrimonio, por el momento. Necesito desempeñar mi puesto por lo menos un año o dos antes de casarme.

—Entonces... ¿de qué está hablando?...

Ella le sonrió:

—¿No adivina, *Mr. Cash*?...

Movió la cabeza de lado a lado. Parecía completamente aturdido.

—Supongo que a usted le gustaría tener una amiga. Una verdadera amiga íntima. Una como yo, por ejemplo —dijo, mirándolo con aire impersonal—. Después de visitar a tanta maestra debutante en todos estos años, sin conocer a ninguna de un modo íntimo, personal, ¿no ha pensado que sería interesante tener una chica?...

—¿Quiere usted decir una... una chica para ir a todas partes?...

—Sí, en cierto modo. Pero, en verdad, quiero decir mucho más que eso, *Mr. Cash*. Me acalora un poco, eso sí, tener que decírselo, porque... como recién ahora lo conozco...

—¡Dígalo; dígallo no más! —urgió él, ansioso, sentado apenas en el borde del sofá—. Nada de lo que usted me diga puede ser incorrecto...

—Bueno... si yo, por ejemplo, fuera su amiga, creo que me sentiría terriblemente humillada si usted no manifestara deseos de dormir conmigo. Por lo menos... durante los fines de semana —manifestó la joven, mientras miraba con aire casual el ramito de violetas abandonado en su falda.

Jack abrió con mano trémula un nuevo paquete de cigarrillos y se sintió acometido por una significativa carraspera.

—No sé; pero... —empezó a decir, y se interrumpió, dando lugar a una larga

pausa que empleó en explorar la habitación con mirada errátil como si de pronto descubriese que se hallaba entre extraños y buscara desesperadamente una salida—. Confieso que... creía que usted...

—¿Ocurre algo, *Mr. Cash*? —inquirió Vernona, mirándolo con toda inocencia—. ¿Es por algo de lo que dije?...

—No... sé —dijo él, evitando su mirada.

—Quizá le gustaría pensarlo con más calma —sugirió ella.

El joven se puso bruscamente en pie y dió unos pasos precipitados en dirección a la chimenea, como temeroso de que alguien entrase en ese instante a la sala y lo encontrase allí.

—*Miss Stevens* —dijo visiblemente alterado y sin atreverse todavía a dar la cara—. *Miss Stevens*... Se me ha hecho tarde y, si usted me permite, voy a retirarme. Acostumbro abrir muy temprano mi puesto de gasolina...

Dicho esto, empezó a retroceder hacia la puerta; pero se detuvo junto a la mesa del centro al acordarse del sombrero. Lo buscó con mirada ansiosa, hallándolo por fin sobre una de las sillas.

—Tengo verdadero apuro, *Miss Stevens* —insistió—. Se ha hecho muy tarde. Se me pasó el tiempo sin darme cuenta. ¡He estado aquí tanto rato! ¡Hasta pronto!

Abrió la puerta de par en par y salió como escapando hacia el vestíbulo, sin darle a ella ni siquiera lugar a un «buenas noches». Apenas quedó sola, Vernona, sin abandonar el ramo de violetas, volvió al sofá preguntándose qué iría a decir Blanche Neff cuando supiera lo que había pasado.

Al rato, Blanche, que se había dado cuenta de la salida precipitada de Jack Cash, atravesó el vestíbulo a todo lo que daban sus piernas e irrumpió en la sala. Halló a Vernona en el sofá, con el rostro semioculto por el ramo de violetas, aspirando su fragancia.

—¿Qué diablos ha pasado, nena? —preguntó Blanche, en el colmo de la excitación. Echó una rápida ojeada a la sala como si esperase descubrir en ella indicios de desorden—. ¿Por qué Jack se fue tan pronto? No alcanzó a estar con usted ni diez minutos... quince, a lo sumo. ¿Qué diablos ha pasado? ¡Explíqueme esto, nena!

—Dijo que tenía apuro porque se le había hecho tarde —explico Vernona, sin apartar las violetas de su rostro.

—Es, por cierto, muy singular. Acostumbra quedarse hasta dos y tres horas cuando visita a una nueva maestra. Además, es la única manera en que dos personas pueden trabar conocimiento. Más de un romance empezó así.

—Parece que *Mr. Cash* no se sentía romántico esta noche —comentó Vernona dejando caer las violetas sobre su falda.

—Supongo que no será porque quiso tomarle una mano, u otra fruslería por el estilo y usted se lo impidió...

Blanche se volvió hacia la puerta al decir esto y descubrió a Ash en el corredor,

con la cabeza ladeada, en actitud de no perder palabra de cuanto decían. Blanche lo llamó con un agudo grito y él no tardó en presentarse en la sala.

—¿Qué te pasa, Ashley? —preguntó con suspicacia—. Te estás portando de un modo muy raro. ¿Qué sabes acerca de esto? ¿Qué ha sucedido?...

Ash se detuvo junto a la mesita de centro y miró a Vernona como consultándola antes de decir nada. La joven lo animó con una sonrisa.

—Pues bien —dijo entonces—. Estaba yo en la mecedora del porche cuando Jack Cash abandonó la casa como si le hubieran prendido fuego. Lo agarré por el faldón de la chaqueta y me costó un rato contenerlo y averiguar qué endiablados vientos le estaban soplando. Hasta ahora no es mucho lo que he conseguido saber porque se mostró muy poco comunicativo; pero de una cosa estoy seguro. Y es de que, por este año al menos, Jack Cash no va a andar rondando la botica para que una maestra le pague los refrescos. No se dejará ver por miedo a los chismes...

—¡Qué chismes ni chismes! ¡Lo que me importa saber es qué ha ocurrido, Ashley!...

Antes de responder a Blanche, Ash tuvo la precaución de dirigir una nueva mirada a Vernona, y vió que esta seguía alentándolo con la sonrisa.

—Dijo que se había portado aquí con Vernona, tal como lo ha hecho siempre con las nuevas maestras, a hablarle de la enorme reputación de que goza, y que ella, de repente, sin mayor preámbulos, le había preguntado si quería dormir con ella, aunque más no fuese que durante los fines de semana. ¡En mi vida he visto hombre más azorado! Tanto que —estoy seguro— no va a pegar ojo en toda la noche. Si alguien experimentó alguna vez una sacudida, ése fue Jack Cash. Nunca había yo visto a nadie tan sumamente trastornado.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Blanche, dejándose caer pesadamente en el sofá, y tapándose la cara con sus manos gordinflonas—. ¡Apenas si puedo creer semejante cosa! ¡Y en mi casa! ¡Después de tantos años! —Dejó caer las manos en la falda y echó una mirada de desolación alrededor de la sala, mientras gruesos lagrimones corrían por sus mejillas—. ¿Qué diría la gente si lo supiera? ¿Qué diría el Consejo Escolar?...

—Mrs. Neff... yo sólo traté de demostrarle lo estúpido que resulta comportarse así año tras año...

—Le advertí que Jack Cash es un hombre sensible —dijo Blanche con un hilo de voz—. Tales palabras tenían que parecerle terribles, así fueran dichas en broma. Dejarán honda huella en él por el resto de sus días...

Bajando la voz, y con la vista clavada en el sofá en que gimoteaba su esposa, Ash manifestó:

—Es lo mejor que haya ocurrido en los últimos diez años. Quizá se le quite ahora la costumbre de farolear con las maestras una vez al año para luego dejarlas plantadas. Esa es una burda jugarreta que no debe hacerse a ningún ser humano — hombre o mujer— y la repudio con toda mi alma. Si hombres como Jack Cash no

tuviesen el prurito de acercarse a las maestras, dejarían lugar para otros más eficaces. —Dedicó a Vernona una venia de aprobación—: Me agrada sobremanera que tuviese usted el coraje de ponerlo en su lugar como lo hizo. Nunca vi una maestra tan valiente. Ignoro si usted puede o quiere obtener de la vida todo lo mejor que ella brinda, pero sí estoy cierto de que nadie se atreverá a dejar plantada a una mujer de su temple. De hoy en adelante, me convierto en su aliado, Nona, pase lo que pase...

CAPÍTULO III

SÁBADO

Al día siguiente, al atardecer, Vernona volvía del Correo, donde fuera a despachar algunas cartas. Había empleado la mañana en escribir largas e íntimas misivas a Joanne, su hermana menor, a Inés —la de Washington— y a tres compañeras de estudio que, como ella, se iniciaban recién en la enseñanza.

Ya próxima a la casa de los Neff, divisó un automóvil detenido a sus puertas. Entre los moradores, Thurston Mustard era el único que tenía coche, y se trataba de una vieja y desvencijada *coupé* negra. En cambio, aquel era un flamante modelo sedán, tipo mediano; y las amarillentas manchas de barro que salpicaban la pintura verde hablaban de un reciente trayecto por los caminos rurales.

De más cerca, comprobó que había dos hombres en el asiento delantero. No dudó que la habían estado observando mientras se acercaba en medio de la penumbra que envolvía la calle, pues cuando estaba a punto de entrar, uno de ellos abrió la portezuela y descendió del automóvil. Vernona reconoció a Thurston Mustard. Su acompañante permaneció en el coche.

Thurston, con rudo ademán y a manera de saludo, se llevó la diestra al ala del sombrero.

—¡Hola! —dijo, tratando de parecer casual; pero cuidándose al mismo tiempo de atenuar el registro de su acostumbrado vozarrón—. La esperábamos para conversar un rato...

Ash Neff, que se estaba balanceando en el porche, apenas vió a Thurston arrastró sin hacer el menor ruido la mecedora hacia el descanso, a fin de enterarse de lo que diría a Vernona. Thurston se interpuso entre la joven y la verja y quedó como obstruyéndole la entrada.

—Fue un lindo día, ¿no le parece? —Y medio se volvió hacia Ash, mirándolo de soslayo para apreciar en su semblante el posible alcance de la voz.

Vernona asintió con un movimiento de cabeza, diciéndose para sus adentros que, seguramente, ella estaba en los planes de esa amable espera, y preguntándose cuáles serían esos planes. Tuvo el presentimiento de que tal vez se relacionaban con el otro sujeto, a quien no había visto nunca y que ahora, luego de correrse en el asiento, la observaba con ávido interés. Al darse cuenta de que paseaba los ojos por su cuerpo en forma desembozada, tuvo la impresión de hallarse bajo la mirada experta y apreciativa de un ganadero que tratara de incorporar una buena borrega a sus planteles. Aquel extraño personaje, que podía tener entre 35 y 36 años, presentaba la tez curtida por soles e intemperies. Macizo, de cuello grueso y musculoso, parecía incómodo en su tosco traje gris, demasiado ancho de pecho y caído de hombros. A

poco, vió que los dos hombres cambiaban miradas de inteligencia, seguidas por asentimientos de cabeza. Luego Thurston, hundidas las manos en los bolsillos del pantalón, empezó a hablar cautelosamente, como buscando las palabras:

—Quizá recuerde usted, Vernona —dijo, interrumpiendo la pausa— que anoche le hablé de sobremesa de un cliente que, en las afueras, un poco hacia el este, y a orillas del río, posee una próspera y hermosa estancia... Pues bien... conozco desde hace tiempo al hombre —puesto que soy comisionista agrario del distrito— y todo lo que pueda decir en su favor es poco. Se trata de un estanciero extraordinariamente trabajador, sobrio y progresista, y uno de los más eximios cultivadores de mijo del distrito. Este año obtuvo, en unos cuarenta acres de sementera, el mejor rendimiento de mijo que he visto durante los largos años que llevo en el ramo agrícola...

—Sí, *Mr. Mustard*. Recuerdo que anoche me habló de él —dijo la joven, y al dirigir una rápida mirada al hombre del coche, comprobó que seguía observándola con ojo apreciativo.

—Bueno... vamos entonces al asunto —prosiguió Thurston—. Me gustaría que este sujeto arreglara sus cosas personales a fin de que, en lo sucesivo, preste la máxima atención a su estancia. En tal caso, si la temporada se presenta más o menos normal en la zona, sospecho, que el próximo año sus cosechas de mijo y centeno batirán todos los récords del Estado. Si lo logra, esté usted segura de que tendré un auge fenomenal como comisionista del distrito...

Dicho esto, Thurston llamó la atención del hombre del sedán restregando los pies en la grava, y le dirigió un nuevo gesto de complicidad, agregando:

—Se trata de *Mr. Em Gee Sheddwood*. Estoy seguro de que le quedará muy agradecido si usted me permite presentárselo.

—Tendré mucho gusto en conocer a *Mr. Sheddwood* —replicó la joven, comprendiendo que no podía decir otra cosa so pena de mostrarse incivil. Reparó en aquella fisonomía ruda e impasible y luego se preguntó qué mujer tendría el coraje de vivir con un hombre semejante. Al volverse nuevamente hacia Thurston, cuyos dedos pirueteaban en los bolsillos del pantalón traicionando su impaciencia, se dijo que si tuviera que elegir entre ambos, se quedaría con Thurston—. Supongo que *Mr. Sheddwood* es el del coche, ¿no? —agregó.

Thurston asintió:

—Ahora bien —díjole en tono confidencial—, puede que al comienzo se muestre algo corto y retraído; pero si usted lo deja hablar de la estancia y cosas por el estilo, entrará en confianza. Dice que siempre ha sido espantadizo ante las mujeres que no conoce...

Em Gee abrió la portezuela, descendió del coche, y, tras un ligero traspié, atravesó la calzada con su rústica estampa.

—*Mr. Em Gee Sheddwood* —dijo Thurston, a media voz, y a manera de presentación.

—¿Cómo está usted, *Mr. Sheddwood*? —saludó Vernona, dedicándole una afable

sonrisa.

—He oído decir que usted es la nueva maestra —manifestó, sin cuidarse de disimular el atento examen a que seguía sometiénola—. Tal vez conozca a alguno de mis chicos. Dos de ellos, según me han dicho, están en su curso. Se trata de Bobby y Em Gee Junior. En total, tengo cuatro hijos varones y una niña. Los dos menores todavía no van a la escuela; pero ayudan en los quehaceres de casa...

—Sí; ya lo creo que conozco a Bobby y a Em Gee Junior, *Mr. Sheddwood* —dijo, siempre sonriente—. No sabía que fuese usted su padre. Son chicos muy bien educados y llevan siempre la lección aprendida. Los dos parecen muy interesados en todo lo que concierne a la escuela. Me complace manifestarle que hasta ahora no me han dado la menor contrariedad. Por otra parte, siempre son provechosos para una maestra estos encuentros con los padres de sus alumnos. Me alegra que se haya usted detenido a hablarme de ellos. ¿Le interesa algún detalle particular acerca de su vida escolar, *Mr. Sheddwood*?...

El fruncimiento de ceño con que Thurston escuchaba, denotaba su desaprobación por el rumbo que iba tomando la charla. Em Gee no acertó a contestar y Vernona sólo comprendió la razón de su silencio al interceptar el gesto de Thurston, tan furtivo como elocuente.

Vernona dió entonces un paso en dirección a la casa; pero Thurston adivinó al instante su intención, y cubrió la verja con sus corpulentas espaldas.

Em Gee, pasándose a modo de peine una mano por el frondoso cabello, proseguía su examen con creciente interés, como si quisiera familiarizarse con sus formas antes de que la oscuridad fuese completa, y, a juzgar por su semblante, era indudable que le causaba muy buena impresión, excitándolo sobremanera. Ella no dejaba de percibir que aquellos ojos seguían explorando su cuerpo como si trataran de desnudarla, e instintivamente, con ademán rápido y nervioso, se llevó una mano a la falda mientras con la otra estiraba los pliegues del *sweater*. Se lo representaba en actitud de juzgar las cualidades de su ganado, palmoteando los lomos de terneras y potrancas, o acariciando sus paletas y cuartos traseros. Y llegó a imaginar que no tendría nada de raro si ahora daba un paso al frente y hacía lo mismo con ella. Se preguntaba si habría alguna diferencia entre su actitud habitual cuando compraba lotes para la estancia y la que ahora asumía al contemplarla.

—Entre paréntesis, Vernona, —intervino Thurston, controlando siempre la voz— ..., ente paréntesis, él me ha encargado preguntarle si usted no tendría inconveniente en acompañarlo al cine después de la comida...

Y se volvió hacia el porche para averiguar qué estaba haciendo Ash Neff. Lo vió medio encorvado, aferrado con ambas manos a la barandilla, la cabeza algo ladeada. En el acto Thurston bajó más aun la voz, y agregó:

—Está ansioso por llevarla al cine esta noche, y ha trazado ya sus planes al respecto. Falta media hora para la comida y, si usted no pone reparos, la esperará aquí mismo cuando esté dispuesta...

Em Gee aguardaba su respuesta con una amplia mueca que, a modo de sonrisa, parecía anticipar el éxito, única expresión que su rostro había permitido hasta entonces. Mientras Vernona lo miraba distraídamente, absorta en hallar una excusa para no ir al cine ni a parte alguna con él, se pasó de nuevo la mano por el tieso cabello y su mueca se ensanchó.

—Es usted muy gentil, *Mr. Sheddwood* —dijo ella, y, tras una pausa, agregó—: Pero... ¿qué dirá su... su familia?...

Em Gee y Thurston se miraron desconcertados; y cuando Em Gee se disponía, por fin, a explicarse, Thurston se le adelantó:

—Justamente... —dijo con risa apagada y meneando la cabeza como reprochándose a sí mismo— me había olvidado por completo de decírselo; pero el hecho es que perdió a su esposa hace más o menos un año, de modo que se trata de un viudo sin compromisos. De otro modo no estaría aquí, hablando con una chica soltera, ¿no es así, Em Gee?...

Em Gee asintió con un impaciente meneo de cabeza.

—Si a usted le interesa —prosiguió Thurston— le contaré cómo han ido hilvanándose los hechos. Resulta que esta mañana, mientras lo visitaba en su estancia, se me ocurrió decirle que usted era la nueva pensionista de *Mrs. Neff*, y luego... una cosa fue trayendo la otra, discutimos el asunto, me hizo algunas preguntas y le daban vuelta en la cabeza, y termino manifestándome que toda la semana había estado proyectando un viaje al pueblo, y ya que de cualquier modo debía venir, podría hacerlo esta tarde e invitarla a usted al cine, con tal de que eso fuera de su agrado. Le aseguro que no tiene nada de esos tipos que van de mujer en mujer, buscando esto y lo otro. No. Es un hombre muy serio. Una prima en segundo grado le cuida los chicos, de modo que no llevará a ninguno al cine. Irá con usted solamente.

Vernona no había acertado aún con la excusa adecuada, y mientras más tiempo permanecía allí, más difícil le iba resultando el esquivarse con cierta elegancia. Claro que le bastaría con decir que no se sentía bien; pero el hecho era que llevaba casi dos semanas sin ver una película, y que durante todo el día había estado acariciando la idea de ir al cine después de la comida. Se dijo, por fin, que —después de todo— se trataba apenas de un par de horas y que lo mismo daba ir al cine sola que acompañada.

—Y bien, ¿qué le parece? —la apuró Thurston.

—Muy bien, *Mr. Sheddwood*. Iré con mucho gusto...

—Me agrada muchísimo lo que acaba de decirme —manifestó Em Gee lanzando un suspiro de alivio—. El hecho es que no esperaba menos. Aborrezco que se malogren desde el comienzo las cosas en que pongo los ojos. La esperaré aquí mismo cuando esté lista...

Cuando Thurston, dándose prisa, abrió la verja para que entrase, Vernona leyó en sus recíprocas miradas que todo parecía salirles a pedir de boca. Em Gee volvió a su

coche y Thurston se encaminó con ella hacia el interior de la casa.

—Entre paréntesis —le dijo, manteniendo la voz asordinada para que Ash Neff no pudiese oírlo—... entre paréntesis, quiero pedirle que no tome muy en serio lo que dije anoche. No fue en modo alguno una crítica personal eso de las maestras que mariposean por todo el país. Basta verla para comprender que tal cosa no le cuadra. Nunca necesitará de semejantes correrías para cazar a un hombre. Más propio resulta decir que usted es capaz de hacer que un hombre pierda la cabeza antes de que él se dé cuenta de que quiere perderla. O sea, cuanto dije anoche se refiere exclusivamente a una situación general...

—Creo que comprendo, *Mr. Mustard* —dijo la joven—. En verdad, no lo consideré una crítica personal.

—Así me gusta que lo entienda. Fue algo puramente teórico. Aunque no le oculto que a menudo pierdo la paciencia ante las anomalías del sistema educacional, en su conjunto. Da vergüenza detenerse hoy en día a pensar en su rumbo equivocado, precisamente cuando hay una cantidad de adelantos prácticos que debieran enseñarse a los niños. Si me pidieran una opinión personal diría que debiera asignarse una buena porción de horas a la enseñanza vocacional de la agricultura, la carpintería y la economía doméstica, en lugar de hacer que los muchachos pierdan el tiempo estudiando todos los días gramática y esas lenguas extranjeras que luego nadie habla...

Thurston la dejó en las gradas y volvió a la calle, donde Em Gee esperaba metido en su coche.

Ash había abandonado la mecedora y la aguardaba en el primer descanso.

—¿En qué anda Em Gee Sheddwood? —preguntó con curiosidad—. Algo se trae entre manos, supongo. ¿Está tratando de comprar una ternera, o de venderla? Porque siempre que viene al pueblo lo hace por uno de esos dos motivos.

Vernona rió ante la propiedad de la observación.

—Yo diría que esta vez está tratando de comprar una, *Mr. Neff*...

Dicho esto se dispuso a entrar en la casa; pero Ash alcanzó a retenerla por un brazo.

—Sé que no es asunto mío, Nona —le dijo—; pero no puedo menos que manifestarle mi curiosidad por esos conciliábulos de ahí afuera. Hace lo menos un par de horas que llevo observando a esos dos. No perderían el tiempo de ese modo si no tuvieran algún mañoso plan entre manos. Conozco los síntomas por larga experiencia. Por otra parte, es un hecho que Em Gee Sheddwood ha andado tomándoles las medidas a las solteras y viudas jóvenes durante los últimos dos meses. Las mujeres son de lo más agudas cuando se trata de adivinar por qué lado va a pegar el brinco un hombre. No me pregunto cómo lo hacen; pero lo cierto es que siempre saben cuando al hombre se le ha metido algo en la cabeza.

»Nadie ignora que estuvo tratando de conseguir una segunda esposa, mostrándose en eso tan receloso como gato escaldado ante el fogón. El hecho es que no hace

mucho se decidió, por fin, y cortejó a la hija viuda de Finley Howard con intenciones matrimoniales; pero ella no quiso saber nada, comprendiendo el duro trabajo que le esperaba. Em Gee aspira a casarse con una mujer joven —como usted, por ejemplo— porque se figura que desempeñará mejor las tareas domésticas, o sea, lo que mató antes de tiempo a su primera mujer, si da usted crédito a lo que dice la gente. Por lo que al lecho respecta, Em Gee parece considerarlo un fútil anexo, pues lo que más le preocupa es que alguien se haga cargo de sus cuatro chiquillos y le ordeñe las vacas a las cinco de la madrugada. —Dicho esto, Ash asumió un tono de advertencia—: Ahora bien... si no le importa que me entrometa, Nona, y si es cierto que ha estado usted pensando en casarse con alguno...

—¡*Mr. Neff!* —lo interrumpió la joven—. Me sorprende muchísimo oírle hablar así, pues *Mr. Sheddwood* se ha limitado a preguntarme si me gustaría acompañarlo al cine...

—¿Cine, eh? —dijo Ash, con una risa seca, que le salió como un proyectil—. ¡El infalible plan que se pone en práctica siempre que un tonto como Em Gee Sheddwood se propone atrapar a una mujer! —Y movió la cabeza con aire triste y reflexivo—. Tal vez lo presente todo como una invitación al cine; pero apostaría una buena suma a que antes del alba estará procurando obtener algo de usted... a cambio de nada. ¿Sabe lo que hizo con su primera mujer antes de casarse? Pues... se lo diré. Durante una semana entera la hizo dormir con él de noche y cocinar de día, a fin de asegurarse de que no iba a hacer un mal negocio. Déjelo un poco y verá como trata de hacer lo mismo con usted. Em Gee Sheddwood no va a desperdiciar tiempo ni dinero llevándola a usted —ni a nadie— al cine sólo por el gusto de hacerlo, porque es de esa laya de ventajeros que se esfuerzan por conseguir lo que estiman conveniente, para abandonarlo apenas descubren algo más provechoso...

—Pronto estaré en condiciones de comprobarlo por mí misma ¿no es así, *Mr. Neff?* —dijo la joven, y corrió a cambiarse de vestido; pero no sin detenerse aún en el corredor para preguntarle—: ¿No cree usted que debiéramos invitar a comer a *Mr. Sheddwood?*

Ash movió la cabeza negativamente:

—Mi mujer no opinaría lo mismo —repuso dubitativo, sobre todo porque él no se avendría a pagar—. Pero despreocúpese, que está muy bien ahí afuera. No dudo que trajo una bolsa de galletas de soda y un pedazo de queso para darse un banquete dentro del coche. Em Gee es un hombre frugal, y cuando viene al pueblo no transige con pagar cubierto...

Vernona subió a su cuarto pensando en lo que Ash le había dicho acerca de Em Gee y reprochándose por haberse permitido aceptar su invitación. Sabía que la esperaba una miserable velada al lado de tal hombre, y lo lamentó; pero ya era demasiado tarde para volverse atrás. Mientras se arreglaba, se consoló con el pensamiento de que, por lo menos, tendría algo en qué emplear la noche del sábado, y no se vería obligada a ir al cine sola, ni a quedarse en casa leyendo o escuchando la

radio.

Terminó de vestirse y bajó al comedor cuando se oía ya el campanileo que anunciaba la mesa servida. Blanche Neff no se reponía aún del pesar que le causara lo ocurrido la víspera a raíz de la visita de Jack Cash, y mantuvo una fría reserva durante la mayor parte de la comida. Thurston Mustard había informado ya a su esposa de la cita entre Vernona y Em Gee; pero Ash no había tenido aún ocasión de decírselo a Blanche. Vernona advirtió que Jenny le lanzaba ocasionales miradas de través, mientras una sonrisa levemente despectiva jugueteaba en sus labios; Thurston, en cambio, parecía eludirla cuidadosamente.

Habían ya dado cuenta del jamón con papas doradas y esperaban a que Martha Belle trajera el postre, cuando Blanche se dignó dirigirle la palabra:

—Muy lindo el vestido que lleva esta noche, nena —observó con aire casual—. Debe haberle costado raro; pero supongo que las maestras se echan encima todo lo que ganan. Probablemente en su tierra se acostumbra engalanarse los sábados por la noche a fin de asistir a reuniones. Bueno... creo que también aquí en Palmetto recibirá invitaciones dentro de poco. Sin ir más lejos, anoche mismo pudo haber combinado una cita con Jack Cash, y verse luego a menudo con él... si hubiese mostrado algún interés por el joven...

Y dedicó a Vernona una sonrisa compasiva, agregando:

—¡Oh!... pero está bien. Supongo que la próxima vez pondrá usted más cuidado en lo que dice y hace. No obstante, opino que no es prudente salir con el primero que venga. Es muy fácil exponerse a habladurías en un lugar tan pequeño como Palmetto, y en cada pueblo hay siempre un buen número de personas indeseables. Una maestra debiera cuidar mucho su conducta y sus compañías, ya que los padres se muestran siempre muy exigentes al respecto. Y el Consejo Escolar toma muy en cuenta la vida personal de las maestras para su confirmación anual en el cargo. Lamento reconocer que algunas no duran más de un año; pero es natural, ya que, en cualquier orden de la vida, no siempre es dable evitar que una chica tenga menos moral que buena presencia. —Se interrumpió para mirar a Vernona de hito en hito, inquiriendo luego —: ¿Piensa ir a alguna parte esta noche, nena?...

—Al cine, *Mrs. Neff*...

—No irá sola, supongo. Sé de algunas maestras que a veces lo hacen; pero en las noches de los sábados, las calles de Palmetto...

—No. Sola no, *Mrs. Neff*. Tengo una cita...

—¿Una cita? —exclamó Blanche, enarcando las cejas, sorprendida.

Vernona asintió. Ahora se alegraba de la invitación de Em Gee Sheddwood, y de haberla aceptado. Y hasta sintió gratitud por Thurston, promotor de todo aquello. No pudo menos que sonreír ante la sorprendida expresión de Blanche.

—Si me lo permite, *Mrs. Neff*...

Y sin dar tiempo a que Blanche le preguntara quién sería su acompañante, se levantó de la mesa y abandonó el comedor. Como fuese, sabía que Blanche —

valiéndose de Thurston y de Ash— descubriría en un santiamén que se trataba de Em Gee. Subió unos minutos a su habitación, volvió a componerse el cabello, tomó la cartera y bajó en seguida al porche. El sedán de Em Gee seguía detenido frente a la casa. Había niebla, y una fina llovizna esmaltaba las gradas del porche y los ladrillos de la fachada.

Mientras trasponía la verja y salía a la vereda, se abrió la portezuela del coche y Em Gee fue a su encuentro. Conforme a las predicciones de Ash, había estado comiendo galletas con queso, pues arrojó la bolsa vacía debajo del asiento delantero y se apresuró a sacudir las migas. Una vez en el coche, Vernona supuso que Em Gee haría algún comentario; pero no despegó los labios ni siquiera cuando puso el coche en marcha.

—Está empezando a llover, *Mr. Sheddwood* —observó ella, por decir algo.

Em Gee asintió con un terco cabeceo, y, alargando la mano, hizo funcionar las varillas del parabrisas. Pronto rodaron por la calle principal y pasaron de lago frente al cine.

—¡*Mr. Sheddwood!*... ¿No es aquí?... —Le hizo notar Vernona, volviendo la cabeza hacia las brillantes luces del cine—. No hay más que un cine en el pueblo... ¿no es éste?...

Hundió el acelerador sin dar señales de haber oído, y no tardaron en hallarse en las afueras.

—¿A dónde vamos, *Mr. Sheddwood?*...

—Y bien... ahora se lo diré —manifestó por fin—. Lo estuve pensando mejor y decidí que a usted le gustaría contemplar un poco el paisaje antes de ver la película; y luego, si todavía está en ánimo, habrá tiempo de ir. No me gustaría pasar toda una velada en el cine...

—¿No le parece una noche poco apropiada para contemplar el paisaje?...

—Tal vez. Pero tendremos ocasión de llegar hasta mi estancia, y usted podrá formarse así una idea de eso. No creo que pueda ver mucho en una noche como ésta; no obstante, yo la iré informando de palabra. Es una magnífica lonja de tierra de cultivo y siempre le he dedicado mis mejores esfuerzos. No me importa gastar dinero en pintar los edificios porque la pintura los conserva y esto es aun buen dividendo. En cuanto a mis herramientas y maquinarias, las guardo todo el año bajo techo. Jamás fui uno de esos agricultores que dejan las máquinas expuestas a la intemperie. A mi modo de ver, eso nunca es buen negocio...

Vernona se reclinó en el asiento con resignación, y dijo:

—¿La estancia perteneció siempre a su familia, *Mr. Sheddwood?* —En verdad, sólo quería preguntarle cuánto tiempo transcurriría aún antes de verse ya en el cine; pero luego percibió lo inútil de su pregunta.

A la luz de los focos comprobó cómo se animaba, al explayarse, el semblante de Em Gee:

—La tierra pertenecía ya a mi abuelo. En esa época su extensión era de unos dos

mil acres, pero ahora ha quedado reducida a setecientos. Sin embargo es todo lo que necesito, pues si fuera más grande no podría cuidar de ella como lo hago. Antes que empezara a cultivarla por mis manos, estuvo destinada a trigo, cereales y una pequeña producción de tabaco; pero todo eso cambió porque el suelo pierde su fertilidad al rendir todos los años las mismas cosechas. En un cerro que se estaba desmoronando por la erosión del agua, sembré unos sesenta y cinco acres con semilla de brezos y luego puse a un centenar de acres de tierra de pastoreo y empecé a ensayar cultivos alternados de forrajes y legumbres. El resto se explota ahora en siembras de abono, ya que es la única manera de cultivar si se quiere conservar la fuerza del suelo. Sólo en la tierra de légamo, en la ribera, siembro todavía maíz todos los años...

Las luces del pueblo eran ya un lejano y rezagado reverbero, y sólo muy de trecho en trecho surgía alguna vivienda a la vera del camino. Seguían apurando kilómetros, hasta que Em Gee, disminuyendo la velocidad, exploró con la vista el neblinoso y oscuro contorno:

—Vamos llegando a mi estancia —anunció con orgullo, señalando a la negrura de la noche—. Los edificios están allá, hacia el norte, al otro lado de ese campo de altramuces; pero las tierras se extienden a ambos lados del camino, hasta el mismo río. Fíjese bien y verá un bosquecillo de robles cerca de allí. Justamente a la derecha, está la casa de la estancia y el resto de los pabellones. ¿Ha vivido usted alguna vez en una estancia?...

—No. Nunca, *Mr. Sheddwood*...

—Bueno... Entonces no sabe lo que se ha perdido, porque es la vida más agradable que pueda imaginarse. No me harían vivir por nada del mundo en otra parte. He puesto todo mi orgullo en vivir de mis tierras. Todo el mundo debiera enorgullecerse de eso.

—No dudo que ha de ser una estancia muy hermosa, *Mr. Sheddwood*...

—¡Ciertamente! —confirmó entusiasmado—. Ignoro cuánto dinero irá a darme con el tiempo; pero aunque no me diese ni para ahorrar un dólar, seguiría trabajando en ella lo mismo. Quiero que mis hijos sean capaces del mismo rendimiento, o de uno mayor aun, cuando yo deje todo en sus manos. La mayoría de las gentes no saben cómo explotar la tierra. Es preciso alimentar el suelo tal como si fuera un lechón, de otro modo se vuelve anémico. Creo que hay que ser científico cuando se trata del cultivo y cuidado de la tierra. No hay otra manera inteligente de proceder. Para la próxima primavera pienso sembrar una nueva parcela con trébol y luego...

Los faros iluminaron de pronto, a corta distancia, el puente del río, y Em Gee desvió el coche de la ruta embocando por un agosto sendero. Avanzaron un trecho por entre un espeso saucedal y luego él detuvo la marcha y apagó las luces.

Estuvieron largo rato sumidos en las sombras sin decir palabra. Vernona hubiese preferido que reanudara su plática sobre la estancia, porque el silencio la aterraba. Procuraba convencerse de que él no abrigaba segundas intenciones al llevarla a un paraje tan solitario; pero no se apartaban de su mente las palabras de Ash Neff a

propósito de Em Gee, y hubo de conjeturar por fin que si la llevaba allí era para hacerle el amor. Se puso, pues, a pensar en lo que haría si se echaba sobre ella y pretendía abrazarla. Era evidente que debía hallar un medio adecuado para librarse de él, pues no ignoraba que su solo físico resultaría demasiado débil para contenerlo si trataba de enamorarla a la fuerza. Hasta entonces no experimentaba por él deseo alguno, y estaba segura de que no lo experimentaría jamás bajo ninguna circunstancia. Optó, pues, por arrimarse lo más posible a la portezuela.

—Vernona —dijo él, pronunciando por primera vez su nombre, con áspero acento —... Vernona, me gustaría plantearle a usted las cosas claramente antes de hacer nada. Cuando voy detrás de algo, sea lo que sea, me ha gustado siempre ser leal y derecho, y me agrada dispensar a las mujeres el mismo trato...

Vernona, expectante, muda, buscó a tientas la manija de la portezuela. No tenía aún el propósito de escaparse; pero necesitaba estar preparada. Desde algún lugar cercano llegaba el leve murmullo de las aguas; pero no podía precisar a qué distancia se hallaba el río, ni siquiera en qué dirección, y temía caer en él y ahogarse si trataba de huir en la oscuridad. Tensa, prestó oído al croar de las ranas de la ribera.

—Y bien... por naturaleza, me gusta hablar poco e ir directamente al grano —oyó que le estaba diciendo—. Cifro un verdadero orgullo en eso...

—¿Síiii? —balbuceó ella, trémula, al tiempo que su mano tropezaba, por fin, con la manija, y se aferraba a ella con una sensación de alivio.

—Bueno... se entiende. A un hombre como yo le gustan las cosas hechas antes que dichas. Esa es la mejor manera de hacerlas. Nunca fui de los que pierden el tiempo en tartamudeos.

—¿De veras, *Mr. Sheddwood*? —Y esta vez pronunció el nombre clara y distintamente.

—El hecho es que ese comisionista agrario —Thurston Mustard— vino a verme esta madrugada, y se puso a hablar de usted. Dijo mucho de bueno, en uno y otro sentido, y no me avergüenza confesar que acabó por despertarme cierto interés. Sostuvo que era extraordinariamente bien parecida y que no podía pedirse un cuerpo más perfecto, agregando que antes de poco tiempo aparecería el hombre avisado que le tirara el lazo para hacerla su esposa. Todo lo cual me llevó a echar mis cuentas, o sea las cuentas que cualquier soltero o viudo sin compromisos hubiera echado en mi lugar. Le pregunté por qué me la recomendaba de ese modo, y me contestó que aspiraba a verme estabilizado para que me dedicase por entero al cultivo del mijo...

»Este agente agrario me está siempre importunando para que cultive mijo, porque se le ha puesto en la cabeza ganarse el premio que otorgan a los comisionistas por promover ciertas cosechas, y piensa que lo ganará promoviendo la mejor producción de mijo del Estado y que luego podrá darse unas vacaciones en Chicago o en algún lugar por el estilo...

»Fue así que le pregunté si él mismo estaría dispuesto a comprometerse con usted en caso de que su actual esposa sufriera un síncope, y me contestó que lo haría

corriendo de tal modo, que le sacaría chispas a las piedras. Esta respuesta me hizo dar por bien garantizado su entusiasmo, incluso suponiendo que sólo pretendiese obligarme —en compensación— a aumentar mis áreas de mijo para el próximo año. Decidí, pues, viajar al pueblo e informarme acerca de usted con mis propios ojos. Por cierto que al verla frente a esa casa de pensión, comprobé que justificaba por completo las palabras del comisionista, y que incluso, quizá éste se hubiera quedado corto. Le diré que he adquirido muy sólidas teorías respecto a la sumisión que debe exigirse a las mujeres. Porque he comprobado que, en todas partes, el término medio de los hombres apenas si obtiene de ellas la mitad del trabajo que podrían rendir. Además, me interesa una mujer que, terminada la faena, me haga sentir orgulloso de acostarme con ella. Usted me impresiona como buena trabajadora y me figuro que a la vez me proporcionaría en cada ocasión ese orgullo de que he hablado. Al verla me ha ocurrido lo mismo que ante esas potrancas retozonas que tientan a comprarlas y con las que luego uno tanto se encariña: bien formadas, de hueso fresco y firme, y la cabeza siempre levantada como obedeciendo al freno...

»Eso aparte, le aseguro que tiene usted una cabellera muy abundante. Alcancé a ver que es de color chocolate, cuando aún no había oscurecido del todo. Casi diría que sentí su tacto. Ahora mismo me dan ganas de meterle los dedos entre los cabellos...

Se interrumpió, turbado por lo que había dicho, y empezó a carraspear. Vernona se sentía aliviada al ver que hasta entonces sólo se estaba limitando a hablar; pero eso no garantizaba en absoluto sus inmediatos propósitos. Y oprimió con más fuerza la manija.

—*Mr. Sheddwood* —expresó en el acto, apresurándose a decir algo para que no empezara de nuevo—... es usted muy amable al tenerme en tan elevado concepto. —Habla con toda cautela, dando a la voz un tácito tono de intimación a fin de que no se mostrara demasiado entusiasta con sus cabellos ni con nada semejante—. ¿No cree usted, *Mr. Sheddwood*, que ya es hora de volver al pueblo?...

Em Gee hizo un movimiento, y ella percibió cómo se hundían a su lado los muelles del asiento. No alcanzaba aún a rozarla, pero estaba tan próximo que sentía su aliento en la cara.

—Una vez que empiezo una cosa no me gusta dejarla a medio camino. Me gusta muchísimo más abordarla abiertamente y no soltarla hasta el fin. Ahora bien, como conozco muy poco de su persona y apenas si hay tiempo para averiguaciones, mucho le agradeceré me facilite todos los informes necesarios...

—Si usted se refiere a si estoy o no comprometida, mi respuesta es desde ya un *no* —dijo ella, y en el acto se preguntó si realmente él se referiría a eso—. Pero quiero que no me interprete mal —se apresuró a añadir—. Vine a Palmetto a enseñar y no a...

—Algo de eso iba también a preguntarle; pero lo importante para mí es lo referente a su salud. He tomado como norma mostrarme receloso con las forasteras,

porque una enfermedad puede hacer estragos en un hombre. Se lo pregunté ya al comisionista; pero me dijo que no sabía una palabra al respecto. El otro dato que me interesa es saber cuánto dinero debe. Eso es muy importante también...

—¿Puedo responder de mi salud, *Mr. Sheddwood*! —aseguró, entre sorprendida e indignada.

—¿Y... en cuanto a deudas?... —le recordó.

Su primera intención fue no contestar a esa pregunta; pero luego estimó que daba excelente coyuntura para desanimarlo.

—Sí; las tengo —declaró—. Debo quinientos dólares, *Mr. Sheddwood*...

Em Gee guardó unos minutos de silencio.

—¿A quién se los debe?...

—Se los pedí prestados a mi tío para costearme el Instituto, *Mr. Sheddwood*...

Volvió a permanecer un rato en silencio. Luego dijo:

—El dinero prestado por un pariente tan cercano no cuenta. Los parientes cercanos no efectúan cobros compulsivos como los demás acreedores. Puedo dejar de lado esa deuda...

—¿Pero lo debo! —insistió ella—. Lo pedí prestado, y alguna vez tengo que pagarlo...

—Si hubiera usted economizado, ya podría hacerlo; pero todavía eso no ocurre. Yo le daré más de un consejo si el asunto se complica y se pone fastidioso. Lo importante es que goza de buena salud, y... ¡bueno!... si usted se interesa por mí... ¡bueno!..., por mi parte, me complace decirle que me casaré con usted. Pero, para hacer la cosa a fondo, y sobre seguro, preferiría que se viniese usted antes a vivir aquí una semana conmigo a fin de darme la ocasión de asegurarme contra cualquier posible engaño. Ahora bien... usted ya sabe que mi difunta esposa me dejó con cinco hijos y tengo que hacerlos criar. Por ahora los cuida una prima mía en segundo grado; pero ella quiere casarse y formar su propio hogar, de modo que la esposa que yo tome tendrá —entre otras cosas— que ocuparse de los niños...

Vernona estuvo a punto de reírsele en la cara; pero comprendió que lo lastimaría en sus sentimientos y que probablemente se enfadaría. La prudencia le aconsejaba no provocarlo.

—Me alegra que haya pensado en mí de ese modo, *Mr. Sheddwood*; pero yo apenas si llevo una semana en mi cargo, y mi intención es terminar el año. No puedo permitir que nada interfiera con eso...

—Comprendo lo que le pasa. Pero no me importaría esperarla hasta mayo o junio. He oído decir que a las mujeres les gusta casarse en primavera. Aunque —se lo advierto— no me gustaría esperar más tiempo que el señalado...

—¿*Mr. Sheddwood*... no... me será posible!...

—No se precipite, Vernona, que tal vez se arrepienta cuando sea demasiado tarde. Lo que debe hacer es pensarlo un tiempcito. Yo podría pasar dentro de una semana por su pensión, y, entretanto, podrá usted pensar todo lo que quiera.

—No creo que cambie de parecer, *Mr. Sheddwood*; pero, de todos modos, tendré mucho gusto en verle nuevamente. —Se preguntaba si habría logrado desanimarlo, con la secreta esperanza de que ahora consentiría en volver al pueblo—: ¿No cree que se nos está haciendo tarde, *Mr. Sheddwood*? —preguntó—. Deberíamos volver, ¿no es así?...

—¡Ciertamente! —consintió con prontitud—. Ya hemos dejado las cosas bien claras, por ahora. Vamos a dar la vuelta y a emprender el regreso...

Puso el motor en marcha y encendió los faros. Ella soltó la manija y dejó caer lánguidamente la mano en su falda, mientras el coche retrocedía por el sendero en dirección a la ruta. En unos minutos dió la vuelta, y aceleró rumbo a Palmetto.

—¿Y bien... sigue con deseos de ir al cine? —dijo él, al cabo de un rato.

—Me gustaría mucho ir, *Mr. Sheddwood*... Ése era nuestro propósito al abandonar la casa de *Mrs. Neff*, ¿no es así?...

—Así es —confirmó él, sin entusiasmo.

Cuando volvió a despegar los labios, tenían ya a la vista las luces del pueblo.

—Es tarde para un agricultor que tiene que madrugar —le advirtió— y, si a usted le da lo mismo, la dejaré en la puerta del cine y volveré a la estancia...

—Me da lo mismo, *Mr. Sheddwood*. Tuve la buena idea de traer mi cartera. Ni siquiera necesita usted bajar del coche...

Em Gee aceleró a fondo y guió en silencio el resto del camino.

CAPÍTULO IV

DOMINGO

1

Como Blanche Neff solía decir, todo el mundo —prácticamente— en Palmetto, santos y pecadores, iban a la iglesia los domingos. Había unos pocos, claro está que —como Ash Neff, Cato Pharr y Sam Walpole—, entre una población de quinientos cuarenta y ocho habitantes, no asistían por una u otra causa a los servicios religiosos. Pero eran la excepción, y esa mañana, la del último domingo de setiembre, jornada radiante de aquel «veranito indio», ambas iglesias estaban atestadas.

Ash disculpaba siempre su inasistencia diciendo que sus recursos no le permitían adquirir un adecuado traje dominguero; pero la verdad era que le agradaba mucho más apostarse en la mecedora del porche a observar el ir y venir de los fieles por su vereda.

Cato Pharr, cartero rural, era ateo, el único ateo o agnóstico declarado del pueblo, y se jactaba de no haber puestos los pies en una iglesia desde hacía por lo menos cuarenta y dos años.

Sam Walpole, talabartero y remendón, abrigaba un incurable rencor contra un antiguo presbítero, muerto hacía tiempo, que le había administrado el bautismo sumergiéndolo totalmente en un arroyo del contorno, cuando el trato era que debía rociarlo solamente con el agua del arroyo y no hundirle la cabeza en ella hasta el extremo de casi ahogarlo. En revancha, Sam Walpole se hizo el firme propósito — que venía cumpliendo a lo largo de años— de mantener abierto su taller los domingos por la mañana, poniendo a todo vapor su máquina de zurcir arneses, mientras tenían lugar los servicios parroquiales.

Por otra parte, ir a la iglesia constituía en Palmetto el acontecimiento social más importante de la semana. Allí era donde los jóvenes combinaban sus citas, y los parientes y amistades ponían fecha a sus próximas reuniones, y se consideraba inaudito que alguien apareciera en el pueblo con traje o sombrero nuevo si antes no había sido estrenado en uno de esos domingos parroquiales. Por muchos años, tantos como los que era dable recordar, había sido allí costumbre —antes y después de los servicios— que los hombres hablaran de negocios y de política, y no era raro que se cerrara trato por una carga de madera o que se llenara una vacante en el municipio del

distrito, como resultado de unos cuantos minutos de conversación en las gradas de la iglesia, fuera ésta la Metodista o la Bautista.

Aparte de sus varias actividades en la iglesia Metodista, Blanche Neff cantaba en el Coro como soprano. Cuando esa mañana concurreó en compañía de Vernona a oír el sermón del Reverendo John Boykin Couchmanly, trató de persuadir a la joven de que la acompañase al Coro; pero Vernona rehusó cortésmente, instalándose en una de las últimas bancas.

El Reverendo John Boykin Couchmanly, que insistía en ser llamado por sus tres nombres, era un joven maduro, de cara ancha y rubicunda. Enérgico y práctico para todo lo relacionado con los asuntos eclesiásticos, opinaba que las iglesias alcanzarían gran prosperidad si fueran manejadas según los principios del alto comercio, combinados con el colorido de los espectáculos y la pompa y fausto de las antiguas religiones.

Había llegado, al mismo tiempo, a la conclusión de que los fieles que contribuían con grandes sumas al mantenimiento del culto y a los emolumentos del pastor, detestaban ser objeto de amonestaciones públicas, susceptibilidad que él, desde el púlpito, se cuidaba mucho de lastimar. Los temas de sus sermones, que en el último tiempo no ofendían a nadie, ni mucho menos a los sostenedores del culto, consistían habitualmente en detallar las glorias de la salvación eterna y de la vida ultraterrena. Al decir de un testigo fidedigno, el Reverendo John Boykin Couchmanly fue visto en el cementerio, en actitud harto insólita, con una de las jóvenes del Coro, un viernes por la noche, después de los ensayos. Como el testigo, en sus comentarios, no daba ninguna importancia a la situación, no se produjo el escándalo que era de esperar. No obstante, se suponía que esta experiencia del pastor tuvo mucho que ver con su decisión de renunciar a los implacables sermones que había pronunciado hasta entonces. De ahí que ahora contara con una numerosa grey de donantes, y un Coro renovado hasta tal punto que era un verdadero concurso de las más jóvenes y hermosas muchachas, que exhibían sus encantos frente a la feligresía.

Cuando esa mañana el Reverendo John Boykin Couchmanly vió llegar a Blanche en compañía de Vernona, envió en el acto al acólito a que invitase a la joven a ocupar un asiento en la parte más destacada del Coro; pero ella se empeñó en rehusar. Thurston y Jenny Mustard, que eran bautistas, habían concurrido a su propia iglesia, de modo que Vernona, hasta que terminó el sermón y se hizo la colecta, permaneció todo el tiempo entre extraños. Inmediatamente después de la bendición, Blanche la llevó a la portería y la presentó al pastor y a su esposa, a varias mujeres que formaban parte del centro parroquial y, entre otros muchos, a Milledge Mangrum.

Durante el sermón, y mientras cantaba el Coro, los feligreses habían tenido más de una oportunidad de volver la cabeza para mirar a Vernona, y al término del servicio ya todo el mundo sabía que era la nueva maestra de escuela. En consecuencia, en su mayor parte, la gente tenía la sensación de conocerla cuando les fue presentada. Varias de las mujeres la invitaron a cenar para ese mismo día, otras le

dijeron que esperaban hallase de su gusto la vida lugareña de Palmetto, y algunas aseguraron que sus chicos habían llegado a casa diciéndoles que nunca habían tenido una maestra tan linda como ella.

Rato después, cuando ya mucha gente habían abandonado la iglesia, y el atrio empezaba a ralear, le presentaron a Milledge Mangrum. Durante todo el oficio había permanecido solo, de pie, afirmado a la pared opuesta a la entrada, observando a Vernona con el más vivo interés por sobre las cabezas del gentío. Su figura esbelta, sus cabellos negros, su rostro juvenil y atezado, habían llamado a su vez la atención de la joven, que aun en medio de esa multitud de caras extrañas, no dejó de preguntarse quién sería.

Por fin, cuando estuvo en su presencia y se dieron la mano, halló que había en él algo fascinante. Sus labios, trémulos, se entreabrieron varias veces para decir algo, pero no pudieron proferir la menor palabra. No era nuevo para ella interesarse por un hombre a primera vista, pero en su vida se había sentido tan impresionada como en presencia de Milledge Mangrum.

Por más que abrigaba la certeza de que todo el mundo les tenía los ojos encima y sospechando lo que pensarían, siguió mirándolo embelesada como si sólo él existiera. En su vida ningún hombre le había causado esa sensación gratisima de sentirse tan absolutamente dominada, y experimentó una peligrosa inclinación a hacer cuánto quisiera pedirle.

Bajo tal influjo, no hubiera sido raro que se pusiera cabeza abajo si a él le daba por ordenárselo.

Era más corpulento de lo que le pareció en el primer instante y la proximidad le permitió, además, descubrir algunas hebras plateadas en su negro cabello. Vestía un costoso y bien cortado traje gris, y una corbata oscura de sobrios matices, adquirida quizás tras rigurosa selección. Todo en él revelaba un rango prominente y puesto que su fisonomía no acusaba ninguna de esas características de frío cálculo que ella siempre relacionaba con la industria y el comercio, dedujo que se hallaba en presencia de un profesional, quizá un reputado doctor o un abogado. Pero, quien quiera que fuese, lo cierto era que pertenecía a ese tipo de hombre que ella siempre anheló encontrar.

—¿Cómo está usted, *Miss Stevens*? —dijo, con una voz cálida y seductora. El tono era suave, penetrante y bien modulado. Lo único que parecía fuera de lugar era el modo ceremonioso con que la trataba, y al instante deseó que le dijera Vernona a secas. Aunque en su vida lo había visto, sentía sin embargo como si se tratara de alguien a quien conocía desde largo tiempo y a quien profesaba un hondo afecto.

Por último, al comprobar que no sólo seguía ella allí sin decir palabra, sino que él continuaba reteniéndole la mano, comprendió que debía decir algo. La gente que los rodeaba debía haberse dado cuenta de que aquello duraba más de lo presumible. No pudo menos que sonrojarse.

—¡Oh... estoy perfectamente! —dijo azorada, y apenas consciente de si sus

palabras resultaban apropiadas.

Aún no se decidía a librar la mano del cálido y amistoso apretón y, por su parte, él no daba ningún indicio de que estuviera dispuesto a aflojar. Vernona advirtió que aquellos ojos clavaban como dardos mientras se posaban con detenimiento en su cabello, su rostro y el nacimiento de los senos. Un delicioso estremecimiento recorrió su cuerpo. Erguida en toda su esbeltez, apretando las rodillas en cálido contacto, le repitió:

—Sí; en verdad... estoy perfectamente.

—Me alegro —dijo él, acercándose más—. Es para mí enormemente grato conocerla, *Miss Stevens*. Había tanta gente a su alrededor que ya desesperaba de acercarme a usted. Estuve esperando mi turno afirmado en la pared todo el tiempo. Empezaba a fastidiarme. —Y bajando la voz para que sólo ella pudiese oírle, agregó—: Pero bien valía la pena esa espera, tratándose de usted.

—Lo sé. Lo vi mientras esperaba.

—¿Me vió usted? —dijo, con una sonrisa ávida. Y, bajando de nuevo la voz: «Me hace feliz el haberla esperado, *Miss Stevens*»...

Había algo en sus maneras que, por un instante, pareció quitarle el aliento:

—Me alegra que se haya acercado... este... ¡oh!... quiero decir que lamento su larga espera. —Se preguntó qué significado estaría dando él a sus palabras—: Espero que me interprete —agregó.

Él asintió con un lento movimiento de cabeza:

—Quizá la próxima vez no me haga usted esperar tanto, *Miss Stevens*...

—¿Qué... qué quiere decir?...

Él oprimió estrechamente aún su mano, y luego, no sin resistencia, terminó, por fin, soltándola.

—Creo que empezamos a entendernos muy bien, ¿no es así? —díjole con una expresiva sonrisa.

—Por supuesto —respondió al instante.

—Entonces... se hará todo más pronto, ¿eh?...

—¿Qué... qué cosa se hará más pronto?...

Vernona paseó sus ojos por entre la gente agrupada a su alrededor, y sorprendió todas las miradas fijas en ellos.

—Lo cierto es que ahora debo irme —dijo ella con excitada precipitación, sin esperar su respuesta. No quería pensar en lo que podría suceder si permanecía por más tiempo bajo su influjo, y buscó con la mirada a Blanche Neff. La descubrió hablando con alguien en el pasillo. Vernona se dispuso a dejarlo, y en ese momento no hubiera hallado muy fuera de lugar que él le tomase la mano de pronto en sus brazos y la besara en señal de despedida—. Debo irme en el acto —le advirtió, con un ademán que parecía dirigido a disuadirlo de que hiciera semejante cosa en público—: ¡Hasta luego!

—Hasta luego, *Miss Stevens* —le oyó decir a sus espaldas.

Él quedó como clavado al piso del atrio, el ceño levemente fruncido, la ávida mirada atenta a los menores movimientos del cuerpo de la joven, mientras ésta iba a reunirse con Blanche. En un último atisbo, Vernona lo vió observándola como si aguardara un repentino vuelco en sus propósitos.

Blanche parlotaba con sus acostumbrados ademanes discursivos mientras descendían las gradas en dirección a la calle. Cuando llegaron a la esquina, y a punto de doblarla, Vernona no pudo contener el impulso de volver la cabeza. Habría mirado hacia atrás —se decía— aun sabiendo que se convertiría en estatua de sal. Lo divisó en mitad de las gradas, con el sombrero aún en la mano, contemplándola con el mismo interés absorto que había manifestado en el atrio. Acto seguido doblaron la esquina, perdiendo así de vista la iglesia.

—*Mrs. Neff* —dijo casi sin aliento—. ¿Quién... es?

—¿A quién se refiere, nena? Puede decirse que acaba de conocer a todo el mundo esta mañana en la iglesia. ¿De quién está hablando, nena?

Vernona no podía concebir que Blanche, y todos los allí presentes, hubieran pasado por alto ese encuentro.

—Ese caballero alto, *Mrs. Neff*. El que me presentó al último. Tiene algunos cabellos grises. No muchos, y le sientan muy bien. No parece un hombre de edad, sin embargo. Y es muy buen mozo, además.

—Entonces debe ser Milledge Mangrum, nena. Ahora recuerdo que los presenté. Sí. Es él. Mangrum. Se quedó hasta que todos salieron.

—¿Qué tal persona es, *Mrs. Neff*?

—¿Milledge Mangrum? Bueno... Él es... Todo el mundo conoce a Milledge Mangrum. Se dice que ha llegado a ser muy importante e influyente. En cierto modo, está vinculado a la política.

—Me parece enormemente simpático, *Mrs. Neff*.

—¿Le parece? —Y Blanche se volvió hacia Vernona clavándole los ojos—. ¡Pero si acaba usted de conocerlo, nena! Fueron presentados, se dieron la mano... y nada más.

—Realmente... siento como si hubiera sido algo más, *Mrs. Neff*. Y pienso que es muy simpático.

—Tal vez —consintió Blanche, con aire casual—. De todos modos, aunque antes era miembro del Consejo Escolar, no creo que siga siéndolo. Es probable que eso carezca ya de importancia para Milledge Mangrum. Recuerdo haber oído que ahora tiene importantes vinculaciones políticas en el Estado.

—¿A qué se dedica... exactamente?

—No sé, nena, pero supongo que hará lo que hacen todos los políticos en todas partes. Alguien me dijo una vez que está siempre viajando por el Estado para ponerse en contacto con las personas que venden artículos al fisco y a las escuelas públicas y otras instituciones por el estilo. Como sea, apenas si para en casa, pues siempre tiene que ausentarse para alguna parte. Era pasante de abogado; pero aseguran que su

actual fuente de ingresos —cualquiera sea— es mejor. No sé lo suficiente de política para entender cómo se hace, pero le aseguro que en política hay muchas maneras de llenarse los bolsillos con tal de tener la vinculación apropiada. Y si hay maneras, téngase por cierto que Milledge Mangrum las conoce todas. Siempre los políticos me han parecido sospechosos, y él no constituye una excepción. No confiaría yo en él ni en los otros muchos más de lo debido. De todos modos... usted va a tener probablemente muchas ocasiones de verlo en lo sucesivo. Palmetto es un lugarejo tan íntimo que, tarde o temprano, llegará usted a conocer a todo el mundo. Siempre dije que eso es lo que tiene de agradable vivir en un pueblo como éste. ¡Es todo tan amistoso y amable!

—¿Cree usted que le veré de nuevo, *Mrs. Neff*?

—¡Pues... ya lo creo! —exclamó, sorprendida por la pregunta de Vernona—. Sí, por supuesto —agregó poco después, y luego guardó un caviloso silencio durante lo que restaba del trayecto.

2

Ash estaba sentado en la mecedora del porche cuando llegaron a casa. Blanche se adelantó para hacer saber a Martha Belle que habían regresado ya de la iglesia. Ash abandonó su yacija y dió alcance a Vernona.

—¿El sermón fue a favor o en contra esta vez? —preguntó.

—Creo que a favor de la gente que va a la iglesia los domingos en lugar de quedarse en casa.

Tendré que ir a la Bautista entonces. Allí el predicador se desvive por hablar en contra de algo. Dicen que se le pone el cogote colorado de tanto retumbar y bramar por cualquier bagatela que, para un hombre normal, no tendría más importancia que espantar una mosca. Eso hace que valga la pena oírlo.

Ash arrastró dos mecedoras desde el porche e invitó a Vernona a instalarse a su lado.

—¿Quedó citada con alguno de esos pisaverdes que acostumbran invitar a las maestras a dar una vuelta en coche los domingos por la tarde?

—Nadie me ha invitado a dar una vuelta en coche, *Mr. Neff*.

—¿Nadie, eh? —Y la miró con ojo perspicaz—. Bueno... ya lo hará alguno. Puede hacerme callar si me equivoco; pero se me figura que usted debió sufrir algún revés, pues ahora la hace inclinar a interesarse por hombres que están fuera de su alcance. De ahí que no le interesen los Jack Cash o los Em Gee Sheddwood. Son demasiado fáciles para usted. Quizá crea que su deber sería aceptarlos, pero no quiere correr el riesgo de casarse y echar el ancla junto a un solo hombre. Alguno debió dejarla con los crespos hechos, y he ahí algo que una mujer jamás olvida porque no quiere pasar por lo mismo una segunda vez.

—¿Cree usted eso, realmente, *Mr. Neff*?

—Lo supongo, Nona. No puede ser por menos. Pero aparecerá, por fin, uno que de veras le interese, y lo aceptará aunque no deba. Y a juzgar por las apariencias, usted es de las más indicadas para que tal cosa le ocurra. Si quiere saber la pura y santa verdad, Nona, le diré que en otro tiempo el Consejo Escolar de esta localidad acostumbraba contratar como maestras a los mamarrachos más ordinarios, feos y avinagrados que nunca se vieran ni en las peores pesadillas. Le aseguro que era una vergüenza la forma en que manejaban a los niños, pegados al banco, mirando todo el santo día lo que yo pagaría por no ver jamás. ¡Pero qué digo! Si hubo un año en que se colmó la medida y las maestras fueron desde todos los ángulos tan horriblemente feas, que la gente de los pueblos vecinos venían en sus coches a comprobar si era verdad lo que se rumoreaba al respecto. Siempre me he preguntado de dónde saca a veces sus maestras nuestro Consejo Escolar. La verdad es que, en ciertos años, hubiera preferido vivir de noche y no ver nunca el sol. Me parece como si...

—Creo que Martha Belle está llamándonos a almorzar, *Míster Neff* —lo interrumpió.

—Bueno... lo cierto es que así son las cosas. No retiraría ni una sola palabra de lo dicho...

Más tarde, sentados frente al almuerzo dominical, Vernona era toda oídos tratando de sorprender en la conversación de los comensales alguna referencia a Milledge Mangrum, porque necesitaba ampliar los informes que Blanche le había proporcionado. Pero Thurston Mustard acaparó la charla durante casi todo el tiempo hablando de cierto agricultor del distrito que, guiado por él, acababa de obtener una extraordinaria cosecha. Y acto seguido se extendió en consideraciones sobre el hijo de Em Gee Sheddwood.

Terminado el almuerzo, Vernona subió a su cuarto y, luego de desvestirse, se recostó cómodamente. Estuvo un largo rato mirando al techo y recapitulando hasta en sus letras las palabras que Milledge le había dicho en el atrio de la iglesia. No tardó en recordar hasta el menor de sus gestos, hasta las arruguillas que se le fruncían en torno a los ojos cuando sonreía. Un cálido sol de siesta se echó sobre ella sumiéndola en un dulce sopor y no tardó en quedarse profundamente dormida.

Se había puesto el sol y era ya muy tarde cuando oyó que alguien entreabría la puerta. Aún no despertaba del todo, y Martha Belle entró de puntillas a la habitación, cerrando la puerta tras ella. Medio se incorporó en la cama y se preguntó a qué se debería esa ancha y luminosa sonrisa que se esparcía por la cara de hollín de Martha Belle.

—¿Qué hay, Martha Belle? —preguntó, todavía adormilada.

—Haría mejor en levantarse y salir, *Miss Vernona* —chilló con excitación, desde los pies del lecho—. No es una ocasión apropiada para haraganear.

—¿Por qué, Martha Belle?

—Porque le conviene apurarse y ponerse su vestido más lindo, *Miss Vernona*. — Y se interrumpió contemplando admirada el esbelto cuerpo desnudo de Vernona—. ¡Cáspita! ¡Qué hermosa es usted *Miss Vernona*! Hace muchísimo tiempo que vengo conociendo a las maestras que trae el Consejo; pero ninguna puede compararse con usted. Por cierto que la admiro. No tiene idea de lo bien que le luce ese cabello castaño, y todas esas redondeces que tanto gustan a los hombres y por las que hacen tanto alboroto. —Y, riendo como para sí misma, con su risa chillona, agregó—: ¡Si ese caballero amigo la viese ahora! ¡No quiero pensar en cómo se le trastornaría la sesera! ¡Recáspita!

—¿De quién estás hablando, Martha Belle? —preguntó, sentada ahora en el borde de la cama.

—*Miss Vernona*... en este mismo momento hay un caballero esperando ahí abajo —dijo, y frunció el ceño con cómica gravedad—. Por eso haría bien en atenderme y apurarse...

—¿Quién es?...

—¡*Mr. Milledge Mangrum*!

—¿Estás segura?

—¡Requetesegura!

—¿A qué vino? —inquirió, excitada—. ¿Estás segura de que vino a verme a mí, Martha Belle? —se interrumpió—. ¿Para qué querrá verme?...

—Pero... ¿cómo sabe si ha venido a verla a usted, *Miss Vernona*? —dijo a punto de reír, y no tardó en agregar, ahogada ya por la risa—: Usted sabe perfectamente bien por qué ha venido a verla. Los hombres tienen siempre sus razones cuando *tap, tap, tap*, golpean a una puerta. Si no se trajeran ya algo en la mollera, no se molestarían. En cuanto a lo que hacen cuando no se traen nada en la mollera, ya es harina de otro costal... Pues bien, haría mejor en moverse un poco y ponerse ese lindo vestido. No debe hacer esperar mucho tiempo a *Mr. Milledge Mangrum*. ¡No se-ño-ra! A un hombre debe hacersele esperar sólo lo justo para aguijonearlo, cosa que constituye el más hábil de los recursos, ya que de nada sirve dejarse rondar por un hombre que no sienta el aguijón; pero hacerlos esperar demasiado tiempo...

Martha Belle subrayó sus palabras con un pronunciado cabeceo de advertencia.

—¡Uff, uff! Esa no es cosa que deba hacerse, *Miss Vernona*. Dele usted a un hombre mucha espera y lo primero que hará para matar el tiempo será dedicar sus pensamientos a otra dama que no se haga esperar tanto. Al hombre le gusta que le afilen el aguijón; pero una mujer debe saber en qué momento ha de dejar de amolarlo. Porque de un hombre con el aguijón excesivamente afilado no se puede esperar nada bueno. Sé mucho acerca de esto porque me ocurrió a mí misma antes de que aprendiera a suspender la amoladura en el momento preciso.

—Con todo, no puedo imaginar para qué quiere verme —dijo Vernona, como hablando para sí, pero en voz alta. Fue a la ventana y vio cómo el velo gris del crepúsculo se extendía sobre el pueblo. Era evidente que debía dedicar sus afectos a un solo hombre, y que no fuera discípulo suyo, porque era demasiado peligroso permitir que progresara su inclinación hacia *Floyd Neighbors*. Cuando, en lugar de irse a vivir con *Inés*, se decidió por la enseñanza, había considerado ya la importancia de comprometerse cuanto antes. Si no lograba eso, pronto se vería ante su probada incapacidad para resistir a cualquier hombre que deseara hacerle el amor. Ahora hallaba de su gusto a *Milledge Mangrum* y abrigaba la esperanza de ser correspondida por él del mismo modo. Si tal ocurriese, dispondría de una buena coyuntura para hacer saber a *Jack Cash* y a *Em Gee Sheddwood*, así como al mismísimo *Floyd*, que no estaba interesada en ellos y que, en consecuencia, no necesitaba su compañía. Abandonó la ventana y volvió al centro de la alcoba—: Martha Belle —dijo— si realmente él está allí, debe ser porque desea volverme a ver.

—Bien sé yo que quiere verla, *Miss Vernona*, puesto que me lo dijo. Lo fastidioso del asunto es que está usted perdiendo un tiempo precioso. Ellos nunca vienen a golpear —*tap, tap, tap*— en una puerta, si no se traen algo en la mollera. Por eso, dese prisa en vestirse, *Miss Vernona*.

Abrió el ropero y hurgó en él hasta encontrar su vestido. Justamente, lo había comprado en previsión de una oportunidad semejante y estaba todavía sin estrenar.

Mientras Martha Belle le buscaba las medias y los zapatos, se peinó con todo esmero y se puso el nuevo vestido rojo. Cuando estuvo lista, se paseó una y otra vez frente al gran espejo de cuerpo entero, hasta quedar totalmente satisfecha de su examen.

—¿Crees que ahora estoy bien presentada, Martha Belle?

—¡Cáspita! ¡Caramba si sabe usted arreglarse, *Miss Vernona*! Si yo tuviera la mitad siquiera de esas formas para el *boogie* que usted tiene, y ese lindo vestido para mejor lucirlas, antes de un decir amén ya estaría de hombres hasta el techo. Los tendría de todas clases: chiquillos con gusto a leche, jovenzuelos mequetrefes, deportistas de pata ancha, papás calaverotes, y hasta vejetes a punto de entregar la herramienta. ¡Dios me asista! ¡Sí se-ño-ra! Por cierto que luce usted bien, *Miss Vernona*. No habrá hombre que se resista. Ahora se cumplirán todos sus deseos, en parte al menos. *Mr. Milledge Mangrum* no se va a arrepentir en lo más mínimo de su *tap, tap, tap*, cuando sus ojos la vean y se deslumbren. Se lo aseguro de antemano. Conozco todo lo que les gusta a los hombres, y a usted le sobra...

Vernona volvió al espejo y se enderezó las medias. Como último detalle, retocóse los labios.

—¿Dónde está, Martha Belle? —preguntó, tomando aliento.

—Está esperando abajo, en la sala. Usted no tiene más que ir y presentarse, y ya se encargará él de todo lo demás —dijo, como riendo para su capote—. *Mr. Milledge Mangrum* debe tener el agujón a punto, *Miss Vernona*, o estará muy cerca de tenerlo. Van a ocurrir grandes cosas esta noche, se lo aseguro. ¡Ja! ¡Por Diosito santo!...

—Basta ahora, Martha Belle —dijo, haciendo amago de enfadarse—. ¡Esta cita es mía y no necesito más consejos!

—Sí, se-ño-ra —chilló Martha Belle, riendo de nuevo.

Tras una última ojeada al espejo, se dirigió al vestíbulo. La negra la siguió hasta la escalera, y allí quedó, acompasando el armonioso descenso con admirativos movimientos de cabeza.

3

La puerta de la sala estaba abierta. Cerraba ya la noche y el recinto permanecía aún a oscuras. Entró hasta alcanzar la mesita del centro y, cuando se detuvo, su corazón era un galope.

—Vernona. —Oyó que decía una voz familiar desde alguna parte de la sala, y un instante después Milledge Mangrum surgía de las sombras. Vernona alcanzó a ver que le sonreía, medio esfumado en la penumbra, pero lo bastante visible como para causarle un temblorcillo de excitación—. Supongo que no esperaba verme tan pronto, ¿no es así?...

—No; por supuesto que no —replicó Vernona con lenta cadencia.

Se le acercó aún más y, de pronto, ella sintió en el brazo la presión de su mano. Volvía a experimentar el cálido y amistoso sentimiento de esa mañana. No supo cómo se vió conducida hacia el vestíbulo.

—Creo que será mejor que salgamos por ahí —le oyó decir. Iban atravesando el vestíbulo en dirección al porche. Milledge aún no le había solicitado que lo acompañase, pero eso ya no parecía necesario. Transpusieron el porche y descendieron las gradas hacia el antepatio. Era como si ambos dieran por descontado el consentimiento de ella. El coche perfilaba su bulto en la oscuridad, junto a la verja. Se trataba de un automóvil flamante, amplio y lujoso. Mientras abría la portezuela para que ella subiese, dijo—: Pensé que le gustaría dar una vuelta esta noche, Vernona. Espero que no tenga otros planes.

No supo ella por qué dejó estas palabras sin respuesta; pero, como fuese, adivinaba que tal respuesta no hacía falta. Partieron, sumiéndose en la noche.

Desde que esa mañana lo viera por primera vez en el atrio de la iglesia Metodista había pensado varias veces durante el día si sería posible que ocurriese algo semejante, y ahora que había ocurrido le parecía lo más natural. Era como si el hallarse juntos, cruzando frente a las ventanas iluminadas de las casas, fuese lo inevitable.

Persistía un último resplandor rojizo en el horizonte. Habían dejado atrás Palmetto y rodaban rumbo al oeste mientras a la orilla del camino los palmitos parecían correr en dirección opuesta. A estos árboles, de ramaje en abanico, debía su nombre el pueblo. Crecían silvestres en las praderas a todo lo largo de la costa.

—Tengo algo que decirle, Vernona —anunció, al cabo de un rato.

El coche fue disminuyendo la marcha hasta detenerse a un lado del camino. Era una noche estrellada, ligeramente fría a causa del relente y, a espaldas de ambos, iniciaba la luna su ascenso. Él empezó por tomarle una mano y estrecharla entre las suyas con cálida efusión. Acto seguido, hizo un rápido movimiento y la ciñó por el talle. Vernona se preguntaba si sería ésta su manera de hacerle el amor.

—Realmente, Vernona, no hay sino una sola cosa que decir —dijo luego, en voz baja—; pero antes, necesito explicarle lo que ocurrió esta mañana. Jamás mujer

alguna me ha hecho sentir lo que usted. Su porte de esta mañana, su hermosa cabellera, todo, en fin, me anunció al instante que debía hacerla mía. Tuve la sensación de que era usted la mujer a quien había estado esperando toda mi vida. Hay algo en usted que hace a los hombres desearla, y desearla «por entero». No hay otro modo. Es fatal que así sea. Apenas la vi, sentí el impulso de tomarla en mis brazos y besarla en presencia de toda esa gente. La razón de semejante impulso no fue otro que el temor a que usted se alejara de nuevo y nunca más volviese a verla. He ahí por qué retuve tan largo rato su mano. Tenía miedo a perderla.

—¿Eso era lo que usted tenía que decirme... la única y sola cosa que tenía que decirme...?

—A ella conduce, por lo menos.

—¿Qué quiere decir?

—Que te adoro. Y te deseo...

Vernona experimentó un ligero temblor. Milledge la ciñó ahora con ambos brazos y la estrechó fuertemente. Ella tenía conciencia de haber esperado esto y de que anhelaba que sucediese, pero al oírle que la amaba no pudo menos que experimentar sorpresa al comprobar que todo estaba, en verdad, realizándose en este momento. Hizo una profunda inspiración antes de decir:

—Milledge, ¿se refiere usted a... que nos comprometamos?...

Por toda respuesta, se hizo más intensa la presión de sus brazos.

—Milledge... ¿eso es lo que quiere decir?

—Creí que ya habrías averiguado algo... acerca de mí...

—¿Qué quiere significar con eso? —dijo ella, conteniendo el aliento.

—Creí que te lo habrían dicho. El hecho es que soy casado, Vernona. Tengo esposa. Hace ya mucho tiempo.

—Entonces... ¿cómo podríamos nosotros?... ¿por qué dijo que...?

Se interrumpió bruscamente. Le hubiera llevado largo tiempo pensar en lo que tenía que decir.

—Pero no te dejes impresionar por eso, Vernona. Me haré cargo de todo lo tuyo. Te daré cuanto necesitas. Si me dejas hacerme mía, te aseguro que no lo lamentarás. Me preocuparé que así sea. Viajo continuamente, y podrás venir conmigo a todas partes. Tengo grandes planes para el futuro. La gente dice de mí que soy un político «deslumbrante», y es posible que tengan razón. He ahí por qué no puedo divorciarme de mi esposa por ahora. Pero más adelante podré, y nos casaremos. ¿No ves lo fácil que se nos presenta todo? No puedo abandonar el camino que he venido abriéndome. En política, cosas tales como el divorcio se esgrimen en contra de uno y perjudican. Un divorcio en las actuales circunstancias no sólo sería arriesgado, sino que equivaldría a un suicidio político. El momento es decisivo. Puedo llegar a ser gobernador en unos pocos años más. Me lo han prometido. Y no puedo renunciar a eso. Pero en cuanto me elijan, obtendré el divorcio y nos casaremos. Te lo prometo, Vernona. Y, entretanto, quiero tenerte. No puedo dejarte ir.

—Nunca hubiera imaginado nada semejante, Milledge —dijo, recurriendo a toda su calma—. No sabía que era usted casado, y pensé que todo sería distinto.

»Es justo lo que he estado tratando de evitar. Por eso, precisamente, decidí dedicarme a la enseñanza, en lugar de...

Comprendió que iba a perder todo dominio y que nada podría hacer por evitarlo. En efecto, no tardó en soltar el llanto. Sus ojos se anegaron en lágrimas y su cuerpo se agitó a impulsos de los sollozos. Todo la impresionaba ahora como un gran desengaño. No era que se hubiese atrevido a pensar en que se casaría con ella, pero sí estaba segura de haber deseado que lo hiciera. Llegó incluso a preguntarse si querría él esperar hasta la primavera, a fin de tener toda la vida la satisfacción de haber desempeñado con éxito su primer año de docencia.

—Creo que usted me gusta mucho, Milledge; más que todos los hombres que he conocido hasta hoy. En cuanto lo vi esta mañana algo me anunció que podríamos llegar a ser muy íntimos. Deseé que así fuera. Y esta noche, al verlo aparecer, volví a experimentar idéntica impresión. Era algo hermoso. Era como esos sueños maravillosos que se repiten una y otra vez haciéndonos felices. ¡Pero esto es diferente... yo no podría... oh... usted lo comprenderá!...

—Como sea... yo te quiero. No puedo dejarte. Bien sabes cuánto te deseo, y cómo tú misma me deseas. No permitiré que te engañes a ti misma...

—No sé cómo decírselo, Milledge. Desde que era muy pequeña quise casarme con uno como usted. Y siempre pensé que lo conseguiría. Quisiera un hogar para dedicarle todos mis desvelos. Cuando era niña me pasaba las horas y los días jugando a que era ama de casa. No he cambiado nada. Todavía deseo lo mismo. Es todo mi anhelo, y alguien que me quiera mucho. Pero no podría tener eso a su lado. Podría estar profundamente enamorada de usted, pero no sería en modo alguno un sueño de niña, y me sentiría desdichada en todo momento. No quiero ser maestra de escuela. Si ahora estoy en eso, es por temor a perder lo que tanta falta me haría. Me cuesta poco aficionarme a cualquier hombre, porque es recurso para sustraerme a la soledad y la desdicha. Quiero enamorarme de un solo hombre y casarme con él. Es mi único camino. Si no lo hago, correré la suerte de mi hermana. Cualquiera puede hacerle el amor. ¡Eso es lo que temo!...

—No tienes por qué ser como tu hermana, Vernona. Esto es diferente. No pasará mucho tiempo antes de que podamos casarnos y tendrás tu casa. Tan pronto como yo salga elegido, obtendré el divorcio. Te lo prometo. Y siempre cumplo mi palabra. Cualquiera puede decírtelo. Todo lo que tienes que hacer es creerme y confiar en mí. Si te conviertes en mi amiga, nunca te arrepentirás. Di que serás mi amiga, Vernona. Bien que tú también lo deseas. No hagas la infelicidad de ambos. Por favor, Vernona, dime que sí...

Transcurrió un rato sin que ella respondiese. Había dejado de llorar y estaba tratando de pensar en lo ocurrido. Comprobó que sus esperanzas se habían hecho humo.

—Quizá sea una tonta, Milledge —dijo con una risita ahogada—. Tal vez exijo más de lo que nunca podrá darme la vida. Cuando una se acostumbra a soñar despierta jamás sabe adónde irá a parar. Quizá me haga bien este regreso a la tierra. Estoy siempre en las nubes, ¿no es así? Tengo que despertar y mostrarme realista. Aunque quizá la vida pueda seguir siendo romántica si una muchacha es lo bastante hábil para encontrarle ese aspecto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él.

—Trataré de pensar en el amor de un modo distinto, Milledge. Empezaré tomándolo con criterio realista y quizá termine convirtiéndome en romántica. Como sea, trataré de mantener esa esperanza. —Y se volvió hacia él, mirándolo a lo hondo de los ojos—. Me gustas, Milledge, y creo que podría enamorarme fácilmente de ti.

—Nunca te arrepentirás. Pase lo que pasare, puedes confiar en mí. No debes afligirte...

—Ése es, en verdad, el miedo que tengo, Milledge. Si algo ocurriera no sé lo que haría. Necesito confiar en alguien.

—Podrás confiar siempre en mí...

—Necesito hacerlo, Milledge.

Él la besó largamente. Mientras se abandonaba a sus brazos sólo atinaba a pensar en que, después de esa noche, tendría que hacerse el propósito de creer y confiar en él.

—Milledge, nunca, con ningún otro, he sentido lo que ahora siento. No quiero ser sino tuya mientras viva. ¡Quiero ser tuya! Pero tengo que reflexionarlo antes. Por favor, no dejes de amarme mientras decido lo que debo hacer. Si, en tanto, me dejases, en la vida volvería a creer en nadie. ¡Por favor, no te canses, ni ahora, ni mañana, ni nunca!...

—Ahora... tomaremos algo —dijo él—. Es lo más indicado.

Alargó la mano como buscando algo detrás del asiento, y al instante lo vio destapar una botella de *whisky* y llenar un vaso de papel.

—Esto hay que celebrarlo, Vernona —declaró pasándole el vaso—. ¡Tú harás el primer brindis! ¡Y que sea por que tengamos suerte... muy buena suerte!

—No me hagas beber demasiado, Milledge. Además, no puedo olvidar que sigo siendo maestra...

—Estás fuera de horario, de modo que eso no cuenta. De todos modos, ya me las entenderé con los del Consejo. Saben muy bien de dónde proceden las órdenes. —Y, acercándole el vaso a los labios, exclamó—: ¡A la una, a las dos, y... a las tres!...

Bebió hasta la mitad del vaso y se apresuró a devolverlo. Milledge bebió de un trago el resto y volvió a llenarlo.

Vernona se reclinó contra el respaldo y apoyó la cabeza en el hombro de Milledge.

—¡Es tan maravilloso estar así contigo, Milledge! ¿No es que yo sea mala, verdad? Dos enamorados bien pueden estar de este modo, ¿no es así? —Y, diciendo

esto, se le arrimó aún más—. No hagas que despierte y descubra que me he estado engañando a mí misma...

CAPÍTULO V

LUNES... por la mañana

1

La escuela reabrió sus puertas el lunes por la mañana, iniciándose así la segunda semana escolar, con la acostumbrada y ruidosa algarabía, y esa resistencia que oponen los muchachos hasta el último minuto cuando tienen que volver a ocupar sus bancos después de dos días de vacaciones. Pero sólo después de la lección de geografía advirtió Vernona que la clase no recobraba aún su calma habitual. No era que los niños se mostrasen revoltosos; pero se veía a las claras que estaban tensos y excitados por algo que había sucedido.

Se instaló en el pupitre y trató de descubrir la causa del desasosiego. Pudo ver que los muchachos miraban a hurtadillas a Floyd Neighbors y a Pearlina Gough, como si fueran los principales protagonistas del suceso. Aunque estaba fastidiada y necesitaba restablecer cuanto antes el orden no se decidía a preguntar nada hasta cerciorarse de que no se trataba de algo impropio de ser ventilado en presencia de todo el cuerpo.

Durante la hora de estudio, Vernona se esforzó por recordar qué había hecho u omitido que pudiera motivar semejante excitación en sus discípulos.

Se le vino a la mente cierta disertación del Instituto sobre problemas de psicología educacional, durante la cual el profeso había aconsejado a los futuros maestros no descaminarse creyendo que los escolares eran siempre los únicos promotores de los desórdenes en clase; y decidió no caer en el error de culparlos hasta asegurarse de que ella misma estaba libre de culpa. Existía —se dijo— un buen margen de posibilidad para que una maestra inexperta pudiera trastornar a un curso sin darse cuenta ella misma de lo que provocaba.

Le habían enseñado, por ejemplo, que uno de los errores más comunes cometidos por los maestros bisoños consistía en no darse cuenta de lo importante que era saludar a los niños amablemente por las mañanas; pero recordaba, con toda certeza, haberles dirigido el saludo con el más amable de los tonos a su llegada. Había agradecido de un modo especial a los dos chicos Sheddwood por la bolsita de confites que le llevaran, y también dió las gracias a Pearlina Gough, una chica de grado nueve, flacucha, nerviosa, de pelo rubio, por su ramo de flores silvestres. Había guardado los confites en el cajón del pupitre y las flores, cuidadosamente dispuestas en un vaso,

lucían ahora sobre el escritorio a la vista de todos. Y estuvo además muy cordial al dirigirse a Floyd Neighbors, estimando que ahora convenía hacerlo sentirse cómodo después de lo ocurrido la tarde del viernes, y él a su vez, pareció muy complacido por aquella atención. No obstante, Floyd estaba ahora encorvado sobre el banco refunfuñando entre dientes y atisbando con ceño duro por sobre las tapas del texto de historia.

Muy distinta era ahora la conducta de Pearlline Gough, acodada en su banco con la barbilla entre las manos, y contemplando a Vernona en un verdadero éxtasis. Durante los pocos días que llevaba con el curso, Vernona se había acostumbrado ya a que esta expresión de éxtasis fuera habitual en ella, y hasta llegó a preocuparla en varias oportunidades; pero ahora la expresión de la niña, angelical e intensa, la intrigaba más que nunca.

Al apartar la mirada de Pearlline para volver a fijarla en Floyd no tuvo ya dudas de que algo anormal había ocurrido y comprendió que su deber de maestra era averiguarlo con la máxima celeridad posible.

Transcurrió un nuevo cuarto de hora y la tensión en la sala no amenguó en lo más mínimo. Hasta entonces lo único que se le ocurriera como posible explicación del hecho, era que Floyd les habría contado que el viernes, después de clases, la había encontrado llorando de codos en el pupitre. No podía explicarse cómo tal cosa pudiera ejercer un efecto semejante sobre sus alumnos, a menos que alguno de los muchachos creyeran en la verdad de sus palabras y otros no, y en tal caso esa mañana, antes de su llegada, los dos bandos habrían recurrido a un frenesí de gritos y empujones a manera de argumentos supremos.

El profesorado tenía la obligación de hallarse en las salas quince minutos antes de abrirse la escuela, más que nada para evitar una acefalía que a veces derivaba en serios daños para los niños y para los bienes del establecimiento; pero ella había llegado con cerca de diez minutos de atraso. Se hizo el firme propósito de ser siempre puntual en adelante.

Fue entonces cuando Pearlline Gough agitó el dedo índice pidiendo permiso para hablarle. Vernona la autorizó con un movimiento de cabeza, y Pearlline, con su descolorido vestidito azul y su tosco y desvencijado *sweater*, se adelantó en puntas de pie por entre los bancos, dejando tras de sí una estela de cuchicheos y murmullos.

Pearline, pese a sus quince años, era una chica de frágil apariencia, seria y estudiosa, que rara vez tenía algo que decir a menos que la llamasen a recitar o a dar la lección. No tomaba parte en los juegos a causa de su salud delicada, y durante los recreos permanecía cerca de la maestra mientras ésta vigilaba el juego de los demás niños. Hija única, su padre, Bill Gough, era un almacenero de Palmetto, y su madre estaba inválida desde hacía largos años.

No había cubierto Pearlline ni la mitad de la distancia que la separaba del pupitre cuando era tal el grado de excitación general, que Vernona golpeó el escritorio con la regla para llamar al orden. Estaba segura de que sabría ahora por Pearlline la causa de

tanta perturbación. Dirigió una mirada a la primera fila, y vió que Floyd fruncía más aún el ceño y seguía mascullando entre dientes su mal humor.

Las primeras palabras de la niña fueron pronunciadas en un cuchicheo tan bajo que Vernona no logró entender nada de lo que decía, y le ordenó que hablase más alto.

—*Miss Stevens* —murmuró en un tono urgente, mientras se tironeaba el *sweater*—. Necesito hablar con usted durante el recreo... ¿Puedo, *Miss Stevens*?

Vernona se fastidió:

—Pearline, si algo quieres decirme —o debes decirme— puedes hacerlo aquí mismo... Y bien, Pearline, ¿de qué se trata?...

Pearline dirigió una rápida mirada de recelo a sus compañeros, que, todos a una, esperaban impacientes oír lo que diría a la maestra, y luego se inclinó hacia ella y volvió a cuchichearle al oído:

—Pero yo quiero verla en el recreo, *Miss Stevens* —díjole, en un desesperado ruego—. Va a dejar que le hable durante el recreo, ¿no *Miss Stevens*?

Los niños, que oían solamente lo que decía Vernona, pero ni una sola de las palabras de Pearline, abrigaban la esperanza de que la obligaría a hablar en voz alta.

—No te estás portando muy razonablemente, Pearline —le dijo Vernona, irritada por las evasivas de la chica—. Quiero vayas al grano y me digas lo que tienes que decirme...

Pearline apretó los labios con repentino retraimiento, y pareció lastimada.

—Yo misma recogí esas flores para usted, *Miss Stevens* —murmuró—. Me levanté bien temprano esta mañana, antes del desayuno, para asegurarme de que tendría tiempo de juntarle una buena brazada. ¿No le gustan las flores que le traje, *Miss Stevens*? —Parecía a punto de soltar el llanto—: ¡Yo quería que le gustasen!

—Las flores son preciosas, Pearline, y estoy enormemente contenta de que me las trajeras. —Sentía crecer su impaciencia hacia la chica; pero trató de no demostrarlo. Sonrió para animarla, y le dijo—: Ahora... ¿por qué no prosigues y me cuentas lo que tienes que decirme, Pearline?

—Quiero decírselo en el recreo, *Miss Stevens* —insistió, mientras las lágrimas acudían a sus ojos.

Vernona se echó hacia atrás en la silla con un resoplido de impaciencia y ordenó a la niña que volviese a su asiento.

—Está bien, Pearline. Ahora... ve a sentarte, por favor. Ya has perturbado bastante la hora de estudios...

—¿Va a dejarme que la vea en el recreo, *Miss Stevens*? —preguntó.

—¡Sí! —replicó ella, crispada.

Pearline volvió a su asiento con aire obediente, y allí quedó, con su barbilla apoyada en las manos entrecruzadas, y una vez más la expresión de éxtasis nimbó su pálido rostro.

Vernona volvió a sorprender a Floyd Neighbors mirándola con gesto hosco por

entre las tapas del libro, demostrando claramente con su mal humor cuán disgustado estaba con ella por esos cuchicheos con Pearline. Sólo unos pocos alumnos trataban de concentrarse en el estudio mientras el resto de la clase se dedicaba a observar a Floyd y Pearline como en espera de que ocurriese algo en cualquier momento.

—¡Niños! —dijo, con voz chillona—. No sigan, por favor, con ese barullo innecesario mientras dure la hora de estudio. Ha habido ya demasiado desorden esta mañana. Insisto en que cada cual debe guardar silencio. Bueno... no me obliguen a repetirlo...

La clase se hallaba tensa, pero en silencio, cuando, minutos más tarde, Milo Clawson, el director, abrió inesperadamente la puerta y entraba en la sala.

Milo era un hombre de unos treinta años, estatura mediana y pelo color de arena, dedicado a la enseñanza desde hacía diez años. Había sido atleta en el instituto, lo que explicaba su aspecto juvenil y su contextura muscular. En enero del año anterior se había casado con una de las maestras —Winnie Mae Duffet— que renunció a su cargo al poco tiempo para cuidarse en casa de su gravidez. Desde su matrimonio con Winnie Mae, Milo se había ido poniendo cada vez más estricto y arbitrario, y a veces intimidaba a las maestras advirtiéndoles que vistiesen con más recato si no querían perder el puesto.

Antes, sin embargo, en sus días de soltero, había sido desaprensivo y simpático, permitiendo a las maestras su propio criterio en materia de vestidos. Ahora, en cambio, ya no les permitía usar calcetines y presentarse en clase con las piernas desnudas sino que exigía el uso de medias a toda hora durante los actos escolares. Cada año, al iniciarse el nuevo período, las maestras más jóvenes se quejaban de estas reglas de Milo, tratando de explicarle seriamente que las medias terminaban siempre por deteriorarse en funciones tales como —por ejemplo— la vigilancia de los juegos durante el recreo. Pero Milo permanecía firme, indoblegable.

La única maestra que jamás objetaba el reglamento era *Mrs.* Beatenbaugh, una matrona corpulenta, jovial y canosa, de cincuenta y dos años, que tenía a su cargo los primeros grados. *Mrs.* Beatenbaugh se mostraba incluso agradecida a Milo por no haber implantado la norma contraria, o sea, la de obligar a las maestras a presentarse con las piernas peladas en el recreo o en cualquier otra circunstancia, pues ella necesitaba disimular con las medias sus poco admirables piernas.

Luego de observar la conducta aparentemente correcta de los alumnos, Milo, con un ademán de cabeza, dió a entender a Vernona que necesitaba hablar con ella. El primer pensamiento que acudió a su mente fue que todo el mundo en la escuela, incluso el director, sabía que algo fuera de lugar había ocurrido en su clase. Un poco amedrentada por la perspectiva de enfrentarse con Milo Clawson, se puso de pie al instante y lo siguió hacia afuera.

Milo estaba ya midiendo el piso a grandes trancos cuando Vernona abandonó la clase y cerró la puerta tras de sí. Se dió cuenta en el acto de que estaba disgustado con ella por algo. Como si se propusiera castigarla, Milo se hizo esperar un rato, que ella estimó excesivamente largo, antes de dirigirle la palabra.

Vernona permaneció inmóvil frente a la puerta, mientras él se decidía a hablar.

—Buenos días, *Miss Stevens* —dijo bruscamente, como si se tratase de un desagradable formulismo con el que deseara cumplir lo más pronto posible.

—Buenos días, *Mr. Clawson* —repuso ella, cautelosa.

Vió que sus pálidos ojos azules le dirigían una mirada apreciativa. De pronto, él interrumpió sus paseos y se le plantó delante. Pudo ver cómo se le hinchaba el pecho en una honda inspiración.

—Temo que haya llegado tarde hoy, *Miss Stevens*. Lamento que empiece usted su segunda semana de ese modo.

Vernona hizo una lenta venia de asentimiento, mientras la sorprendía una nueva mirada.

—No es, por cierto, un buen ejemplo para los alumnos, *Miss Stevens*. Me gustaría que estuviese aquí todas las mañanas a las ocho quince, a más tardar. Es una orden estricta para todos los profesores, sin excepción. Por mi parte, siempre me hice un deber en estar aquí a las ocho. Creo que ya le expliqué todo eso hace una semana. No quisiera volver a repetírselo.

—Lo lamento, *Mr. Clawson* —dijo, precipitadamente—. Trataré de que no vuelva a suceder.

Se preguntaba si estaría bien explicar que *Mrs. Neff* no había servido el desayuno a tiempo esa mañana porque *Martha Belle* fue tarde a trabajar; pero Milo, con un leve movimiento de cabeza, le indicaba ya que estaba satisfecho con la excusa.

Dicho esto lo vió alzar la vista del piso y clavarla en ella con mirada crítica, como si su sola presencia incitara al reproche. Aparte de eso, advirtió que empezaba a examinarla de pies a cabeza en una deliberada actitud de fiscal, y se preguntó si habría algo en ella que mereciera su desaprobación. Llevaba medias, una falda de lana oscura y un *sweater* amarillo brillante. A medida que pasaban los minutos tuvo, en efecto, la sensación de que iba a formular algún reparo a su modo de vestir. De pronto, él frunció el ceño y carraspeó.

—*Miss Stevens* —empezó a decir con aire adusto—. Siempre he sostenido la teoría de que una maestra no debiera vestir en forma tal que distraiga del estudio la atención de sus alumnos. Creo que es una sólida teoría y pienso que cualquier persona responsable, con un sentido serio de la educación, convendrá en que los vestidos de una maestra deben ser siempre apropiados para la clase.

La miró un instante con fijeza, recogiendo levemente los labios.

—Me disgusta tener que hacerlo personalmente; pero considero un deber llamarle

la atención sobre esto. He sido puesto en el cargo por el Consejo Escolar y nunca me abandona el pensamiento de lo que eso representa. Es un poco desagradable para mí discutir una materia tan delicada; pero —y usted entenderá perfectamente—... se trata de la mentalidad impresionable de los niños. Es muy importante en la educación actual. —Volvió a dirigirle una rápida mirada, meneando la cabeza con un movimiento seco y nervioso—. ¡Ah!... ¿le parece que una escuela pública es el mejor lugar para llevar un *sweater* como ése?...

Vernona se miró atolondradamente el busto y trató de ajustarse el *sweater* como si quisiera alisar las prominencias; pero fue muy poco lo que obtuvo, porque el *sweater* estaba hecho a medida y era ceñido, de modo que no tardó en reasumir su forma acostumbrada. Le gustaban los *sweater* porque los hallaba cómodos y femeninos. Además, sabía que le sentaban bien.

Experimentó de pronto un gran enojo y su primer impulso fue preguntarle a Milo por qué —en lugar de ella— el Consejo no había contratado a una maestra de pecho liso, si tal era el aspecto que Palmetto exigía a sus maestras; pero se contuvo y no dijo palabra. No obstante, estaba a punto de llorar y, pese a todos sus esfuerzos, no pudo evitar el temblor de sus labios.

Milo la estaba observando con un sonrojo de perplejidad y parecía como arrepentido de lo dicho. Vernona se hizo entonces una maliciosa conjetura, preguntándose si sería él capaz de tomarla en sus brazos y consolarla en caso de que diera libre curso a sus lágrimas. No deseaba que esos brazos rodearan su talle; pero —se confesaba a sí misma— sería una excelente manera de tomar venganza. No obstante, en lugar de hacer eso, irguió de tal modo el busto que él no pudo ya ignorar aquellas desafiantes prominencias, y se quedó mirándolo sin el menor parpadeo.

—Lamento que no le guste mi aspecto, *Mr. Clawson* —le dijo, con una sonrisa levemente provocativa.

Milo tragó saliva, y hundió las manos en sus bolsillos.

—No es exactamente que no me guste... —Se interrumpió, y una sonrisa vacilante se extendió por su rostro—. En verdad, en realidad... —Y paseó por el vestíbulo una mirada errabunda—: No quiero que usted crea...

—Gracias entonces por su amabilidad, *Mr. Clawson* —lo interrumpió ella, haciendo ademán de retirarse.

—Un momento, *Miss Stevens* —dijo en tono rápido, haciéndole señas para que se apartase de la puerta.

Ella accedió y se detuvo junto a él, y esta vez fue Milo quien dió un paso atrás.

—Le diré, *Miss Stevens*... quizá lo que debiera es usar algo que no sea de un color tan brillante. —Y, al decir esto, la miró sonriente—: Eso es lo que quise significar. Creo que, en su caso, puede permitirse el uso de lo que más le agrade. Después de todo, se trata solamente del color. Es un amarillo demasiado llamativo. —Sonrió con aire de conecedor, y agregó—: ¿Cómo se llama ese tono de amarillo, *Miss Stevens*? No creo haberlo visto antes...

—Lamento no saber cómo se llama, *Mr. Clawson* —le replicó con una sonrisa—. A pesar de eso, resultó de mi gusto.

Ahora la estaba mirando con mayor detenimiento:

—No se fastidie por lo que dije hace unos minutos, *Miss Stevens*. Reconozco que tal vez estuve algo precipitado. Puede usted vestir a su criterio durante todo el tiempo que permanezca entre nosotros. Mirándolo bien, es lo más adecuado en todo tiempo. En realidad, siento muy bien... ¿Ha hecho usted planes para el próximo año? Vea usted... el Consejo Escolar toma siempre en cuenta mis recomendaciones, y si usted deseara ser reelegida y volver a los cursos el próximo año, estoy seguro de que sería factible. Ya hablaremos de eso. Me gustaría discutirlo con usted. En cuanto me lo haga saber, lo dispondré todo para encontrarnos. Podría ser cualquier tarde después de clases. Decídalo y avíseme...

Ella estaba deseando ya que se fuera para que dejase de mirarla de aquel modo. Se daba cuenta cabal de que procuraba persuadirla para encontrarse con ella cuando todos abandonaban el establecimiento. Su enojo subió de punto; pero, dadas las circunstancias, debía ocultar sus sentimientos. Si manifestara que no estaba dispuesta a encontrarse con él y si —de resultas— él se enfadaba, podría provocar cualquier incidente para hacerla renunciar al cargo.

—¿Tiene algo más que decirme, *Mr. Clawson*? —le preguntó, esforzándose por conservar la calma.

—Bueno... sí; habría algo más —repuso con aire vago, como si al oír su voz se hubiera sobresaltado. Por unos instantes, la estuvo mirando de hito en hito, extrañado, al parecer, de aquel brusco cambio de tema—: ¡Oh... sí! Oí decir que uno de los muchachos de grado diez que están a su cuidado, ha abandonado el fútbol. ¡Floyd Neighbors! Me preguntaba si sabría usted algo al respecto.

Todo desfiló por su mente con la instantaneidad del relámpago, como si fuera un mismo y confuso pensamiento; la agitación todavía inexplicable de la clase, su llanto del viernes en aquel pupitre, las críticas a causa de las turgencias de un *sweater* amarillo, el beso a Floyd luego de haberla acompañado hasta casa. Y ahora esas preguntas respecto al abandono del fútbol por el muchacho. Cerrando un instante los ojos, volvió a preguntarse —como tantas otras veces durante su primera semana escolar— en qué mal momento estaba cuando decidió ser maestra.

—*Miss Stevens*. —Oyó que Milo le recordaba—: Me gustaría saber si usted está enterada de eso.

—Algo oí al respecto, *Mr. Clawson*; pero supuse que usted le habría dado permiso.

—Lo decidió por su cuenta, y algún motivo tendría. Supuse que sabría usted algo de su actitud, puesto que lo tiene a su cargo. Precisamente quería asegurarme de si usted no habría influido sobre él en cierta manera...

—En ningún caso podría yo influir para que abandone el fútbol, *Mr. Clawson*. Por el contrario, pienso que debiera jugarlo. Espero que se dejará convencer y

rectificará su actitud...

—Bueno... Me alegro que sea de esa opinión —dijo, mirándola todavía con la misma insistencia. Ella se apresuró a ajustarse de nuevo el *sweater*; pero le resultó ahora una actitud tan superflua, que dejó caer las manos. Luego Milo siguió hablándole—: Pero detrás de eso debe existir alguna razón. A su edad, ningún muchacho abandona el atletismo sin un poderoso motivo. Si Floyd no quiere explicarlo él mismo, tendré que ver a su padre.

Vernona, impaciente por volver a la sala cuanto antes, se volvió y puso la mano en la manija del picaporte. Milo dió unos pasos como para retirarse; pero, en vez de alejarse inmediatamente, esperó hasta que ella le dió la espalda y entró a clase. Al cerrar la puerta, Vernona alcanzó a ver, fijos en ella, sus parpadeantes ojos azules.

Cuando volvió al pupitre, faltaban pocos minutos para el recreo, y esperó con impaciencia a que sonara la campana. Mientras más pensaba en ello se afirmaba en la certeza de que Milo no ignoraba que se dejó acompañar por Floyd hasta casa, y que lo había besado en la verja. Después de todo, Floyd le dijo a ella misma que iba a dejar el fútbol por ella, y, del mismo modo, pudo decírselo a otros hasta llegar a oídos de Milo en aquel fin de semana. Estaba muy disgustada consigo misma por haber cometido algo tan necio e impulsivo como era besar a un muchacho del grado diez, por grande que fuera el motivo que tuviese, y se prometió no hacer nunca más semejante cosa.

Al toque de campana, los niños abandonaron la sala ruidosamente, aunque manteniendo cierto orden, y, en su mayoría, se fueron derecho al patio. Había supuesto que tal vez Floyd permanecería en su banco; pero abandonó la sala sin dirigirle ni una sola mirada. Aunque hubiese querido hacerle algunas preguntas, no se atrevió a enfrentarlo, tan reciente aún su conversación con Milo.

Luego de esperar unos minutos se dirigió al vestíbulo. Transponía el umbral cuando Pearlina Gough, que había estado esperándola, se precipitó corriendo hacia ella. La abrazó con sus delgados brazos y comenzó a revolverse en medio de una infantil excitación.

La joven se inclinó y le tironeó suavemente los cabellos:

—Ahora... dime lo que tienes que contarme, Pearlina...

El rostro paliducho de la niña se iluminó:

—Quiero vivir con usted, *Miss Stevens*...

—¿De qué estás hablando, Pearlina? —dijo, sorprendida, sacudiéndola suavemente por los hombros—: Sabes que debes irte derecho a casa después de clases. ¿No ves que tus padres estarán esperándote?...

—Les diré que voy a vivir con usted, *Miss Stevens*.

—¿Por qué quieres hacer eso?...

—¡Porque es usted tan maravillosa, *Miss Stevens*! Además, es linda y simpática. ¡Todo cuanto usted hace es tan maravilloso! No hay en el mundo entero ninguna como usted. Estoy loca por usted. Si me deja vivir a su lado haré todo lo que me

mande. ¡Por favor, *Miss Stevens!*...

—Me complace que me quieras de ese modo, Pearlline —dijo sintiéndose incómoda.

Tomó entre ambas manos la cara paliducha de la niña. Pearlline se estrechó contra su pecho.

—Ahora... debes decirme por qué quieres vivir conmigo, Pearlline.

—Porque no quiero que nadie viva con usted. ¡No podría soportarlo! ¡Por favor... no se lo permita a nadie, sino a mí sola!...

—No te inquietes por eso, Pearlline. No habrá nadie...

—Sí; habrá alguien... si usted se casa.

De sus ojos manaban lágrimas.

—¿Qué te hace pensar en que puedo casarme, Pearlline?...

Apegó el rostro al hombro de Vernona, manteniendo sus bracitos tensos y apretados.

—Porque Floyd Neighbors dijo que iba a casarse con usted y vivir a su lado todo el tiempo, día y noche, mientras que yo tendré que estar lejos de usted...

—¿Quéee? ¿Eso dijo? —exclamó, desprendiéndose de los brazos de la niña—. ¿De qué demonios estás hablando, Pearlline?...

—¡Él lo dijo! Eso fue lo que dijo esta mañana cuando traje las flores para usted. Quiso quitármelas y arrojarlas por la ventana. Fue malo de veras conmigo. Decía que era el único que podía traerle a usted flores y regalos. Pero eso no es cierto, ¿verdad *Miss Stevens*? Me empujó contra un banco como un bruto; pero los otros chicos no lo dejaron que siguiera maltratándome... de modo que pude poner las flores en su escritorio. Usted quería que le trajera flores, ¿no es así, *Miss Stevens*? ¡Por favor, dígame que sí!

Vernona no hubiera creído nunca que pudiese ocurrir algo semejante. Era mucho más grave que todo cuanto había imaginado. Si se tratara de otro y no de Floyd Neighbors, creería que Pearlline estaba mintiendo; pero, tratándose de Floyd, tenía buenos motivos para creerla.

—¿Usted quiere que yo le traiga flores, no es así? —repetía Pearlline mientras las lágrimas corrían por sus pálidas mejillas.

—Por supuesto, Pearlline —le aseguró—. Te quiero por tu buena voluntad para traerme flores. Y no prestes oídos a lo que digan los demás. Floyd ha estado bromeando contigo, nada más. Tuvo que bromear, puesto que lo que dice no es cierto. En realidad, no quiso significar eso...

—Sí quiso, *Miss Stevens* —insistió Pearlline—. Estaba como loco con eso...

—No te preocupes ya más, Pearlline. De cualquier modo, todo ha pasado. Vete ahora un rato al patio. Todavía falta para que termine el recreo.

—¿Me prometes que no se casará con Floyd Neighbors, y que me dejará estar con usted, *Miss Stevens*?

—Te lo prometo, Pearlline. Ahora... por favor, vete corriendo al patio.

Pearline echó a andar por el vestíbulo, dirigiendo una última mirada a Vernona por encima del hombro. Cuando la niña desapareció de su vista, fuese en derechura a la sala de Ruth Hollingsworth.

Ruth se hallaba atareada en su escritorio, corrigiendo las pruebas escritas. Era una joven atrayente, alta, vivaz, de cabellos negros, encargada de los grados intermedios. Un año mayor que Vernona, iniciaba ya su segunda temporada de enseñanza.

—¿Qué ocurre, Vernona? —dijo, en cuanto advirtió su expresión de aturdimiento. Vernona se sentó a su lado.

—Algo terrible ha ocurrido, Ruth —dijo, respirando hondo—. No sé qué hacer. Recién me entero hace unos minutos; pero mis alumnos lo sabían todo desde temprano.

—¿Qué ha sucedido?...

—Pearline Gough, una niña de grado nueve, me trajo flores esta mañana, y uno de los muchachos de grado diez trató de impedirle que las pusiera sobre mi escritorio. Evidentemente, eso dió lugar a un forcejeo y supongo que todos los niños se vieron envueltos en él. Pero lo peor fue que Pearline se afectó muchísimo porque Floyd Neighbors le dijo que... bueno... creo que le dijo que se iba a casar conmigo. Algo muy absurdo, por supuesto. ¿Cómo pudo suceder tal cosa, Ruth?

Ruth tardó un rato en contestar:

—Por cierto que huele a celos. Eso ocurre, a veces...

—Pero... ¿qué puedo hacer?

—Se trata probablemente de uno de esos deberes de las maestras no estipulados ni pagados, por supuesto —de que tanto nos hablaban en el Instituto. Puede que enseñar sea el más noble de los oficios; pero por cierto que da dolores de cabeza la mayor parte del tiempo. Haría falta la protección de algún caballero rico y viejo para olvidarse de todo siquiera una vez por semana. El año pasado una de las chicas de mi clase cobró por mí un afecto harto fastidioso. Lo que en realidad tenía era un embobamiento de colegiala. Hubiera permanecido sentada todo el santo día contemplándome como si estuviera en trance, y luego —terminadas las clases— se obstinaba en acompañarme a casa. Continuamente me estaba trayendo cintas, flores y dulces caseros. Lo soporté mientras pude y luego tuve que pedir a *Mr. Clawson* su traslado a otro curso. Era lo único capaz de poner punto final a eso. Quedó tan resentida, que no me dirigió la palabra en todo el resto del año.

—Aborrecería tener que hacer algo semejante —dijo Vernona—. Pearline es una chica adorable.

—No veo qué otra cosa puedes hacer —le replicó Ruth—. Esta laya de embobamientos suelen ser muy comprometedores. En el Instituto les daban un nombre más científico; pero viene a ser lo mismo. Nos aseguraban que, en algunos casos, la psicología no siempre es capaz de controlarlos con la debida prontitud, y ahí es donde empieza el conflicto. Entonces las cosas pueden volverse terriblemente peligrosas. Si llego a tener hijos, voy a estimularlos para que depositen sus

embobamientos en los actores y actrices de cine, en lugar de fastidiar a sus maestros. No es científico, por cierto; pero es inofensivo.

—No veo cómo eso podría ponerse peor de lo que está...

—Podría, sin embargo —observó Ruth, convencida—. Pasan muchas cosas raras en las escuelas primarias, y también en las superiores —cosa esta última que comprobaré algún día si duro lo bastante en estas nobles tareas como para desempeñarme en lo alto del escalafón. De todos modos, harías mejor aconsejándote con *Mr. Clawson*. Por supuesto que, si las cosas mejoran mañana, ya no será necesario. —Le sonrió dándole ánimos y agregó—: Pero... sigue mi consejo, Vernona. Sé prudente y no dejes nada al azar. Cuando estas cosas ocurren, los padres nunca culpan a sus hijos, sino a las maestras.

Sonó la campana anunciando el término del recreo. Vernona abandonó el asiento para volver a su propia sala.

—Recuerda que siempre hay un modo de manejar a los niños, Vernona —dijo Ruth, en tono de chanza—. Pero no siempre a las niñas.

—Así lo sospecho —asintió Vernona, con leve sonrisa—... si es que te casas con todos los niños, y también con los hombres, que te causan dificultades.

Volvió a su clase, y vigiló la entrada de los chicos que, uno por uno, fueron ocupando sus asientos. Luego de pasar el recreo en el patio de juego, los muchachos no se mostraron ya tan inquietos, y pudo llevar adelante sus clases por el resto del día como si nada hubiese sucedido. No dejó, eso sí, de asignar a cada cual su tarea para mantenerlos ocupados. Se cuidó mucho de tomar la lección a Floyd ni a Pearlina; pero, faltando muy poco para el toque de salida, participó a Floyd que necesitaba hablar unos minutos con él después de hora.

No contaba con el coro de risitas bellacas que cundieron al instante por la sala. Pearlina se cubrió el rostro con ambas manos y rompió a llorar. Vernona, severa, impuso silencio con voz airada y no volvió a repetirse el desorden hasta que sonó la campana y el curso salió formando fila. Pearlina fue la última en salir, con excepción de Floyd, y lo hizo llorando a lágrima viva.

Floyd permaneció en el banco, con gesto huraño, evitando las miradas de Vernona. Cuando ésta estuvo segura de que ninguno de los chicos volvía —fuese adrede o casualmente pretextando algún olvido—, abandonó el pupitre y se dirigió hacia el banco de Floyd, quien se puso de pie a regañadientes.

—¿Por qué me deja castigado? —inquirió, acusador.

—Nadie te ha castigado, Floyd. Puedes irte si lo deseas.

—¿Qué quiere de mí?

—Floyd... quiero saber por qué dijiste semejante cosa esta mañana. ¿No te das cuenta de lo comprometedor que resulta para mí?... ¿Por qué lo dijiste?

—Y... bueno... ¿Tampoco Pearlina Gough tiene por qué ocuparse de andar hablando! ¿Por qué no la culpa a ella? ¿Por qué carga solo conmigo?

—¿Qué dijo Pearlina?

—Que se iría a vivir con usted para que nadie pudiera hacerlo... ¡Eso dijo!

—Pearline no quiso significar eso, Floyd. No supo lo que decía. Quería traerme flores, y eso es todo. ¿No te das cuenta?...

—Bueno...; de todos modos, lo dijo. Usted está ahora de su parte; pero no voy a permitir que nadie más viva con usted, porque es lo que pienso hacer yo.

—¡Floyd! —lo increpó con enojo—. ¿No se te ocurre nada mejor? ¡No debemos hablar de tales cosas!

—No puede impedirme que lo piense.

—Te mandaré a *Mr. Clawson* y dejaré el asunto en sus manos.

—No me asusta.

La miraba desafiante. Vernona se instaló en uno de los bancos y trató de poner orden en sus pensamientos. Se sentía demasiado débil y desamparada para soportar eso por más tiempo.

—Floyd —dijo, angustiada—. No te estés imaginando que... porque el otro día cometí la estupidez de besarte, eso significa algo. No significa nada, absolutamente nada, Floyd. Y si llego a interesarme por alguien, será por uno mayor que tú. El viernes pasado estaba yo enormemente desesperada, echando de menos a los míos... y no supe lo que hacía. Por favor, es hora que comprendas. Te equivocas si crees que por ese motivo, o por cualquier otro, tienes alguna ventaja sobre mí. No quiero nada contigo en ese sentido. Lamento por ti haberte besado como lo hice; pero fue nada más que eso. Cualquier otra cosa que pienses, será sólo producto de tu imaginación. ¿Está claro ahora?...

—Permite que ella le traiga flores, y que diga a todo el mundo que va a vivir con usted.

—¿Me dirás exactamente... qué es lo que quieres?

—¡Usted sabe lo que quiero!

—No pienso besarte otra vez, Floyd; si es eso lo que pretendes...

—Quiero estar siempre muy cerca de usted, Vernona. Quiero tocarla y... todo lo demás...

—Eso es imposible, Floyd.

—No me importa su opinión. Eso no me impide quererlo. Yo buscaré la manera. No puede permitirle a Pearlline Gough que la quiera, y prohibírmelo a mí...

—Mira, Floyd —replicóle severa—, Pearlline sólo desea traerme flores. Es únicamente el afecto de una discípula por su maestra. Pero tú te refieres a algo del todo diferente, y eres muy joven para darte cuenta de lo que dices. ¿Comprendes la diferencia, Floyd?

—Soy bastante mayor para saber lo que quiero. Se lo demostraré. Soy más fuerte que usted.

—No te parece que eres muy poco razonable, Floyd, y demasiado... personalista, ¿además?

—Usted permite que Jack Cash vaya a verla, y ha ido a las afueras en coche con

Mr. Sheddwood. Anoche anduvo por ahí con *Mr. Mangrum* y no volvió hasta muy pasada la medianoche. Bien sé yo para qué se ven ellos con usted. No irían a verla si no les dejara hacer lo que quieren. Lo sé todo, porque he estado espiándola noche a noche. Estaba afuera, en ese patio de allá, detrás de un árbol, cuando la vi salir con *Mr. Mangrum*. No quiero que nadie más la visite. Debe terminar con todos ellos.

—No tienes ningún derecho a decirme lo que puedo o no puedo hacer, Floyd. Ni tampoco lo tienes para imponerme lo que debo hacer contigo.

—No interesa lo que usted opine ahora, porque no podrá convencerme. Nunca me ha gustado nadie del modo como usted me gusta, y me mantendré en eso...

—No harás nada que yo te impida hacer, Floyd.

Movió ella lentamente la cabeza, mirándolo a los ojos.

—Lo haré aunque no me deje —repuso él—, usted sabe de lo que soy capaz...

Vernona abandonó el banco. Se preguntaba qué estaría tratando de hacer y sintió miedo. Comprendió que debía alejarse de él antes que nada aconteciera, pues le sería demasiado fácil permitir que se adueñase de ella por completo. La puerta estaba abierta; pero no se percibía presencia alguna en el vestíbulo. Debió hacerse tarde al portero para emprender el aseo de las salas y probablemente no había nadie más en el edificio.

Empezó a separarse de Floyd retrocediendo con cautela, y se escabulló luego hacia la puerta. En vez de atajarla, lo que —y ella bien lo sabía— pudo hacer fácilmente, se quedó observándola con cierta indecisión.

—Tengo que gustar de usted, Vernona —dijo. Sus modales eran otros. No había ya en ellos desafío ni amenaza. Eran más bien de súplica—. No puedo evitarlo. Tengo que hacerlo. Consiéntamelo, por favor, Vernona... Usted también quiere gustarme. Estoy seguro. No puede ocultarlo por más tiempo.

Había pensado llevarse algunos libros a casa; pero comprendió que no era el momento más indicado para volver por ellos a su escritorio. Alcanzaba ya la puerta y él seguía allí, sin dar un solo paso. De pronto sintió compasión al ver que se quedaba tan abatido. Por un instante, se preguntó qué pensaría si ella —dejándose llevar por sus impulsos— corría hacia él, lo estrechaba entre sus brazos, y volvía a besarlo. En vez de eso, hizo un esfuerzo y ganó el umbral.

—No me cree, ¿eh Vernona? —dijo él—. No cree que yo tengo que gustar de usted, ni que usted quiere lo mismo conmigo. Voy a demostrárselo, Vernona.

Vernona no esperó más. Se volvió y echó a correr por el vestíbulo a todo lo que daban sus piernas. Después de trasponer el portón de entrada, atravesó el patio desierto de la escuela, y siguió corriendo por la calle rumbo a la casa de *Mr. Neff*.

No volvió la cabeza hasta que hubo traspuesto la verja. Floyd no se veía por ninguna parte. Esperó allí un rato, escudriñando la calle en dirección a la escuela, y aún no aparecía cuando —desistiendo ya de volverlo a ver— se alejó a paso lento por la rojiza vereda de ladrillos, hasta que entró en la casa.

CAPÍTULO VI

LUNES... por la noche

En cuanto terminaron de comer, Vernona subió a su habitación. Desde que regresara, había decidido que esa noche se acostaría temprano y leería en la cama; pero sintió que tras ella subían Thurston y Jenny Mustard, y se dispuso a esperar antes los acontecimientos. Porque, cansada y abatida como estaba a causa de lo ocurrido en la escuela, dejaría al instante su cuarto en caso de que tuviera que soportar otra de las interminables querellas de los Mustard. Estas solían durar una hora, o varias, o bien, cuando Jenny se mostraba especialmente furibunda y rencorosa, hasta después de medianoche.

En lugar de meterse en cama como se había propuesto, se sentó a esperar. Si empezaban con sus recriminaciones, se había hecho el ánimo de bajar a sentarse al porche o a la sala.

En cuanto entraron a su alcoba —vecina a la de Vernona— se oyó un violento portazo, y Jenny empezó:

—Tuve que estar rematadamente loca cuando me casé contigo, Thurston Mustard —le gritó, y su voz chillona se filtró clara y distintamente al través de la endeble pared que separaba las habitaciones.

Jenny parecía más furiosa que nunca, y Vernona, excitada su curiosidad, se quedó para saber a qué se debía esta vez la pelea. Durante la comida resultó evidente que Jenny se hallaba en uno de sus humores más sombríos y combativos. Entró al comedor con una sonrisa tan altanera como afectada, que mantuvo hasta abandonar la mesa. Comió apenas de su plato, y terminó retirándolo con una risita despectiva, provocada —al parecer— por la imposibilidad de pasar esa comida, y no cambió una sola mirada con Thurston mientras permanecieron en el comedor. Blanche aparentó no advertirlo; pero se cuidó mucho de iniciar una conversación directa con Thurston o Jenny. En la última pelea que sostuvieron en su habitación, la violenta furia de Jenny se debió a que Thurston le había dado sólo veinticinco dólares para comprarse un nuevo tapado de otoño, y no paró hasta que —horas más tarde— Thurston le prometió subir la prima a cuarenta dólares.

—Hay que ser cretina y caérsele la baba de tonta para casarse con un hombre como tú, Thurston Mustard. —Y su voz resonaba en toda la planta alta de la casa—. ¡Gracias a Dios que al fin recobro el juicio!...

—¡Schtt! —chistó Thurston, tratando de hacerla callar—. ¡Por favor no hables tan alto, Jenny!

—¡No quiero hablar bajo! —le retrucó, elevando más aun el registro de sus agudos—. ¡Hablaré tan alto como me plazca!

Thurston dijo algo en voz tan queda que Vernona no alcanzó a entenderle.

—Ojalá nunca hubiera sufrido ese colapso del sentido común que me llevó a poner los ojos en ti, Thurston Mustard —le dijo amargamente—. Ni el mismo Dios sabe en qué estaría yo pensando cuando presté oídos a todas las grandes promesas que me hiciste, ni cuando les di crédito. ¡Oh, qué necia fui! Gozaba de una posición respetable y digna en el Estado, que, dentro de pocos años, me habría valido una pensión de retiro, y tuve que caer y casarme como una soberana estúpida creyendo que cumplirías tus mentirosas promesas de hacer esto y lo otro por mí. ¡Y mírame ahora! Viviendo en la asquerosa promiscuidad de una casa de pensión como ésta en lugar de tener un hogar propio. ¡Es tan mortificante que ni siquiera me atrevo a invitar al más roñoso de mis parientes para que venga a visitarme! ¡Un simple felpudo harapiento y cochino en el suelo a manera de alfombra y una escupidera debajo de la cama! Ese desagradable Ash Neff chorreando siempre la mermelada por todo el mantel y por la pechera de su camisa sin prestar más atención a lo que hace que ese canario moquillento de que siempre está hablando. Tal vez a ti te criaron para vivir así; pero debieras saber que a mí no. ¡Soy una dama Thurston Mustard! Tú no eres más que un mercachifle de baratillo que nunca has sido capaz de conseguir —ni conseguirás nunca— un pasar decente en toda tu miserable vida. Y encima de todo eso me tratas como... como... como no sé qué. ¡Como una chanclita vieja que ya no sirve para nada! ¡Debieras saber que en todo el ancho mundo no hay ley que me obligue a aguantarlo!...

Su furia hacía crisis en esos momentos, a juzgar por el tono incisivo de su voz.

—Jenny, ven aquí, acostémonos y tratemos de arreglar las cosas —dijo Thurston, apaciguándola—. Sé que no tengo mucho dinero todavía; pero no está lejano el día en que todo mejore para nosotros. Voy a trabajar duro para darte el dinero a montones, Jenny. Ven... y acostémonos para poder hablar con más calma.

—¡Quita allá esas manos, Thurston Mustard! ¡No te atrevas a tocarme!...

—Jenny... déjame explicarte algo —la rogó, esforzándose por calmarla—. Bien sabes que te gusta que te expliquen las cosas, ¿no es así Jenny?...

—Sé exactamente lo que vas a decirme; pero puedes ahorrarte la molestia, porque no quiero dejarme engañar por eso. Lo haces para quitarme de la cabeza lo que pienso decirte. Sólo en dos ocasiones te da por ablandarte: cuando te entusiasmas por una pícara desvergonzada como ésa o cuando quieres hacerme callar. ¡Vete de aquí y déjame sola, Thurston Mustard!

—Pero bien sabes cuánto me preocupo por ti, Jenny...

—Si te importara una pizca siquiera de mí, tal como lo pregonabas al principio, no me habrías hecho todas esas falsas promesas que no has cumplido ni cumplirás nunca. Ahora te conozco al dedillo. No puedes engañarme.

—He hecho siempre cuanto he podido, y tú lo sabes.

—¡Cuanto has podido para mortificarme! Si tanto me quisieras, no te irías dejándome sola todo el santo día en esta maldita casa de pensión para volver por la

noche y estarte ahí todo el tiempo mirando con ojos de pulga, mientras al otro lado de la mesa esa sinvergüenza llena todo el contorno con sus pechos desaforados, revolviéndome las entrañas. Me enloquece hasta tal punto verla exhibir de ese modo su indecente persona que te arrancaría los ojos —y luego haría lo mismo con ella... Estoy cansada, enferma de ver a esa tetona desplegando sus artimañas en mis mismas narices. ¡Es lo más mortificante que he visto en toda mi vida! Debieran tomarse medidas contra hembras tan descocadas...

—Por favor, no hables tan fuerte Jenny —suplicó Thurston—. Si no bajas la voz, ella oirá hasta la menor de tus palabras. ¡Si vinieras a mi lado y escucharas lo que tengo que decirte...!

Un zapato, o algo por el estilo se estrelló con estrépito contra la pared.

—¡Ése eres tú!... ¡Pensando en ella antes que en mí! ¿Por qué no piensas en mis sentimientos en lugar de ocuparte de los suyos? Debí haberme imaginado que estabas pensando en ella y en la manera cómo lo llena todo con sus pechos exagerados...

—Pero Jenny...

—¡Cállate! No me importa que me oiga, palabra por palabra. Espero que lo haga... y que se queme las puercas orejas. Debiera gritarlo bien fuerte para hacerle oír lo que pienso de ella y de las de su calaña. ¡Qué va a ser maestra! Esa es la astuta estratagema con que encubre lo que en realidad es: ¡nada más que una ramera, por más que trate de parecer educada y fina! Hay muchas como ella que andan prostituyéndose por el mundo. A mí no me engaña ni por un minuto; conozco a las de su clase apenas las veo. Hay siempre alguna en cada lugar, por pequeño que sea. Quiero decirle lo que pienso de ella, y de ti también, ¡de ti, pobre diablo embaucador, mentiroso y rastroso! ¡Pensando en quitarme de encima para amancebarte con ella! Pues bien... déjame decirte algo Thurston Mustard: ¡no voy a tolerarlo!...

—¡Jenny! —protestó—. ¡Jamás ha pasado siquiera por mi mente la idea de amancebarme con ella!...

—Si no lo has hecho es por miedo a que yo te adivinara el pensamiento antes de que pudieras consumarlo. Buenas ganas me dan de mandarme mudar de aquí ahora mismo y no volver a verte nunca más, mientras viva y respire. Eso es lo que quieres que haga, ¿no es así?... Te hace cominillos el librarte de mí para correr a arrastrarte detrás de ella como un perro faldero que menea la cola. Pues bien... ¡no podrás librarte de mí, Thurston Mustard... si es eso lo que has tenido en la cabeza todo el tiempo!...

—Jenny —se apresuró a suplicarle—. Por favor... ven, métete en cama y déjame decirte algo...

—¡Apártate de mí, pedazo de embustero! Hubo un tiempo en que podías burlarte de mí con eso, pero ya pasó y harías bien en no volver a las andadas porque esta vez no te va a dar ni pizca de resultado. No voy a rebajarme hasta el punto de tratar algo contigo...

—Por favor, dame una oportunidad, Jenny...

—¡Darte una oportunidad! ¿Dónde está todo el dinero que decías haber ganado? ¿Dónde está el coche nuevo que ibas a comprar este año? ¿Dónde el dinero para comprarme zapatos y cartera? ¡Mira mis vestidos... míralos bien! ¿Qué pensaría hasta el más roñoso de mis parientes si me vieses ahora? Tengo que usar estos mismos vejstorios día tras día hasta cansarme de mí misma cada vez que me miro al espejo. En cambio, ella no usa trapos viejos, ¿no? ¡Oh, no! ¡Eso no reza con la pícara tetona! Tiene lindos vestidos para andar medio desnuda. ¡Pondría las manos al fuego a que eres muy capaz de darle dinero para que se compre esos desvergonzados y costosos vestidos, aunque yo no tenga ni una tira que ponerme!

—Jenny, bien sabes que he estado tratando por todos los medios de casarla con Em Gee Sheddwood. Dame la oportunidad para llevar eso adelante, ¿quieres? Es el único motivo que me animó a hablarla, e incluso a mirarla un par de veces... Es porque estoy tratando de dar forma al asunto de algún modo. Por otra parte, sabes de sobras que yo nunca le daría dinero. Siempre te di cuenta hasta del último centavo. Si Em Gee se casa y estabiliza su vida, cultivará el próximo año las cantidades de mijo que me interesa fomentar y luego, si con ello gano el premio de los agentes agrarios, podremos hacer ese viaje a Chicago de que te he hablado. Siempre has estado suspirando por conocer Chicago... No abrigo la menor intención con respecto a ella, ni a nadie, excepto tú. A nada conduce culparme a mí porque ella parezca lo que parece, según decías. Quizá sea un poco libre y fácil, como dijiste, pero eso no me ha interesado; en cambio ha ayudado mucho en lo que atañe a Em Gee Sheddwood. Te juro que sólo estoy interesado en el mijo de Em Gee y en ese viaje de recreo a Chicago...

—No creo ni jota de tus paliques, Thurston Mustard. Si muriera ahora mismo de un síncope, saltarías por encima de mi cadáver y correrías como un celaje tras ella. Ni siquiera esperaría a que me enfriara en la tumba para seguirla. Sé lo que tienes en la cabeza. Puedo ver todos los planes secretos que guardas en ella... ¡Y ella se merecería vivir contigo para que tuviera que soportar todas tus mezquinas tretas de mercachifle! —Se interrumpió y estuvo un rato riendo con risa histérica. Cuando volvió a hablar, lo hizo apoyando sus palabras con reflexivos movimientos de cabeza —: Nada peor podría sucederle, y quiera Dios que le ocurra cuando yo me separe de ti.

—No veo por qué sigues diciendo tales cosas, Jenny —lamentó él, resignado.

—Porque te vi cuchicheando y apalabrándote con ella y ese tal Em Gee Sheddwood la otra noche, en la vereda, antes de comer...

—Pero lo hice sólo porque estaba tratando de interesar a Em Gee Sheddwood en...

—Conozco bien el tremendo embuste que urdiste sobre eso; pero la verdad es que ahora estás tratando de desanimarlo a fin de tenerla para ti solo. Si yo diera vuelta la espalda en este mismo momento, lo primero que harías sería resbalarle hacia afuera para irle con tus zalemas. Y ella —si no tuviera otro hombre más cerca— las

aceptaría encantada, porque así son siempre las de su clase. Te conozco Thurston Mustard. Ni jota te creo, aunque te hagas el santurrón. No me he olvidado de esa vez que en Piedmont County te balearon en un pie, cuando te jactabas de ser el único capaz de aconsejarle a esa tal *Mrs. Herbuveau* cómo podía cultivar rábanos de primavera en su jardín, y tuviste que abandonar el lugar para establecerte aquí. Si alguna vez conocí otra buena pieza, fue la tal *Mrs. Herbuveau*, y es una lástima que su marido no te haya baleado en la cabeza. Eres como todos cuando una mujer joven, libre y fácil se les cruza en el camino y los ataja con unos pechos desafortunados... Apenas empecé a mostrar un poquito los años, empezaste tú a interesarte por las jóvenes. Conociéndote como te conozco, debes haberte arreglado con ella a espaldas mías, y esta es la hora en que ella estará en esa pieza riéndose de mí y pisoteándome el alma...

—Basta Jenny, no sigas diciendo esas cosas. Es el influjo del tiempo caluroso que estamos soportando lo que te pone así. Apenas pase este «veranito indio» y los días vuelvan a ser fríos, dejarás de...

—Por lo que a mí toca bien podría ser chino el «veranito». Es ella la que me enloquece... y no el tiempo.

—Pero bien en tu conciencia sabes que lo único que persigo es hacer que Em Gee Sheddwood cultive ese mijo, a fin de que podamos hacer nuestro viaje a Chicago. Nunca tuve ojos para otra que no fueras tú, Jenny. Todavía me gusta tu modo de hacer las cosas, cuando estás en vena...

—Si pudieras dejarme plantada, irías con ella a Chicago... que a mí...

—Óyeme, Jenny...

—Te gustaría más mostrarle las bellezas de Chicago a ella.

—Por favor, Jenny...

—Te avergonzarías si te vieran admirando las bellezas de Chicago conmigo, ¿no es así?...

—Jenny... ¡eso no es verdad!...

—Si no estuviera tan ocupada en atrapar a todos los hombres del pueblo en sus redes sexuales, en este mismo momento estaría haciendo las maletas para irse a Chicago contigo...

—Jenny... si no me crees, pregúntaselo a ella. Te juro que jamás le he dicho la menor palabra respecto a que vaya a Chicago conmigo...

—Sería yo harto necia si le creyese a ella siquiera una jota más de lo que podría creerte a ti en trance de muerte. Los dos negarían mientras tuviesen que dar la cara; pero apenas volviese yo la espalda correrían a hacerlo. Conozco bien a esta clase de hembras; no tienen más moral que un poroto cuando se trata de conseguir lo que se proponen. Y conozco bien a los hombres también, luego de haber sido lo bastante tonta como para casarme contigo... ¡contigo, miserable rastrojo, contigo!...

—Jenny... bien en tu conciencia sabes que yo me desvivo por hacer lo que me dices.

Sin esperar a más, Vernona abrió la puerta y atravesó corriendo el vestíbulo hacia la escalera. Cuando pasó frente a la puerta de sus vecinos, comprendió, por los gritos de Jenny, que su furia no se daría tregua; pero ya había escuchado bastante. Por primera vez oía a Jenny Mustard aludirla en una de sus peleas, y quedó aturdida ante esa acusación de querer seducir a Thurston Mustard. Se preguntaba cuántas noches llevaría Jenny hablando de ella de ese modo.

Nunca se le había pasado por la mente acuciar el interés de Thurston, y era sublevante saber que Jenny le dedicaba esos amargos e injustos comentarios. Admiraba a Thurston por su celo en lo tocante a las faenas agrícolas y por su absoluta consagración profesional; pero no recordaba haber experimentado un interés personal por él, y no podía comprender por qué Jenny abrigaba tales sospechas y la acusaba de hacer lo que nunca pensó. Varias veces le tocó advertir que Thurston la miraba tímidamente desde el lado opuesto de la mesa; pero su interés nunca le pareció más que amistoso y casual. No obstante, ella, íntimamente reconocía que dentro de su estilo rudo y corpulento era buen mozo y que merecía un conocimiento más cabal, así fuera efímero.

Cuando llegó a la planta baja, el porche se hallaba en silencio y a oscuras, sin más luz que una desvaída claridad amarillenta que provenía del vestíbulo, al través del corredor. Era un alivio escapar a esas disputas machaconas e interminables de Jenny, aunque compadecía a Thurston por tener que quedarse en la habitación soportando eso.

Como cabía esperar por la altura del año, era una de esas noches claras y húmedas tan propias del llamado «veranito indio», y ella dedujo que estaría más cómoda en el porche que en la sala. No se sorprendió al encontrar a Ash Neff instalado en una de las mecedoras; pero tuvo, eso sí, que sorprenderse al ver al sujeto que lo acompañaba. Ambos estaban de charla, y se interrumpieron bruscamente cuando la vieron aparecer desde el vestíbulo.

Antes de que sus ojos se acostumbrasen a la oscuridad, vió que el otro se ponía de pie. En cuanto lo hizo, percibió un inconfundible aroma a violetas recién cortadas. Ya era demasiado tarde para dar media vuelta y meterse de nuevo en la casa, y se apresuró a sentarse junto a Ash, en la silla vacante.

—¡Hola, qué tal, Vernona! —la saludó Jack Cash con familiaridad, yendo hacia ella y depositando en su falda un ramillete de violetas—. ¿Cómo le van las cosas?

—Buenas noches, *Mr. Cash*.

—Supongo que no tenía usted idea de que estaba yo en el porche, ¿eh Vernona? ¡Menuda sorpresa!, ¿no Vernona?...

Lanzó, como para sí mismo una leve risilla, y arrastró su mecedora hasta muy cerca de la joven.

—Bueno... acabo de llegar hace un ratito y estaba diciéndole a Ash que daría hasta el último botón de mi chaqueta por tener la suerte de verla esta noche. Ha sido una especie de pálpito repentino esto de no esperar hasta darle una cita, sino venir a

verla aquí directamente. Ash me decía que, según su opinión, ya estaba usted acostada y que sería una vergüenza hacerla levantarse y vestirse sólo porque yo estaba aquí. Me hallaba, pues, sentado aquí pensando en lo que haría cuando... ¡hete aquí que se nos presenta más despierta que nunca! Supongo que reconocerá que ha sido una feliz casualidad para mí esta coincidencia de que usted bajara hasta aquí... ¿no le parece, Vernona?...

—Sí —respondió ella fríamente, preguntándose a que obedecía su visita. No esperaba que la visitara de nuevo después de lo ocurrido la noche del viernes—. Ha sido muy amable en traer estas violetas *Mr. Cash* —le agradeció poco después.

—Como ya le he dicho, Vernona, las violetas crecen silvestres en las inmediaciones de mi quiosco. Pensé en que nada de malo podía haber en recoger unas cuántas y traérselas. He observado que siempre las damas se enternecen un poco cuando se les lleva flores y cosas por el estilo, y eso ayuda a facilitarle a uno el camino para lo que persigue... —Se interrumpió de pronto y, como si algo hilarante cruzara por su mente, estalló en una estentórea carcajada—: ¡Y claro está que eso también reza para las maestras de escuela! De cualquier modo, siempre hay violetas disponibles en los alrededores de mi quiosco. No está de más saberlo cuando uno necesita hacerse de un ramillete con determinado propósito...

Ash empezó su acostumbrado balanceo y, luego de aclararse ruidosamente la garganta, intervino en la conversación por primera vez desde la llegada de Vernona al porche.

—Llámelo casualidad, si usted quiere —dijo—; pero yo no afirmaré que fue eso lo que trajo a Vernona hasta aquí. No es por casualidad que empiezan las peleas allí arriba... es esa hembra endiablada que se ha soltado de nuevo. Esa arpía de la planta alta sería capaz de desesperar a un santo cuando está con una de sus pataletas, y es seguro que le ha acometido una esta noche. A veces me estaciono en el vestíbulo de la planta alta con el oído pegado a su puerta, y eso me lleva a sentir una profunda lástima por Thurston Mustard. Por más tunante que sea un hombre, merece algo mejor en la vida que una mujer regañona. Nunca le he oído a Thurston nada que se parezca a los insultos que le dirige esa arpía cuando empieza con las suyas. También mi vieja tiene sus momentos, y me riñe duro y parejo, con o sin motivos; pero lo hace con señorío y no emplea malas palabras como Jenny Mustard; tanto es así que yo mismo me presto gustoso a ello.

»Porque he ahí algo a que no me acostumbraría jamás: oír a una mujer fastidiando por sus necios caprichos. A mi modo de ver, no encaja eso en la armonía de dos. Pero mi vieja lo hace de tal manera que hasta creo echaría de menos si dejara de reñirme. Es una sensación estimulante eso de estar metido en cama escuchándola, completamente a oscuras, a sabiendas de que si uno tiene a alguien para que se ocupe de todas las cosas fastidiosas de la vida, bien puede comportarse como un auténtico pacifista. Incontables veces pienso en que he sacado una buena tajada de la vida, y que tal vez sea por eso que me siento tan absolutamente conforme con todas las

cosas, comparable a un canario moquillento que se columpia en la percha de su jaula...

»Cuando mi vieja echa esos discursos, siempre termina compensándome de un modo u otro, y no tardo en entregarme al sueño sintiendo toda la lástima de que soy capaz por el pobre Thurston Mustard, enjaulado ahí con esa arpía con patines. Si tuviera que compartir el lecho con semejante mujer, haría cualquier cosa menos el amor, y eso ya es bastante decir tratándose de mí, —si me conocieran ustedes bien verían que no me quedo corto ante ciertas cosas de la vida—. Pero esa arpía con patines de ahí arriba —¡esa tal Jenny Mustard!— hace, por cierto, que cada día que pasa con sus afanes, aprecie yo más a mi vieja.

Esperando impaciente su oportunidad, Jack Cash se inclinó sobre el brazal de la silla de Vernona, tan pronto como Ash dejó de hablar, y se apresuró a susurrarle algo al oído. Estaba tratando de que Ash no lo oyese; pero éste dejó de mecerse apenas sorprendió su actitud y se le aproximó aun más para oír lo que fuera.

—Vernona, me estaba yo preguntando... bueno... quisiera decir... si puedo hablar un ratito con usted en privado... sin que nadie esté delante. Podríamos salir a dar una vuelta en mi coche o ir juntos a la sala. Bueno es que sepa que a eso he venido esta noche. Tengo algo de suma importancia que decirle. ¡Grandes noticias, Vernona!...

Ella permaneció en silencio, tratando de pensar en lo que haría. Desde luego que no iba a meterse en su coche para darle ocasión a que la llevase campo afuera y tratara de hacerle el amor en algún solitario y extraviado paraje. Mientras duró la pausa, Ash allegó más aun la cabeza. Ya entonces ella acababa de comprender que no tenía cómo evitar el verlo a solas sin que, por cierto, hubiera de mostrarse incivil, y ella detestaba lastimar innecesariamente la sensibilidad de quien fuese. Se puso, pues, en pie. Pareció que Ash quería decir algo, tal vez ofrecer un consejo, pero ella iba ya en dirección a la puerta.

—Podemos ir a la sala, *Mr. Cash* —le dijo entusiasmada.

Ash volvió a la mecedora mascullando algo para su capote.

Jack Cash, precediendo a Vernona, entró a la casa con paso vivaz y encendió la luz de la sala. Cuando ella a su vez entró, lo vió de pie junto a la mesita del centro, mostrando los dientes en una mueca expectante. La joven advirtió por primera vez que llevaba el mismo desmañado traje azul y su detonante corbata amarilla y roja. Su cabello, lacio y descolorido, ostensiblemente partido al medio, formaba como un casco gomoso.

—Empezaremos por tomar asiento allí —le dijo, disponiéndolo todo de un modo a la vez dinámico y protocolar, y la condujo hacia el verde sofá—. ¡Eso es! ¡No podía ser mejor! ¡Siempre me gustó sentarme aquí porque cada cosa me resulta, tan familiar!... Si pudiera sacarme los zapatos, creería que estaba en casa...

Vernona tomó asiento en el extremo del sofá. Él, sonriendo aplomado, se sentó lo más próximo a ella que pudo.

—Por cierto que es una agradable sensación el estar de nuevo a su lado, Vernona —dijo, mirándola de hito en hito, como para asegurarse de que su aspecto no había cambiado desde la primera vez que se encontraron allí. Tras este minucioso examen, se echó hacia atrás en el sofá—. Esto me hace desear un pronto regreso, Vernona.

—¿Qué quería usted decirme, *Mr. Cash*? —inquirió ella, inmutable, y tratando de aumentar la distancia que los separaba.

—Bien suponía yo que tendría curiosidad por saber lo que me trajo tan pronto —le dijo, reclinándose familiarmente sobre su hombro—. Para explicárselo en su justo orden, le diré que la otra noche, después de dejarla, me puse a cavilar mientras volvía a casa. Después, ya no pude sacarme la cavilación de la cabeza y, desde entonces, he pasado un montón de tiempo, dándole vueltas en la mente al asunto. Es sólo por lo simpático que le cuento todo esto y para que vea la laya de tipo que soy. En pocas palabras le diré que he dado un gran paso al renunciar —de ahora en adelante— a ser el primero en visitar a las nuevas maestras. Lo he hecho a lo largo de tanto tiempo que me resultaba un hábito duro de extirpar, sobre todo si nos detenemos a pensar en la reputación que me he granjeado; pero estoy convencido de que más vale renunciar a ella que perder la gran oportunidad que se me presenta ahora.

—¿Cuál es esa oportunidad, *Mr. Cash*?

Se reclinó más familiarmente aún sobre ella.

—¡Adivine!

—No tengo idea, *Mr. Cash*...

—Debiera serle fácil adivinar.

—¿Va usted a dejar el pueblo?

—¡No... por supuesto que no!

—Entonces... no sé.

—Vamos a divertirnos un poco con esto... ¡a ver si adivina!

—Creo que será mejor que me lo diga, *Mr. Cash*, si quiere que yo lo sepa.

Acercándose más, y tendiendo el brazo sobre el respaldo del sofá, profirió una especie de cloqueo. Vernona se irritó; pero aparentó ignorar la posición del brazo, esperando averiguar a qué se refería. Tenía ya la certidumbre de que la oportunidad que lo hacía mostrarse tan hermético guardaba estrecha relación con ella.

—¡Bueno... parece que me toca decírselo a mí! —dijo, mostrando los dientes.

—También lo creo yo así, *Mr. Cash*.

—Vernona... mis grandes noticias se refieren a que he decidido dar el gran paso y casarme. Lo he pensado de pé a pá y me he formado la más firme convicción de que debo hacerlo. Encontré a *Mrs. Neff* en la calle y me aseguró que usted, la otra noche, había dicho todo aquello en son de bromas, y que no debía tomarlo en cuenta. En cambio, me metió algunas ideas en la cabeza, y allí siguen hasta este mismo instante. Me sentiría orgulloso de por vida si la tuviera a usted por esposa y he ahí por qué daría hasta el último botón de mi chaqueta para casarme con usted. Siempre pensé que, llegada la hora, haría algo drástico en ese sentido: quisiera casarme con una

maestra y usted es la mejor parecida de todas cuantas he visto. Esa hermosa cabellera castaña, esos ojos que parecen vender salud, y esa manerita suya que está siempre como diciéndole a uno: «ven y atrévete, si puedes»... todo eso, en fin, hace que justamente me emocione pensando en que ha de ser sólo mía, y romper con todos aquellos que pretendan asediármela. Por eso quiero dejar esto arreglado con usted antes de que otro me gane de mano. Tal vez no lo sepa; pero se ha especulado mucho con usted en el pueblo durante los últimos días. Casi todo el mundo piensa que usted es demasiado aventajada de formas para permanecer soltera por mucho tiempo en Palmetto, y se han estado barajando conjeturas respecto a quién se casará con usted. Dicen que una joven con tal guapeza y con ese ascendiente tan especial que posee sobre los hombres, no puede seguir libre de requerimientos por mucho tiempo, sobre todo una vez que se difunda que —hasta el momento— ninguno está en vías de lograrla.

Se dió un breve respiro para mostrarle todos los dientes en una ancha sonrisa.

—Supe que la otra noche había salido a dar una vuelta en coche con Em Gee Sheddwood y también algo supe de su salida con Milledge Mangrum, y es precisamente lo que me aguijonea y me hace pensar tan seriamente. Una cosa le aseguro: y es que detestaría verla casada con un agricultor de estas tierras, que la obligaría a vivir en el campo; por otra parte, cualquiera podrá decirle que Milledge Mangrum, además de andar metido en política, no es precisamente de los casaderos, pues tiene una esposa que sabe ajustarle las cuentas en cuanto presume que ha ido demasiado lejos... Por lo que a mí respecta, me enorgullece declarar que estoy completamente decidido. Ahora bien, si usted quiere mantenerlo en secreto por un tiempcito, y seguir quizá con el curso hasta fin de año, cobrando de paso su sueldo, me parecería muy bien. No opongo la menor objeción a eso porque creo ser un espíritu muy amplio. No quisiera, sin embargo, darle con ello la impresión de que soy incapaz de mantenerla. Se trata simplemente de que el dinero que pudiera usted ganar ingresaría sin mayor esfuerzo.

—Usted podría seguir viviendo aquí con *Mrs.* Neff como si nada sucediera, y yo caería por aquí todas las noches. Sería mejor que *Mrs.* Neff estuviera en el secreto, a fin de poder entrar y salir de su habitación de la planta alta sin suscitar habladurías injustas. En todo lo demás, nos arreglaremos y procederemos como casados. Lo tengo todo planeado, y ahora lo único que nos queda por hacer es llegarnos hasta el próximo distrito para obtener la licencia y casamos allí a fin de que el secreto no se filtre. Podremos hacerlo aprovechando el próximo fin de semana, si a usted le parece bien. Por mi parte, ya estoy listo y tascando el freno. Pues bien... esas son las grandes noticias que tenía para usted, Vernona. ¿Qué piensa de eso?, ¿eh Vernona?...

Mientras hablaba, le había rodeado el talle con ambos brazos, y ahora estaba tratando de besarla.

—No tenga vergüenza por ello, Vernona —dijo, abrazándola tan estrechamente que ella apenas si podía respirar—. Todos se besan antes de casarse. Es el mejor

sistema para conocerse rápido. ¡Vamos... déjeme darle un beso! Será nuestro primer beso, ¿no?...

Trató de contenerlo; pero ahora su brazo derecho la enlazaba por el cuello, sujetándola como una zarpa que fuese a estrangularla, y ella se había arrinconado indefensa en el extremo del sofá. Era inútil luchar contra la fuerza subyugante que le daba la excitación. Abandonó, pues, sus esfuerzos por resistirlo y se quedó aguardando la primera oportunidad de zafarse. Sus vestidos estaban en desorden; pero nada podía hacer ahora por su buen parecer. Cerró los ojos mientras la besaba, en espera del momento en que pudiese escapar. Llevaba él un largo rato acariciándola posesivamente cuando se dió cuenta de que ella permanecía insensible.

—¿Qué pasa, Vernona? —preguntó, perplejo— Ya que vamos a casarnos...

Echando mano de todas sus fuerzas la joven lo apartó de un empujón y se puso en pie. Él nada hizo por dominarla, y permaneció en el sofá delatando su aturdimiento en la mirada.

Ella estaba demasiado indignada para hablar. Desarrugó como pudo su vestido y apartó el cabello del rostro recogiénolo hacia atrás. Durante los forcejeos en el sofá, una de sus medias se le había soltado de la liga y se le salió además una chinela. Perdido todo el valor, casi llorando, miró en torno en busca de la zapatilla. Fue entonces cuando descubrió a Blanche Neff.

Con un extraño fuego en los ojos y arrebolada de excitación, Blanche estrechó a Vernona entre sus brazos:

—¡Nena querida! —exclamó Blanche—. ¡No pude menos que oírlo todo! ¡Esto me resulta lo más inesperado del mundo! Realmente no andaba yo curioseando por aquí. Nunca vaya a decir semejante cosa... Bien sabe que no pertenezco a la clase de entrometidas, ¿no es así, nena? No tenía la menor idea de que aquí hubiese alguien. Tocó que vine a averiguar por qué estaba la luz encendida, y oí cuando Jack Cash la pedía por esposa. Me han enternecido siempre tanto los enamorados de verdad, que no pude contener el deseo de estar ahí sin moverme ni un poquitín, y absolutamente muda. ¡Era algo tan maravilloso de ver! Me recordó los días de mi juventud... cuando Ashley me hacía la corte. Me alegro mucho por usted, nena. ¿No es algo prodigioso? ¡Cuesta creerlo! ¡De modo que ya se han comprometido! Sé que los dos van a ser muy felices. Jack Cash es un hombre muy simpático, ¿no es así?

Vernona encontró la zapatilla y se la puso. Volvió a acomodarse el vestido ya puesto en orden. Blanche estaba radiante de animación.

—No se sienta avergonzada, nena —díjole Blanche, cariñosamente—. Comprendo cómo debe sentirse en un momento como éste. También a mí las declaraciones me dejaban sin aliento...

—Todos parecen de acuerdo en dar demasiadas cosas por hechas —dijo Vernona, desde el otro lado de la mesita de centro.

—Pero es que oí cuando él se lo proponía, nena... Y luego la rodeó con sus brazos y le dió el más largo de los besos. Fue exactamente como ocurre a veces en el

cine. Supongo que por eso me gusta a mí tanto el cine: una puede estar siempre casi segura de que alguien se va a casar. No importa el número de veces que se asiste a la declaración de un galán, pues se presta a imaginar que se le está declarando a una, ¡y es tan emocionante!...

—Supongo que advertiría usted que yo nada dije, *Mrs. Neff*...

—No era, en verdad, necesario, nena. Hay cosas que no son para expresarse en palabras.

Vernona giró sobre sí misma y se precipitó hacia la puerta: pero Blanche alcanzó a retenerla por un brazo.

—Pero usted va a casarse con él, ¿no es así, nena?

—No —dijo Vernona, escurriéndose por fin de Blanche. Ya por entonces, en el colmo del aturdimiento, Jack Cash se puso a su vez en pie, y, llegando hasta la mesita, se detuvo y dijo:

—¿Quiere decir que no quiere casarse conmigo después de todo... después de que yo he ido y...?

—Después de que ha ido... ¿y qué?... —le interrumpió ella, con ira.

—Bueno... el hecho es que se lo conté a unas cuantas personas por anticipado.

No pudo menos que reírse de él, e instantes después daba media vuelta y pasaba junto a Blanche en dirección al vestíbulo. Ash, que había permanecido de pie en el corredor, se hizo a un lado y luego la acompañó hasta el último peldaño de la escalera. Cuando se detuvo, pudo oír las voces excitadas de Blanche y Jack Cash, que le llegaban desde la sala.

—Le advertí que era un tonto si pensaba que usted le iba a permitir esa clase de conversaciones —comentó Ash, deslizado las palabras en tono confidencial al tiempo que dedicaba a Vernona venias de aprobación—. Estoy, por cierto, contento de que le hablara con palabras llanas, Nona. Cuando el papanatas se me apareció en el porche esta noche, le pregunté en busca de qué andaba, y en cuanto me contó que venía a proponerle matrimonio, le repuse que o yo era un macaco o una joven con su espíritu y coraje no iba a malgastarse de a poquito en una pobre minucia como él, por más necesitada que estuviese. Pero no hubo forma de hacerse oír por semejante papanatas, seguro como estaba de que usted iba a sufrir un desmayo ante la halagüeña perspectiva de casarse con él. Así estaban las cosas cuando apareció en el porche y lo vió. Y me dije que me comería los codos si Nona fuese lo bastante tonta como para aceptarlo. Y luego, cuando los vi entrar juntos en la sala, me dije —con toda la razón del mundo— que hace falta un hombre muy superior a Jack Cash para arrancarle el «sí», ¿no es verdad?... Me alegré muchísimo de que no se prestara a los planes del papanatas. Una joven de coraje como usted tiene que dar a un Jack Cash la misma importancia que la que yo le doy a un canario moquillento. ¡Ni vaya tampoco a permitir que nadie trate ahora de convencerla!

Blanche y Jack Cash abandonaron la sala a toda prisa, como si se hubieran puesto de acuerdo para hacerla cambiar de parecer; pero antes de que Blanche pudiese darle

alcance, Vernona corrió escaleras arriba.

Una vez en su habitación, cerró la puerta con llave. Blanche estuvo allí al instante, casi sin aliento a causa de haber subido corriendo la escalera, y empezó a golpear y a rogarla que le abriese; pero la joven no abrió ni le dió respuesta alguna. Al rato dejaron de oírse los urgentes golpes, y oyó que Blanche se alejaba y volvía a bajar la escalera.

Sólo cuando, muerta de cansancio, se sentó en el lecho y empezó a desvestirse, se dió cuenta de que Thurston y Jenny seguían su disputa en la habitación vecina. La voz de Jenny era tan potente como siempre; pero ya a esa hora había empezado a enronquecer. Vernona cerró los ojos y prestó atención, pese a la fatiga.

—No creo ni jota en tus juramentos, Thurston Mustard —seguía diciendo con martilleo incesante—. Podrías ponerte de cabeza sobre la biblia y jurar hasta quedar morado, y yo seguiría desconfiando de ti mientras no te tuviese a la vista. Te oí jaranear con esa tal *Mrs. Sunday* por teléfono, y si vuelve a ocurrir otra vez, te dejaré plantado... ¡como lo oyes!...

—Jenny, iremos ahora mismo en el coche hasta su casa y podrás preguntárselo en su misma cara...

—Le abofetearé esa cara si te atiende por teléfono y permite que la vuelvas a festejar. Poco me importa que sea una pobre viuda en trance de criar pavos para poder vivir, y que necesita de tus consejos para alimentarlos. Puedes ir desde ya haciendo la elección: yo o ella. Si se me presenta un hombre decente, honrado, veraz, le costaría poco convencerme de que me fuera con él: lo haría antes de que siquiera me guiñase un ojo. Semejante hombre me permitiría usar el coche para hacer mis visitas cada vez que lo precisara, en vez de tenerme encarcelada como tú lo haces en esta inmunda casa de pensión. Un buen día voy a tomar el coche para ir de visitas, y no voy a volver más. Ya encontraré en cualquier parte un hombre que sea considerado con mis sentimientos. De todos modos, ninguno puede resultarme peor que tú. Aun suponiendo que no pueda obtener los vestidos que te niegas a comprarme, todavía conservo suficientes atractivos para interesar a un hombre bueno que se dará por feliz si puede mantenerme y permitirme ir de visitas en el coche... ¡Conque... deja que te sorprenda una vez más tratando de festejar a esa desvergonzada *Mrs. Sunday* con todos sus pavos!...

—No debieras seguir adelante con tales acusaciones, Jenny —imploró Thurston desesperado, opaca la voz—. Si siquiera te mostrases razonable acerca de...

Poniendo a un lado sus ropas, Vernona apagó la luz y se metió en cama. Escondió la cabeza bajo la almohada y —tensa, fatigada— quedó en espera del sueño, preguntándose si sería capaz de conciliarlo antes del alba.

Ya era medianoche pasada.

CAPÍTULO VII

MARTES... por la tarde

Volvía Vernona Stevens de la escuela, apurando el paso, poco después de las tres, cuando —estacionado frente a la casa de los Neff— reconoció, al doblar la esquina, el sedán verde con salpicaduras de barro de Em Gee Sheddwood. No vió a Em Gee; en cambio, instalada en el coche, había una muchacha más bien bonita, de unos quince a dieciséis años, rubia, delgada y con cierto aire de solemnidad en el rostro. Vestía un sencillo trajecito plisado, de colores rojo y verde.

No recordaba haber visto a la muchacha en la escuela ni en parte alguna, y se preguntó quién sería la forastera y qué estaría haciendo allí. Cuando pasó junto al automóvil pudo ver que la rubia jovencita —al parecer tímida, desconfiada y algo atemorizada— la observaba con curiosidad.

Sólo cuando abrió la verja y se adelantó hacia la casa por la veredita de ladrillos, divisó a Em Gee en el porche. Se hallaba sentado en una de las mecedoras, inclinado hacia adelante, con los brazos sobre la baranda, y estaba solo. Apenas lo vió experimentó una sensación opresiva y asfixiante, que guardaba íntima relación con la certeza de que algo desagradable iba seguramente a ocurrir, y lamentó no haber ido a la botica después de clase con Ruth Hollingsworth, en lugar de irse derecho a casa.

Como era ya demasiado tarde para hacer otra cosa, subió las gradas a sabiendas de que iba a encontrarse con Em Gee, pero confiando en que la prueba sería breve. Habiendo reparado en ella apenas entró en su visual, Em Gee abandonó la silla y le salió al encuentro en el corredor. Obstruyó el paso con su corpulencia de tal modo, que no habría podido entrar a la casa y dirigirse a su habitación ni aunque lo hubiese intentado. Em Gee parecía nervioso, cansado, y como si algo lo preocupara intensamente.

—¡Hola, *Mr.* Sheddwood! —dijo ella, al cabo de un instante, tratando de mostrarse cordial.

Meneó él la cabeza con sequedad, mientras su adusta expresión permanecía inmutable.

—No sabía que... —empezó ella.

—Estaba esperándola a usted —la interrumpió con el tono rudo de quien se halla acostumbrado a amonestar a los demás—. Hará media hora que estoy aquí...

Apenas empezó a hablar, pudo ella advertir cuán agitado y nervioso estaba. Llevaba el mismo tosco traje gris que la noche de su invitación al cine, corbata de seda color púrpura y camisa blanca almidonada. Sus zapatos negros parecían recién lustrados.

Una gota de sudor empezó a resbalarle hacia el labio mientras ella lo estaba

observando.

—A cada momento me parecía oírla llegar —agregó, con la misma rudeza— y me impacientaba su tardanza. Tengo poco tiempo que perder...

Por encima de su hombro, Vernona miró hacia el fondo del corredor, y, al verlo todo desierto, tuvo la esperanza de que nadie oiría en la casa lo que se dijeran.

—Lamento haberle hecho esperar, *Mr. Sheddwood* —le dijo, sintiendo que una opresiva languidez se apoderaba de sus brazos y piernas. Luego recordó de golpe las textuales palabras con que le advirtiera que volvería por su respuesta. No esperaba verlo tan pronto, pues él le había asegurado que dejaría pasar una semana antes de hacerse presente, y no había ideado todavía la manera de participarle que no podía casarse con él. Se sintió de tal modo débil que no pudo soportar por más tiempo el estar de pie—: Quizá sería mejor que nos sentáramos por ahí —sugirió, volviendo a mirar a través del porche, y dándose así tiempo para pensar en lo que diría—. ¿Querría usted tomar asiento, *Mr. Sheddwood*?

—Confieso que no me vendría mal —asintió.

—Entonces, nos sentaremos allá... al otro extremo del porche, *Mr. Sheddwood*...

—No tengo mucho tiempo que perder —le recordó.

Se dirigieron al extremo más distante del porche. En lugar de caminar a su lado, Em Gee la siguió, pisándole casi los talones. Cuando Vernona alcanzó el barandal del extremo del porche, se volvió hacia él y lo enfrentó con decisión, esperando no suscitar una escena desagradable; pero resuelta a terminar con eso lo más pronto posible. Después de todo —se decía— le bastaría con pronunciar una sola palabra en el momento oportuno.

—Ahora, óigame usted —empezó él a hablar, con una voz firme y profunda, como para hacer ver a la joven lo trascendental del momento—. Tenía que verla urgentemente. Me era imposible esperar más. Por eso me encuentro ahora aquí, sin esperar al próximo sábado como convinimos la otra noche.

Vernona tomó asiento, sin acertar aún con lo que iba a decir. Se felicitaba de que hubiese venido durante el día, pues se sentía más segura en su presencia ahora que de noche. Si él hubiese esperado a que oscureciera, se habría sentido muy incómoda durante su permanencia allí.

Sin quitarle los ojos de encima, Em Gee tomó posesión de una silla.

—Podría ir al grano directamente y decirle lo que hay. —Le oyó explicar, mientras se hallaba sumida en sus pensamientos. Se echó hacia adelante en la silla y, juntando las manos, empezó a dar vueltas sus dedos toscos y gruesos a manera de molinetes—: He estado pensando mucho desde la otra noche, y una vez que me decido en algo importante no soy hombre para volverme atrás. Siempre he sido partidario de ir a los hechos y cortar por lo sano. Los que me conocen podrán decírselo.

—Sí; recuerdo que me lo dijo la otra noche, *Mr. Sheddwood* —replicó Vernona, preguntándose en qué momento le tocaría hablar a ella—. Debe proporcionarle a

usted una gran satisfacción ser de voluntad tan firme y expeditiva en todas las cosas.

Em Gee asintió con un movimiento de cabeza, y luego dijo:

—En circunstancias ordinarias no habría venido aquí en pleno día, o sea precisamente cuando hay más que trabajar allá; pero se trata de un caso especial...

—¿Decía usted, *Mr. Sheddwood*? —inquirió, segura de que había llegado el momento. Se irguió en la silla y trató de pensar en cómo podría decir las cosas sin lastimar sus sentimientos; pero siendo, al mismo tiempo, clara y terminante.

—Bueno... para ir al grano directamente... —Hizo él una pausa, alzando la cabeza y dirigiéndole una rápida y cautelosa mirada. Metió los dedos a manera de peine entre sus tiesos cabellos con ademán nervioso.

Un automóvil que pasó por la calle distrajo fácilmente su atención, y lo siguió con la mirada hasta que desapareció de su vista. Vernona comprobó que la muchacha instalada en el sedán de Em Gee, los estaba observando con todo detenimiento.

Em Gee cruzó y apretó las manos, y prosiguió:

—He decidido... quiero decir que me he hecho el ánimo... bueno... la cosa es que no quiero casarme con usted, después de todo. —Vernona pudo ver que la miraba como calculando el efecto que su declaración había producido en ella, antes de continuar—. Sé que le pregunté si quería casarse conmigo, y eso quise, en verdad, significarle entonces, puesto que le dije que iba a venir este sábado en busca de su consentimiento, y eso es lo que ahora me preocupa. Dado el tipo de hombre que soy, he querido evitar que se ilusionara con la idea de irse conmigo durante la semana de prueba y experimentar luego una decepción, por eso es que me he apurado a venir hoy al pueblo para avisarle. No me gusta ganar fama de hombre que no cumple lo que promete; pero las circunstancias me obligan a pedir vía libre...

—¿Quiere decir que no se casa, *Mr. Sheddwood*? —preguntó ella, atónita, al comprobar lo que oía. Se volvió hacia él y lo miró a la cara, preguntándose si traicionaría en su rostro el estupor que la dominaba—: ¿Quiere decir solamente eso, *Mr. Sheddwood*?...

Meneó la cabeza en señal afirmativa:

—Con usted no... eso es lo que quiero decir —declaró con firmeza, observando su expresión—. Pero no quiero que lo tome a mal. Deberá comprender. Sería odioso para mí que por eso se sintiera usted lastimada en sus sentimientos...

Luego de oír esto, Vernona no supo qué decir. Se quedó allí, sonriendo con vaguedad, mientras su mente —confundida y torpe— clamaba por que se le ocurriese algún comentario apropiado.

—Ahora... óigame, Vernona. —Oyó que le decía, pronunciando su nombre por una de las raras veces en que lo hizo desde que lo conoció—. No quisiera levantar vuelo dejándola con la idea de que hay algo malo en usted. En realidad de verdad no podría yo decir si es mucho o poco lo que tiene de malo, por lo menos que yo sepa. Oí ciertos chismes respecto a un paseo en coche con Milledge Mangrum el sábado por la noche, y eso, por cierto, no suena nada bien, porque todo el mundo sabe que

ése tiene la costumbre de andar con una y con otra, largándolas tan pronto como su esposa lo sorprende. Quizá usted anduvo en malos pasos con él, o quizá no; pero desde que yo no voy a casarme ya con usted, no puedo pedirle cuentas de lo que hace o no hace...

»No obstante, visto todo en conjunto, eso me dió lugar a pensar seriamente y preguntarme si no estaba yo perdiendo el sentido común a causa de su bonita fachada. Me pregunté si una que ha andado por ahí con Milledge Mangrum es el tipo de mujer que se contentaría con vivir afuera, en mi estancia, dándose por satisfecha. En una estancia, una mujer disconforme es el peor estorbo que puede tener un hombre, ya que siempre tendrá ocasión de urdir disparates que le hagan a usted perder la calma. Yo no podría tomarme ese riesgo porque llevaría mucho tiempo el desembarazarme de semejante mujer, y luego tendría que andar de un lado a otro por los juzgados... cuando todavía tengo que sembrar mis cosechas de primavera...

—*Mr. Sheddwood*, no creo que tenga algo que...

—Oh... voy a casarme, desde luego —anunció él, dándose vuelta, y dirigiendo una mirada al coche estacionado frente a la casa—. No se preocupe por eso. Me he hecho ya el ánimo. Pero con otra, en lugar suyo. Ella no será difícil de contentar porque no es mucho lo que espera. Estoy convencido de ello, pues de otro modo no me casaría...

Vernona, por primera vez, se echó hacia atrás en la silla, aliviada al saber que ya no deseaba casarse con ella.

—Si siente curiosidad por saber a quién me refiero —dijo, con cierta perplejidad— es a ésa... la que está esperando ahí afuera en mi coche. Se llama Wilma. Es huérfana y prima mía en segundo grado, aquella que —como le conté antes— me ha estado ayudando desde la muerte de mi esposa. Hace poco quiso irse y casarse con uno para formar su propio hogar, y me di cuenta de que me había acostumbrado tanto a tenerla cerca, que preferí verla quedarse en vez de que se fuera y se casara con otro, y así se lo dije... Cuando cae la noche, los hombres como yo sienten muy adentro una sensación de soledad, y supuse lo que iba a sucederme si se iba. Dice que con todo gusto se casará conmigo, y conservará lo que hasta ahora ha tenido a mi lado. Eso elimina todo riesgo, ya que ella conoce al dedillo mis sistemas y yo los suyos, y no necesitará andar por ahí haciendo cosas a espaldas mías.

»Esa era una de mis preocupaciones: acostumbrarme a una forastera y sus hábitos. De este modo no corro el albur de echar raíces con una esposa disconforme, que sería mucho más difícil de llevar siendo una forastera. Wilma conoce todo lo que hay que hacer, y no necesita que la instruya sobre mis gustos. Esto mejora las cosas en todo sentido, porque ni siquiera será necesario introducir el menor cambio. Ya está establecida en la casa, y ya tiene ahí sus cosas, lo que no ocurriría con una forastera —como usted, por ejemplo— que tuviese que mudarse, con todo el trastorno que supone el traqueteo de muebles y de cosas. Otro aspecto a favor, es que nunca tendrá ocasión de comportarse mal, ya que está hecha a mi manera. No podría asegurar lo

mismo de usted, después de pensar bien las cosas como lo he hecho...

—Deseo que sea muy feliz, *Mr. Sheddwood* —dijo Vernona algo mortificada—: Y me es muy simpático saber que Wilma tendrá ahora su propio hogar...

Em Gee tamborileó nerviosamente sobre el brazal de la silla con sus dedos toscos y rechonchos.

—Ahora... escuche —dijo con ansiedad, luego de un instante—. ¿Qué dice usted a todo esto?... ¿No irá a hacerme algún lío?...

Al principio, la joven no acertaba a descifrar el sentido de estas palabras. Por último no pudo menos que sonreír:

—Oh... por supuesto que no, *Mr. Sheddwood* —le aseguró formalmente—. No piense jamás semejante cosa...

—Me quita un gran peso de encima al oírle decir eso —expresó al instante—. Confieso que era la preocupación más grande que tenía cuando hablé a Wilma y conocí sus sentimientos al respecto. Es una enorme responsabilidad eso de dejar a una mujer y tomar otra... sin más ni más.

Se volvió y miró con aire pensativo hacia una vaga lejanía. Empezaba a ponerse el sol, y en la calle y el patio la sombra recortaba largos rectángulos. Cuando volvió a enfrentarla, pudo ver que aún seguía preocupado.

—He oído hablar de mujeres que meten pleito a los hombres por tales cosas y no querría ser fastidiado por algo tan molesto. Necesito saber categóricamente, antes de seguir adelante y casarme con ella, que usted no va a causarme trastornos. Esto debería dejarse establecido de antemano como cualquier disputa entre dos partes. Nunca sale bien correr el riesgo de meterse con la ley o con una mujer. Ambas pueden traer la desgracia, y de un modo muy caro además. Por eso, no hay en el mundo nada peor que cuando se juntan ambas y van contra usted al mismo tiempo y a una sola voz.

—No tiene por qué preocuparse por eso, *Mr. Sheddwood* —dijo ella, tratando de tranquilizarlo—. Ni en sueños haría algo que pudiese perjudicarlo. Estoy encantada al saber que se casará usted con Wilma. En verdad, para ser absolutamente sincera, le diré que me complace mucho que no quiera casarse conmigo. ¿Me cree usted ahora?

...

Em Gee, con aire necio y cauteloso, tardaba en contestar. Al comienzo, ella lo tomó como un indicio de que aceptaba sus garantías. No obstante, luego de pensarlo con mayor detenimiento, advirtió que la mirada de desconfianza y duda volvía a su rostro.

—Quiero que me crea, *Mr. Sheddwood* —insinuó.

—Ahora... escúcheme usted. Si le da lo mismo, me gustaría una declaración ante testigo, nada más que por cuestión de seguridad. Así podré dormir tranquilo por las noches, en vez de desvelarme pensando en lo que usted podría hacer. Una vez entablé pleito por la venta verbal de un caballo y el jurado me obligó a pagar porque no pude conseguir un testigo que declarase por mí. Me costó casi quinientos dólares, contando

el dinero gastado en abogados. No quiero pasar otra vez por semejante situación. Ahora bien... si usted repite lo mismo que ha dicho en presencia de un testigo digno de fe, se lo agradeceré como un enorme favor, y me obligará a devolverle la mano con otra favor, algún día, si hace falta.

—Por supuesto, si lo cree necesario, lo haré *Mr. Sheddwood* —asintió ella, aunque le resultaba indignante ir tan lejos para complacerlo.

Al instante Em Gee se levantó y atravesó el porche en busca de alguien que atestiguara la declaración de la joven. Dirigió una rápida mirada al coche, donde seguía Wilma, eliminándola en el acto de toda opción, y luego se dirigió al corredor de la casa. Mientras se hallaba allí, atento a los ruidos, Ash Neff apareció desde la calle, procedente de la oficina de Correos.

Ash entró al patio leyendo un catálogo avícola que había recibido por correo. En cuanto Em Gee oyó el crujido de la verja, alcanzó las gradas y esperó a que Ash subiera hasta el porche. Luego, aferrándolo por un brazo, le habló gravemente en voz baja un largo rato, que Ash empleó en admirar las policromías del catálogo, con tercos meneos de cabeza.

Por último, Ash libertó su brazo de un sacudón y, luego de atravesar el porche con Em Gee detrás, se sentó en una de las mecedoras. Empezó a hojear lentamente las páginas del folleto y examinó en detalle los grabados con pelusientos pollos amarillos y rojas bolsas de afrechillo. Ignorando de intento a Em Gee parecía estar completamente absorto en la pintoresca propaganda que había recibido por correo.

—Dígale que no corre ningún riesgo en salir de testigo —urgía Em Gee a Vernona—. Dice que no quiere saber de nada que lo complique con la ley. Si usted le dijera a él las cosas como son, se convencerá de que no arriesga nada con eso. No quiere hacerme el menor caso; pero es el único hombre que tenemos a mano y no quisiera meter en esto a las mujeres. Uno nunca sabe lo que una mujer es capaz de hacer y decir cuando se trata de hacer causa común con otra mujer.

—Si me lo preguntasen —observó Ash levantando la vista del catálogo— diría que, en primer lugar, es una estúpida idea pensar que Nona se casaría con usted, Em Gee. No tiene más sentido común que Jack Cash. ¡Necio, y más que necio! Ella ni siquiera contempló la posibilidad de casarse con usted... Parece como si todos carecieran del suficiente sentido común para mirarla y darse cuenta en seguida de que tiene demasiado coraje para hacer algo tan tonto. Son tantos los hombres de buena voluntad que quisieran arrastrar la barriga por los suelos para casarse con ella, que no terminaría nunca con ellos si se propusiera contemplarlos.

—Eso no tiene pizca que ver con el asunto —protestó Em Gee, enfadado por la actitud de Ash.

—Usted fue y se lo pidió a ella, ¿no es así?... Y además, pasó un buen tiempo haciendo planes sobre ella, ¿no es así?...

—Bueno... eran los planes de ese agente agrario, a decir verdad. Me convenció de que la requiriese. Me mareó hablándome de sus atractivos. De no ser por él, yo no

lo hubiera hecho.

—Eso no lo exime, Em Gee. Todo el que presta oídos a uno solo siquiera de los planes de Thurston Mustard es tan rematadamente tonto como un jamón. Si algo le hace ser todavía más tonto que él, es haberle escuchado.

—¡Ahora... escúcheme bien! —dijo Em Gee con enojo—. Yo no vine aquí a pleitear con usted.

—Entonces... vaya por ahí a ventilar sus pleitos —replicó Ash.

Vernona se apresuró a intervenir:

—Por cierto que yo estaría muy de acuerdo con que *Mr. Neff* aceptara ser testigo.

Doblando cuidadosamente el catálogo de provisiones avícolas y guardándoselo en su bolsillo, Ash adelantó su mecedora y puso ambos pies en el barandal.

—No pongo objeción alguna a ser testigo, si le parece, Nona —dijo, mirando primero a Vernona y luego a Em Gee—. Ahora bien... ¿acerca de qué debo rendir testimonio, Em Gee?

—Necesito un testigo que me respalde en caso de que deba comparecer a los tribunales para defenderme —explicó Em Gee—. Nunca sabe uno cuando le toca cruzarse con la ley. Ella dice que no me considera obligado por la promesa que le hice de casarme; pero todo el mundo sabe que conviene ser cauto cuando uno ha tenido tratos con una mujer a quien ha pedido en matrimonio, y con respecto a quien ha cambiado luego de parecer. Nunca se sabe cuándo pueden mudar de ánimo y entablar demanda contra uno, en los tribunales. De ahí que yo necesite la más amplia protección contra eso.

—Nona debiera enjuiciarlo por todo lo que ha hecho y lo que hará, y por las incomodidades que le ha ocasionado.

—¡Eso no tiene nada que ver con el asunto!

—¡Le aseguro que un buen abogado podría hacer que tuviese algo que ver!

—¡Déjese de estarle metiendo cosas en la cabeza!...

—Usted, Em Gee, estará siempre asustado.

—¿Quiere ser testigo o no?

—Ya soy todo oídos. Vaya y pregúnteselo a ella.

Em Gee dió unos pasos y se detuvo solemnemente frente a Vernona.

—¿Va usted a cobrarme la palabra de casamiento que le he dado?

—¡No, *Mr. Sheddwood*! —replicó ella al instante.

Em Gee se volvió hacia Ash:

—¿Oyó usted eso?

—Por cierto que lo oí.

—Ha dicho que no me considera obligado a casarme con ella, ¿no es así?

—Le he entendido muy bien. No tiene para qué repetírmelo.

—Y si el caso llegase a los tribunales, tendrá que prestar juramento y declarar que usted estaba sentado allí, y que la oyó decir que no entablaría ninguna reclamación en mi contra, ¿no es así?

—Haré más que eso. Diré que sería mucho más necia de lo imaginable si alguna vez hubiera deseado casarse con usted, Em Gee.

—¡Ahora... escúcheme bien! —dijo Em Gee, enojándose de nuevo—. ¡No tiene por qué ir tan lejos!

—Usted querrá que diga la verdad en el tribunal, ¿no es así?

—¡Usted deberá atenerse a los hechos y dejarse de decir lo primero que se le venga a las mientes!

—Creo que todo ha quedado ya bien establecido, *Mr. Sheddwood* —dijo Vernona, confiando en que podría retirarse antes de que ocurriese algo más desagradable. Mientras esto decía, afuera Thurston Mustard bajaba de su coche. Reconoció el sedán verde de Em Gee, vió a Wilma en el asiento delantero, y se apresuró a trasponer la verja. Cuando divisó a Em Gee en el porche apuró el paso—. Ahora no tiene por qué preocuparse, *Mr. Sheddwood* —le decía entretanto Vernona tendiéndole la mano—. Puedo asegurarle que, por lo que a mí toca, no tendrá jamás molestia alguna. Adiós, *Mr. Sheddwood*.

Em Gee estrechó su mano brevemente:

—Bueno... puede ser que no, por lo menos mientras viva el testigo, y puede que cuando haya muerto esté usted casada y no necesite agitar el asunto. De cualquier modo, mientras más pronto se case más seguro me sentiré. Claro está que no puedo exigirle, aunque me convendría, que se case cuanto antes con otro...

Em Gee pasó al lado de Ash sin decir palabra. Cuando alcanzó las gradas, Thurston Mustard, que ya estaba allí, lo tomó por un brazo.

—¿Qué está haciendo aquí, Em Gee? —le preguntó, intrigado, mirando a Vernona a través del porche.

—No puedo perder el tiempo con usted —le dijo Em Gee—. Estoy apuradísimo. Suélteme.

—¿Le habló a ella del casamiento, Em Gee? No supuse que vendría a estas horas. ¿Qué le dijo a ella?

—No vine a eso precisamente —replicó con desagrado, tratando de desprender su brazo de la zarpa de Thurston.

—¿Por qué no?

—Tengo otros planes ahora.

—¿Qué clase de planes?

—¡Mejores, por Cristo! ¡Le he dicho que me suelte!

—¿Qué significa esto, Em Gee? Pensé que ya estaba resuelto que le pediría matrimonio. Usted me prometió que haría todo lo posible por casarse con ella si yo le conseguía una cita la otra noche. Pues bien... yo hice mi parte y conseguí que ella aceptara ir al cine con usted. ¿Ha olvidado el convenio que hicimos Em Gee...?

—Puede que yo haya dicho eso, y quizá lo hice; pero usted no puede presentar un testigo capaz de jurarlo ante el tribunal, ¿no es así?...

—¿Un testigo? ¿Y para qué? ¿Qué tiene que ver un testigo con eso? —Thurston

apretó más la tenaza en el brazo de Em Gee—. Yo y usted convinimos la cosa y es todo lo que importa. Un convenio es un convenio, y usted lo sabe. Yo hice mi parte y usted debe hacer la suya, Em Gee.

—Ya lo he puesto todo en claro. Puede preguntárselo a Ash Neff si no me cree. Es mi testigo.

—Pero usted sabe que necesita asentar su vida, Em Gee. Usted sabe que tiene una parcela que cultivar. Dicho de una vez, está de por medio ese mijo de que hemos hablado.

—Estoy tratando de asentar mi vida; pero no con ella. —De un sacudón se soltó el brazo y empezó a bajar las gradas—: De ahora en adelante, preocúpese de sus propios asuntos y yo cuidaré de los míos. Necesito reservar mi paciencia para todos los comisionistas agrarios que todavía tendré que soportar.

Thurston bajó corriendo las gradas detrás de él:

—Em Gee... usted no se está mostrando consecuente en todo esto.

Em Gee alcanzó la verja:

—Estoy atendiendo mis propios asuntos, y eso ya es hacer más que usted...

—Detengámonos a arreglar esto, Em Gee. No haga nada precipitadamente. Bien sabe usted que es una joven bien parecida. Yo mismo me pegaría a ella como ternero a la ubre si no fuera por Jenny, y tuviese siquiera la menor posibilidad de éxito... Piense usted en lo orgulloso que se sentirá acostándose con ella todas las noches. Siempre me decía que esa era la única manera razonable de probar a una mujer; eso, y su capacidad para aceptar un amo. Lo conversamos todo en su estancia el sábado por la mañana. ¿No lo recuerda?

Em Gee abrió la verja de par en par y salió a la vereda. Thurston corrió tras él y lo agarró por la chaqueta.

—No puede irse de ese modo, Em Gee.

—¡Estoy harto de usted!...

—Pero... ¿y ella?

Em Gee empujó a Thurston y lo obligó a retroceder:

—¡Ahora, atíendame un poco! Le he tolerado ya demasiado tiempo que me diga lo que tengo que hacer. Desde que lo conozco me ha estado diciendo hasta dónde y cómo debo escupir. Ha estado viniendo a mi estancia durante todo el año pasado, pisoteando mis sembrados, diciéndome cómo debo hacer lo que siempre sabré hacer mejor que usted, así viva cien años; y estoy harto de eso. Por culpa suya estuve a punto de casarme con esa maestra. Usted casi me convenció de que la maestra podría ocupar el lugar de Wilma; pero tuve la cordura de despertar a tiempo y recordarme a mí mismo cómo echaría de menos a Wilma si no estuviese allí cuando la necesitara. Conozco todos sus planes para hacerme conseguir una gran cosecha de mijo a fin de que usted pueda obtener un premio en su solo provecho. Nunca creí en la utilidad del mijo, y de ahora en adelante no hallará usted ni una brizna de mijo en mis tierras. Delo por seguro. No quiero ver más un tallo de mijo en lo sucesivo. Cultivaré

guisantes, arvejas y todo lo que me plazca. Hasta cultivaré tabaco para los conejos si se me antoja. He ahí algo con lo que jamás podrá usted ganarse un premio...

—Por cierto que habla como si no estuviera en sus cabales, Em Gee.

—Estoy hablando muy cuerdamente. Si, a partir de ahora, vuelve a poner un pie en mi estancia, así sea por una sola vez, lo demandaré por violación de propiedad.

—¿Quiere decir que ni siquiera me permitirá ir por allá a darle algún buen consejo de vez en cuando, Em Gee?...

—¡No! Le descerrajaré un tiro al primer comisionista agrario que meta sus narices por allá, sea usted o cualquier otro como usted.

Em Gee escupió al suelo y, girando sobre sus talones, se precipitó hacia su coche. Antes de que pudiese alcanzarlo, y abrir la puerta, Thurston corrió hacia él y le asestó un puñetazo en la cabeza con todas sus fuerzas. Aturdido y tambaleante, Em Gee cayó de espaldas contra el sedán. Wilma lanzó un grito.

Em Gee se mantuvo, sin embargo, sobre sus pies y Thurston se le abalanzó amagando ambos puños, amenazante. Em Gee se había recobrado lo suficiente del inesperado golpe como para repeler el ataque y ambos empezaron a propinarse golpes en la cara y el cuerpo.

Después de haber sido golpeado varias veces por Em Gee, Thurston trató de derribarlo abrochándolo con ambos brazos y esforzándose por hacerle perder el equilibrio, Em Gee no fue capaz de romper aquel cinturón que le oprimía el tórax y ambos cayeron debatiéndose con pies y manos en mitad de la calle. Rodaron por el suelo, a veces uno encima y a veces el otro, se machacaban recíprocamente con los puños con tanta violencia como podían. Thurston empezó a sangrar por la nariz y la chaqueta de Em Gee estaba hecha jirones. Wilma —en el coche— lloraba con ambas manos sobre el rostro.

Ash había salido a la calle a presenciar la pelea en cuanto vió dar el primer golpe; pero no hacía el menor ademán por separar a los contrincantes. Caminaba lentamente en torno a ellos, describiendo un círculo a fin de no perder detalle. Una de las vecinas, *Mrs. Nell Yeager*, que, asomada a la ventana de su casa, en la acera opuesta, vió el comienzo de la pelea, había telefoneado al instante a la Cárcel. Vernona, siempre en el porche, esperaba a que alguien los separase antes de que se hicieran mucho daño.

Em Gee había logrado ponerse a horcajadas sobre Thurston, y agarrándolo por el cabello con ambas manos le aporreaba la cabeza contra el suelo cuando Mike Vawn, el policía, se hizo presente seguido por algunos hombres de la vecindad. Pronto fueron separados y contenidos; pero se advertía que hubiesen seguido peleando si los dejaran sueltos. Jadeantes, vacilando sobre sus pies, se insultaban como si rumiasen su furia. Wilma redobló su llanto cuando vió que el ojo derecho de Em Gee empezaba a hinchársele.

—Es la mejor manera de lastimarse que se conoce —comentó Mike Vawn, dirigiéndose a Ash—. De todos modos..., ¿quién empezó la pelea?...

—Se agarraron por no sé qué cultivos de mijo —repuso Ash con prontitud—. Thurston Mustard quería que lo cultivase y Em Gee decía que antes dejaría que le cortaran la cabeza. ¿Vale algo eso? Yo no lo querría ni para alimentar a un canario moquillento. ¿Es posible que dos hombres grandes se agarren por semejante bagatela?

—Algunos lo usan como forraje para sus vacas y caballos, ¿no es así?

—Nunca sabrá uno para qué sirve si ha de atenerse a las explicaciones de Thurston, salvo para ganarse un premio mediante el cual es posible hacer un viaje de recreo a Chicago. Ha sido para él lo más importante del mundo durante todo el año pasado.

Luego de esposarles las manos a la espalda, Mike Vawn y los demás hombres echaron a andar calle abajo con Em Gee y Thurston, rumbo a la cárcel, donde serían encerrados y procesados por perturbar el orden público.

Blanche y Jenny salieron de la casa en el momento mismo en que se los llevaban. Junto con Vernona se acercaron al sedán y trataron de persuadir a Wilma para que entrase con ellas. Pese a todos sus esfuerzos, Wilma se negó a abandonar el coche de Em Gee.

—No debieras permanecer aquí a solas, nena, después de lo que ha pasado —le dijo Blanche—. Vamos, por favor, a mi casa y déjame cuidar de ti. Se está haciendo tarde, y pronto necesitarás comer algo.

Siempre entre lágrimas, meneó la cabeza con decisión.

—Necesito verlo ahora —dijo, llorosa—. ¡No quiero esperar más para casarme! ¡Puede cambiar de parecer!...

Permanecieron junto al coche y vieron cómo enjugaba sus lágrimas y ponía el motor en marcha. Hecho esto partió en dirección a la cárcel.

—Pobrecita —dijo Blanche con simpatía, mientras se llevaba el pañuelo a los ojos y observaba cómo el coche se perdía de vista—. La compadezco enormemente. Es una lástima que no tenga a nadie en el mundo y se vea obligada a casarse con ese Em Gee Sheddwood. No le faltarán motivos para llorar el resto de su vida.

Ash echó a andar hacia la casa siguiendo a las tres mujeres.

—Es la mejor pelea que he visto en mucho tiempo —dijo entusiasmado—. Fue, por cierto, un remolino de puñetes hasta el final. Me gustaría verla de nuevo desde el comienzo. A los dos les hará un bien inmenso, sacudirse un poco las vilezas de que se acusan...

—¿Cómo puedes decir semejante cosa, Ashley? —le reprochó Blanche, volviéndose con gesto de desaprobación—. Fue el espectáculo más lamentable que haya visto jamás. Que Dios no me dé vida si ha de ser para presenciar otra vulgar pelea a puñetazos frente a mi propia casa. Me imagino lo que dirá ahora Nell Yeager. Está siempre mirando por la ventana a ver si sorprende algo para sus murmuraciones.

—Si Em Gee Sheddwood no hubiese venido a importunar a Vernona... —empezó a explicar Ash.

—¿Qué tiene que ver Vernona con esto? —lo interrumpió Blanche.

—Temo que sea por culpa mía —admitió Vernona en tono de excusa. Volviéndose hacia Jenny se apresuró a agregar—: Pero no estaban peleándose por mí, *Mrs. Mustard*... *Mr. Sheddwood* vino aquí a consultarme acerca de un asunto. Ignoro por qué él y *Mr. Mustard* se fueron a las manos.

Jenny, sonriendo tranquilamente, y como para sí misma, no mostró ningún interés por la explicación de Vernona.

—Usted puede obtener la libertad de Thurston yendo a la cárcel y rindiendo una fianza en efectivo —dijo Ash a Jenny—. Es todo lo que se precisa para sacarlo. Em Gee es lo bastante rico para rendir fianza por sí mismo, si es que quiere echar mano de su propio dinero.

—No lo haré —anunció Jenny enfáticamente—. No haré semejante cosa. Puede quedarse muy bien donde está.

—¿Por qué no lo saca bajo fianza? —preguntó Ash.

—Porque se encuentra exactamente donde quiero que esté, por lo menos mientras no lo suelten... ¡Ése es el por qué!...

—Eso tiene que ser duro para Thurston, ¿no es así?...

—Mientras más duro, mejor...

—Quizá tenga razón en lo que dice; pero no veo por qué quiere que esté encarcelado.

—Tengo mis razones, *Mr. Neff*. Tal vez cuando recobre su libertad, lamentará no haber escuchado lo que le dije. Y, mientras permanece entre rejas, tomaré el coche y haré tantas visitas como me plazca. He estado justamente esperando una oportunidad como ésta. Hace un año entero que no puedo poner mano en ese coche. Siempre que le dije que quería usarlo para hacer mis visitas, me daba la excusa de que tenía que ir a esta parte o la otra para entrevistarse con algún agricultor respecto a sus cosechas...

—Creí que el oficio de Thurston era precisamente visitar a los agricultores acerca de sus cosechas...

—¡Su oficio es un pretexto para mostrarse mezquino conmigo! Dicho está, pues, que no quiero rendir fianza para sacarlo de la cárcel. Voy a hacer mis visitas, y puede que las prolongue tanto que no regrese jamás. Volveré a vivir como en los viejos días cuando recorría el país en misiones de inspección. Espero que lo tengan encerrado un mes entero. Se lo merece por haberse mostrado siempre tan mezquino con el automóvil.

CAPÍTULO VIII

MIÉRCOLES... al anochecer

1

Por primera vez desde hacía varias noches reinaba el silencio en la casa. Afuera lucían las estrellas, había refrescado luego de un día caluroso y, a los lejos, se oían los ladridos errabundos de algún perro solitario.

Blanche y Ash se habían recogido ya, después de una hora de sobremesa, apagando todas las luces de la planta baja. Thurston Mustard seguía preso y Jenny había sacado el coche para ir de visitas por los alrededores. Martha Belle, poco antes de retirarse, recibió en la puerta de calle un paquete para Vernona, que la joven — apenas la negra lo subió a su habitación— abrió sin tener idea de quién se lo enviaba, hallándose con la sorpresa de que eran cinco libras de bombones remitidas por Milledge Mangrum.

—¿No le dije yo que *Mr.* Milledge Mangrum estaba trastornado a causa de usted, *Miss Vernona*? —había dicho Martha Belle con aire de triunfo, apoderándose de un puñado de bombones—. Ahora podrá ver usted lo que un hombre que anda a la que pesca hará cuando se le mete una en la cabeza. Como todos, tampoco éste va a contentarse —cuando llegue el momento— sólo con obsequiarle bombones. No importa que sean casados, solteros o acoplados, porque, cuando tienen ganas, andarán detrás de usted como fieras. Yo sé cómo proceden los hombres porque, solteros o no, negros o blancos, todos se parecen cuando no quieren que se aplace por más tiempo lo que buscan. Podré yo ser gorda y negra y no estar a tono con lo que atrae a los jóvenes de hoy; pero sé el cuidado que se precisa cuando vienen —*tap, tap, tap*— a golpear la puerta. Cuando un hombre de verdadero peso está encaprichado no se le puede disuadir con nada. Es de un solo rumbo, sordo a cualquier otra cosa, y todo lo que no sea eso le parece poco menos que un pecado...

Martha Belle se interrumpió, reflexiva, mientras observaba a Vernona.

—O es eso —dijo, con un asomo de duda— o bien es que está tratando de poner marcha atrás. —Una mirada de tristeza ensombreció su rostro—. Eso es lo malo que hay en esto, *Miss Vernona*. A veces es muy difícil saber de antemano lo que un hombre se propone. Siempre he dicho que por tal motivo la mujer encanece antes que el hombre. Es lo que convierte a los hombres en una complicación...

Vernona estaba demasiado excitada para prestar alguna atención a Martha Belle. Era el primer obsequio que Milledge le había hecho, y eso la transportaba de tal manera que, al irse Martha Belle, se sentó en la cama a llorar de emoción por haber recibido un regalo de él; comió luego algunos bombones, y terminó derramando nuevas lágrimas porque se sentía desdichada sin él.

Cuando subió después de la cena, hallándose muy sola, se moría por saber dónde estaría Milledge esa noche, y qué estaría buscando, y cuándo lo volvería a ver. Necesitaba estar a su lado —aunque íntimamente seguía afirmándose que no debiera verlo— y ahora que le había enviado los bombones suspiraba por él más que nunca.

Muchas veces desde que él la dejara la noche del domingo, se había recordado a sí misma su determinación, —mientras él fuera libre para casarse con ella— de permanecer inflexible después de aquella única cita de amor. Pero, a pesar de eso, no renunciaba a la esperanza de que muy pronto —por alguna excusable circunstancia— volverían a estar juntos. No ignoraba que había hecho exactamente lo que trató de evitar con su ida a Palmetto; pero, sin importarle ya qué pudiera sucederle, no quería echar en olvido lo que Milledge le dijera respecto a buscar alguna solución, porque creía que era sincero y que la amaba de verdad.

Eran más de las nueve cuando cedió su excitación y se sintió lo bastante cansada como para acostarse. Había empleado el último cuarto de hora en incesantes paseos por la habitación, y cuando se acostó y trató de leer una revista, permaneció largo rato apenas consciente de lo que veía en la página impresa. Hasta las ilustraciones en color se le presentaban como un inexpresivo borrón. Sus pensamientos volvían siempre a aquella noche de domingo, al largo paseo por el campo en sombras, y a las seguridades que le diera Milledge de hallar un medio para que pudieran unirse pronto.

Sumida estaba en estas cavilaciones, cuando cobró repentina conciencia de un sonido insólito, como de unas pisadas cautelosas sobre el piso sin alfombra del vestíbulo, e incorporándose en la cama, se puso a escuchar.

Como la puerta seguía abriéndose cada vez más, Vernona asió los cobertores con ambas manos, demasiado asustada para gritar pidiendo socorro. Podría ser Blanche, que hubiera subido a hablar con ella por algún asunto aunque Blanche jamás entraba a su habitación sin antes golpear. Martha Belle tenía la fastidiosa costumbre de abrir la puerta y entrar luego con aire casual; pero haría por lo menos una hora que la negra se había retirado a su casa. Como no oyera ya el chirrido de los goznes, se cubrió a toda prisa el rostro con las manos, y luego volvió a mirar.

En el primer instante, sin resuello y paralizada por el miedo, no atinó a hablar ni a moverse cuando reconoció al que había entrado en la pieza. Floyd Neighbors, cuyos ojos parpadeaban encandilados por la luz, parecía tan asustado como ella.

Se miraron con aire interrogante, y ambos parecían esperar que fuese el otro el primero en hablar.

—¡Floyd! —musitó luego Vernona con voz trémula, apenas perceptible—.

Floyd... ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntóle al cabo, con ansiedad.

Su pijama estaba doblado a los pies de la cama, lejos de su alcance, y tiró de los cobertores ciñéndose con ellos. Se le había hecho un hábito no ponerse el pijama sino hasta el instante mismo de quedarse dormida, y en cuanto a su salida de baño, estaba en una silla al lado de la pieza.

Él seguía sin despegar los labios.

—Floyd... ¿por qué no dices nada? —díjole temblando de miedo.

No había él dado un paso más y la puerta continuaba abierta. Ella se daba a la vez cuenta de la excitación y la nerviosidad del muchacho, plantado allí, como sorprendido de hallarse con ella en esa habitación, y como si no atinara a saber lo que luego haría. Estaba a cabeza descubierta y con el mismo *sweater* verde que usaba para ir a la escuela. En sus pantalones y zapatos se advertían las manchas amarillentas del barro.

Lo vió de pronto moverse por primera vez y cerrar la puerta con todo cuidado, sin echar llave, y con el menor ruido posible.

—¡Quisiera que te explicases, Floyd! —díjole ella.

—¡Hola... Vernona! —profirió con torpeza, titubeante y avergonzado—. No podía estar lejos de usted, Vernona —agregó.

Pasado el estupor que le causara ver aparecer al muchacho en su alcoba, no estaba ya tan asustada como en el primer momento. Confiaba en que le prestaría la misma obediencia que en la escuela, y ya no la preocupaba tanto. Si hubiera sido un extraño el que entraba de ese modo a su dormitorio, a semejante hora de la noche, quizá habría gritado a todo pulmón en cuanto lo vió, pero después de todo —se decía— era uno de sus alumnos de grado diez.

—Floyd... no debes permanecer aquí —le dijo severamente, tratando de impresionarlo con su autoridad—. Tú lo sabes bien, ¿no es así?...

Tomando un leve resuello, Floyd se adelantó unos pasos.

—No llame a nadie, Vernona —le suplicó—. Por favor... no haga eso...

—Pero no puedes permanecer aquí, Floyd —le replicó en el acto, tratando de reírse de él por suponer que ella era tan fácil de persuadir. La risa no le sirvió de nada, y frunció el ceño con inquietud—: Debes irte al instante, Floyd. ¿Me oyes?...

—Por favor, no me obligue a irme, Vernona. ¡Déjeme quedarme! Es la primera vez que consigo llegar hasta aquí para verla de este modo. He estado toda la semana tratando de hacerlo. Por favor, Vernona, deje que me quede aquí ahora. Desde el viernes vengo pasando las noches en el jardín a la espera de una oportunidad para subir hasta aquí. Y siempre ocurría algo. A veces, usted salía de noche con alguno, o temía que *Mr.* y *Mrs.* Mustard me oyeran y lo descubriesen todo. Pero ahora nadie sabe que estoy aquí. No hay luces en la planta baja. *Mr.* y *Mrs.* Neff se fueron a dormir. Nadie lo sabrá nunca. No lo descubrirán. ¡Usted dejará que me quede...!, ¿no es así Vernona? ¡Por favor... diga que sí!...

Por segunda vez Vernona intentó reírse de él, pero su risa fue aún más breve que

antes.

—Floyd... ¿qué clase de persona pensarías realmente que soy si te dejara quedarte? ¡Sé bien sincero!...

—No entiendo lo que quiere decir, Vernona. Sé que usted me gusta y eso es todo lo que importa. Pienso que es usted maravillosa...

No pudo menos que recordar la tarde del pasado viernes cuando la sorprendió llorando en el pupitre, y cuán consolador fue para ella que alguien la hiciera olvidar su soledad; y luego, aquel alocado impulso que instantes después la llevó a besarla en la verja. Aunque, parado allí, a pocos pasos de ella, seguía pareciéndole infantil e inexperto, en cierto sentido ahora empezaba a encontrarlo diferente. Emanaba de su parte una poderosa resolución, intensa, consciente de sus fines, nada fácil de doblegar, que no había advertido hasta entonces... Era como si hubiese madurado desde la última vez que lo viera, y no parecía ya uno de los escolares que ocupaban un banco en su clase.

—¿Por qué viniste, Floyd? —le preguntó, recurriendo a toda su calma—. ¿Con qué motivo? Quiero que me lo digas con toda sinceridad.

Su rostro enrojeció como una grana y bajó la vista, evitando la mirada de Vernona.

—Porque... porque usted me gusta del modo en que le dije, Vernona —respondió con rubor—. La hablé ya de eso antes. No puedo evitar que usted me guste así.

Ella no respondió de inmediato; y, al cabo de un instante, él levantó la cabeza y volvió a mirarla de frente.

—Vernona... tuve que subir hasta aquí... Necesito mirarla. Necesito estar donde usted está. Usted recuerda lo que dije, ¿no? No puedo evitarlo. No puedo estar en la escuela mirándola sin que me asalten deseos de usted. Pero no quiero a nadie a su lado. Me gusta estar como estoy ahora. Es usted la que hace que me guste, Vernona. Tal vez sin darse cuenta, pero es lo mismo. Nunca me gustará otra. Usted será siempre la única que me guste. ¡Es tan encantadora! ¡Su cabello es tan lindo de mirar... que quisiera estar muy cerca de usted para poder tocarlo! Si usted me permitiera eso, yo haría todo lo que me mandase. ¡Palabra de honor! —Se le aproximó más aún—. Nunca me gustó nadie de este modo.

2

Vernona aseguró más estrechamente los cobertores y trató de cubrirse bien con ellos sus brazos y hombros. Desde el viernes había experimentado la inquietud, aunque se esforzó por desecharla, de que él intentaría un paso como aquél. Aunque ni por un momento se le había ocurrido que en realidad pudiera hallar la manera de colarse hasta su pieza. Pero allí estaba ahora, a pocos pasos, suplicándole que le permitiese hacerle el amor.

Aferrada a los cobertores, se preguntaba si siendo él tan joven tendría siquiera una idea de lo que era hacer el amor. Trató de imaginarse qué haría si ella no fuese la maestra ni él su alumno, y hubiera entrado a su pieza de esa manera, pues de otro modo jamás lo hubiese besado aquella vez. Se había dejado entusiasmar deliberadamente por Milledge Mangrum, como una defensa contra su inclinación por Floyd. Sin embargo, cada vez que se hallaba a solas con Floyd, se sentía más estrecha e íntimamente inclinada hacia él.

Estuvo a punto de pedirle que le pasara el pijama a fin de ponérselo bajo los cobertores, pero desistió al comprender que eso le daría ocasión para acercarse más, y ya había avanzado hasta la mitad del cuarto. Si quería conservar algún dominio sobre sí misma, era importante mantenerlo lo más alejado posible.

—¿Cómo entraste, Floyd? —le preguntó, esperando distraer su atención mientras se daba tiempo a pensar en lo que haría.

—Subí por la escalera de afuera, que da al fondo, al término del vestíbulo —explicó con infantil orgullo, ansioso por contarle algo y, por primera vez, esbozó una tímida sonrisa—. Es fácil llegar hasta aquí de ese modo, Vernona, y la puerta estaba sin llave. Me parece que *Mr. Neff* nunca le echa llave. Me será fácil volver por el mismo camino la próxima vez...

—No habrá próxima vez, Floyd...

—Pero es fácil, Vernona —dijo él, mordiéndose el labio con nerviosidad—. Nadie más que nosotros lo sabrá. Pude haber estado aquí antes, porque me hallaba en el jardín desde que oscureció, pero esperé a que *Martha Belle* se retirase y quise asegurarme de que *Mr. y Mrs. Neff* estuviesen durmiendo —explicaba, observándola esperanzado—. Nadie sabe que estoy aquí ahora, Vernona. Tampoco harán averiguaciones. Nadie sabrá nunca nada de esto.

—Eso no tiene nada que ver, Floyd —le advirtió gravemente, moviendo la cabeza en señal de desaprobación.

Comprobaba que la confianza en su habilidad para obligarlo a obedecer era ahora menor que al comienzo, y se preguntaba cómo podría impedir que le hiciera el amor en caso de que porfiase y se precipitase sobre ella. Recordó que él se jactaba de ser más fuerte que ella.

—Bien sabes que no debieras estar aquí —le dijo severamente—. ¿Qué dirían tus padres si lo supieran?

Tardó en contestar. Se mostró preocupado.

—No han de averiguarlo si usted no se lo dice...

—Pero mi deber sería decírselo. Bien lo sabes...

—Pero... no lo diré... ¿verdad Vernona?...

Ella no respondió.

—Papá me enviará lejos, a otra escuela, si se lo dice. Me tiene amenazado con que hará eso si alguna vez le doy malos ratos. Dió a entender eso, y lo hará. No quiero que me envíen lejos, Vernona. Quiero estar donde usted está. Por favor, no se lo diga a papá. No podría irme lejos... quizá no volvería a verla más.

Se acercó a los pies de la cama y allí permaneció contemplándola. Sus ojos, brillantes e intensos, buscaban la mirada de la joven. Ella no tenía la menor intención de decirle al padre ni a nadie que había estado allí. Sería desastroso si llegara a saberse. El chisme correría por todo el pueblo. No había maestra capaz de conservar el puesto en tales circunstancias.

—¿Qué piensa hacer, Vernona? —preguntó con ansiedad—. ¿No les va a decir nada, no?

—No les diré nada, Floyd, si te vas al instante y me prometes no volver nunca más por aquí. Sería terrible si alguien descubriera que vienes a mi cuarto por las noches. La gente dirá que te lo he permitido. Después de eso, no podría yo permanecer en Palmetto como maestra. Tendría que renunciar e irme a otra parte. ¿Tú no querrías que me fuese de Palmetto eh?

—Yo me iré con usted, Vernona —le dijo, ansioso—. Eso será muchísimo mejor. Luego no tendrá por qué asustarse de nada. Tengo unos pequeños ahorros de mi trabajo de los sábados en la botica. Además, venderé mi bicicleta. ¿No podríamos hacer eso, usted y yo, e irnos a otra parte? Podemos hacerlo ahora mismo, si quiere...

—No sabes lo que estás diciendo, Floyd. Nunca podría yo hacer semejante cosa. Es absurdo. Aun no existiendo otras razones, es muy grande la diferencia de edad entre nosotros, las jóvenes de mi edad no se casan con niños de dieciséis años...

Humillado por su actitud poco asequible, permaneció un instante en silencio. Parecía lastimado y a punto de llorar.

—Lo siento, Floyd —le dijo ella cariñosamente—, pero tienes que hacerte cargo de eso.

Se acercó con un movimiento sorpresivo y se sentó al borde de la cama.

—Vernona, quiero decirle algo.

—No quiero oírlo.

—Pero es algo sobre usted.

—No voy a escucharte, Floyd...

—Deje que me acerque más, y se lo diré.

—No, Floyd —rehusó con firmeza.

Se quedó mirándola indeciso, por un instante, y luego Vernona vió que se le arrimaba.

—Vernona...

—Si te acercas más... gritaré, Floyd. Te lo advierto.

—No haga eso —dijo, apartándose de ella con prontitud.

Permanecieron largo rato inmóviles y en silencio. Desde los cuatro costados del pueblo se oía ladrar a los perros. La brisa de la costa soplaba sobre la pradera y hacía crujir las ramas de los árboles contra la ventana. En la casa no se oía ruido alguno.

—Vernona —dijo él gravemente, conteniendo la vez—, me seguirá gustando usted. No puedo evitarlo. No puedo esperar a ser mayor de edad gustándome tantísimo. Tiene que dejar que sea ahora mismo.

La joven nada dijo, y afianzó más aún los cobertores con la presión de su barbilla.

—Tampoco quiero que ningún otro esté con usted. Soy el único que puede hacerlo. Mataré a quien sea que lo haga. Lo juro. Será mejor para *Mr.* Mangrum que no le guste a usted más que yo. Y mejor para usted si él no le gusta en lo más mínimo. Dígale que se aparte. Si trata de convencerla de que le guste, lo mataré. Lo mataré en un santiamén, a él y a cualquiera.

—No hables así, Floyd —dijo ella, volviendo a asustarse—. Matar a otro es algo terrible. Amenazar solamente ya es bastante malo. No digas tales cosas, Floyd.

—¡Bueno... es la verdad! Mataré a cualquiera que trate de gustarle, aunque usted no lo acepte. Tiene que prometerme que ninguno podrá con usted.

Cubriéndose el rostro con ambas manos, Vernona trató de idear un medio de hacer salir a Floyd de su alcoba sin llamar a los Neff. Tenía miedo a que cumpliera sus amenazas si no accedía a sus exigencias.

—¿Me va a prometer eso? —insistió.

—No me hagas tenerte miedo, Floyd.

—No tendrá que temer nada si hace lo que le pido.

Comprendió que nada de lo dicho hasta entonces había surtido el menor efecto en él y él tomó las manos apretándoselas con fuerza.

—Floyd... quiero que me prometas algo —dijo, inquieta—. Si te importo tanto como dices, lo prometerás. Es la única manera que tienes de probármelo.

—¿Qué quiere que le prometa? —preguntó él, receloso.

—Quiero que me prometas... que si yo te permito...

Diciendo esto le puso la mano en el hombro, y entonces, él, con una violencia que le quitó el aliento, la estrechó en sus brazos hasta que, entregada y sumisa, se recostó contra la dureza muscular de su cuerpo, mientras que él la apretujaba con infantil atrevimiento. Cerrando los ojos, la joven trató de pensar en lo que luego haría para alejarlo. No lamentaba lo hecho, pero sabía que mientras más y más tiempo dejara transcurrir de ese modo, más difícil le sería obligarlo a obedecer. Lo que se había propuesto era arrancarle la promesa de que se iría si lo dejaba abrazarla, pero no tuvo tiempo de comprometerlo, pues ya él lo estaba haciendo.

—Floyd... no me prometiste...

—Prometeré cualquier cosa si me deja quedarme aquí ahora.

Nada podía hacer contra el deseo avasallador que se estaba apoderando de ella. A pesar de todo, no supo cómo se halló a sí misma apretándose apasionada contra la tensa dureza de su cuerpo.

—Floyd... si te dejo besarme... del modo como quieres... sólo por una...

—¿Qué tendré que prometer? —balbuceó.

Apegó ella su rostro al del muchacho, enlazándolo con ambos brazos.

—Nada —musitó—. No me prometas nada... bésame del modo que deseas...

Al primer contacto de sus labios, le fue fácil olvidar cómo había llegado él hasta allí y cómo había tratado ella de que se fuese. Acaso lamentaría luego, o acaso no, lo que estaba haciendo; pero lo único cierto es que ahora no quería que se fuese, dejándola sola.

3

Sintió como si, en algún lugar del espacio, su cabeza girara en tumultuoso remolino, y su cuerpo flotase en el aire a la deriva. Alguien parecía martillar ruidosamente en un remoto rincón de su conciencia tratando de llamar su atención. El martilleo, cada vez más intenso y persistente, la obligó a entreabrir los ojos. Pero al instante volvió a cerrarlos ante lo extraño y fantasmal que le pareció todo.

El ruido se hizo más fuerte. Alguien golpeaba a la puerta con insistencia. Poco después vió que se abría y que Blanche hacía irrupción en la pieza. Floyd la vió a su vez, saltó al suelo al instante y quedó arrinconado de espaldas a la pared. Blanche avanzó hacia la cama, mientras se anudaba el cordón de la bata de baño.

—No sé qué pensar —decía—. Es lo más ultrajante que he visto en mi vida. ¡Y pensar que algo tan ultrajante ha podido ocurrir en mi casa! Nunca había sucedido en tantos años como llevo dando pensión a las maestras. ¿Qué irá a decir la gente si llega a enterarse? ¡Será mi desgracia! Estoy viendo a Nell Yeager haciéndose el plato con esto. Todos los años me anuncia que algún día me arrepentiré de hospedar maestras. ¡El Consejo no va a permitir que se alojen aquí!...

Clavó sus ojos furibundos en Floyd, y luego en Vernona.

—¿Quién tiene la culpa de esto? —preguntó—. ¡A ver... digan algo!...

Volvió a mirar a Floyd que, todo tembloroso, seguía arrinconado.

—Por favor, no se lo diga a mi papá, *Mrs. Neff* —le suplicó, mientras gruesos lagrimones rodaban por sus mejillas—. No quiero que lo sepa mi papá. Me enviaría lejos... a otra escuela, si alguien se lo dijera. ¡Por favor, no se lo diga, *Mrs. Neff*!...

—¡A la policía debía llamar! Eso es lo que debiera hacer. Tú tienes la culpa de esto, Floyd Neighbors. No creo que la culpa sea de Vernona. No podría creer semejante cosa de ella. Me dan muchas ganas de avisar a la policía.

—Por favor, no se lo diga a nadie, *Mrs. Neff*, porque si lo hace llegará a oídos de papá. No pude evitarlo. No me eche la culpa. Ella me gustaba.

—¿Habrás visto? ¡Un colegial aprovechándose de una inocente maestra! —dijo Blanche, sentándose con todo su peso al borde de la cama—. ¡La compadezco, pobre nena! Sé que usted creyó estar segura en mi casa. ¡Y luego tenía que suceder esto! Una oye de cosas terribles que pasan en el mundo, pero ni se sueña que puedan suceder en su mismísima casa.

Se quedó mirando un instante a Vernona.

—Quiero que sepa por qué subí hasta acá, nena. No andaba husmeando, si es eso lo que sospecha. No tengo esa costumbre. Nunca me hubiera enterado de esta desgraciada historia a no ser por Patsy Mangrum, que me despertó con sus estruendosos golpes en la puerta de calle. Patsy está abajo ahora. Temo que se halle al tanto de que usted sale con Milledge hasta las tres de la madrugada. Dios sabe que siempre he sido contraria a que una mujer, soltera o no, tenga asuntos con un hombre casado; pero ruego de todo corazón que llegue un día en que Milledge Mangrum se

haga el propósito de plantar a Patsy para volverse a casar. No ignoro que es un pensamiento mezquino, pero me gustaría que lo perdiera. Ha andado diciendo cosas terribles de mí por todo el pueblo, y quisiera que quedáramos a mano.

Volviendo la cabeza, echó una rápida mirada a Floyd. Creyendo que Blanche ya no lo observaba, estaba tratando de ganar la puerta.

—Nena... temo además que Patsy se halle al tanto de esa caja de bombones que él le envió esta noche, y tal vez sea el motivo que la ha decidido a intervenir antes de que sea demasiado tarde. Usted habría sido una esposa ideal para Milledge Mangrum, y espero —por su bien— que él se lo proponga. Un hombre como Milledge Mangrum necesita una esposa joven, educada y atrayente para ayudarlo en la política. Dicen que va a ser el próximo gobernador del Estado, y piense en lo orgullosa que me pondré cuando la visite en la mansión del gobernador. Patsy no me hará jamás semejante invitación. Después de todo lo que ha dicho de mí es lo último que haría. No quisiera que la gente murmurase que —a causa de la ponzoña que existe entre ella y yo— la estoy envalentonando a usted para que salga por ahí con su esposo; pero, justamente por lo mismo, no podría deplorarlo.

Floyd había empezado a escurrirse de nuevo hacia la puerta. No apartaba los ojos de Blanche, tratando de mantenerse fuera de su visual a fin de que ella no pudiese ver lo que hacía. Se detuvo cuando había ganado a medias el trecho hacia la puerta. Alguien se acercaba desde el vestíbulo. Luego Patsy Mangrum entró a la habitación. Miró primero a Vernona y luego a Floyd. Patsy era una mujercita pequeña, dinámica, en el filo de los cuarenta. Su cabello empezaba a encanecer y su cara era mofletuda y redonda. Desde hacía pocos años su figura regordeta se había puesto excesivamente carnosa.

—¿Qué hace aquí, Floyd Neighbors? —preguntó, mirándolo sorprendida.

No obtuvo respuesta, y, llegando hasta los pies de la cama, dejó caer su mirada sobre Vernona.

—¿Dónde está Milledge? —preguntó con voz crispada.

Vernona meneó la cabeza en señal negativa.

—¿Ha estado aquí esta noche?...

Fue Blanche la que respondió a su pregunta:

—No, Patsy. No ha estado aquí esta noche.

Mientras Blanche hablaba, Patsy examinaba a Vernona con curiosidad.

—No sé si aquí se puede dar crédito a alguien —dijo cáustica—. Milledge no vino a casa esta noche, y eso me hace entrar en sospechas, porque pude averiguar que había enviado una caja de bombones a esta calle. Sé que salió con usted hasta pasada la medianoche del domingo. Él lo admitió casi del todo al día siguiente. No es nada nuevo en él. Lo ha hecho tantas veces que me faltan dedos para contarlas.

Se inclinó sobre los pies del lecho y, riéndose de Vernona, dijo:

—Ahora que la miro con calma, no me parece muy diferente a las otras. Todas son más o menos pareadas. Cuando oí hablar de usted por primera vez, pensé que

sería una maestrita inocentona de esas que recién abandonan su casa para hacerse cargo de un curso, y la compadecí. Pero ahora cambio de opinión. A ninguna de ustedes les arriendo la ganancia si creen que van a poder quitarme el marido.

Alargando el cuello por el hueco de la puerta, con ojos saltones y curiosos, Ash inspeccionó cuidadosamente la habitación antes de adelantarse. Luego, medio encandilado por la luz, entró con toda cautela.

—Oí todo ese barullo que hacían —dijo perplejo—, y no podría barruntar qué despropósito ocurre a estas horas de la noche. ¿Qué haces aquí, Floyd?

—No importa eso ahora, Ashley —le dijo Blanche, previniéndolo con un significativo movimiento de cabeza.

Patsy se irguió con un fuerte resuello:

—Permítame que le diga algo, *Miss Stevens*. Usted no va a poner sus zarpas en Milledge. Otras lo intentaron antes y no pudieron. Aquellas que fueron demasiado lejos lo lamentarán mientras vivan. Sé que Milledge acostumbra tales calaveradas; pero cuando sospecho que está tramando divorciarse de mí para casarse con otra, sé exactamente lo que tengo que hacer. Además, de todos modos, no creo que esto le hubiera durado mucho, *Miss Stevens*. Milledge no es tonto. No se arriesgaría a casarse con una que ha sido sorprendida con un colegial en su habitación a estas horas de la noche. Tiene en mucha estima su carrera para tomarse ese riesgo.

Dirigiendo a Blanche una mirada arrolladora, Patsy dió media vuelta y salió de la habitación. Ninguno despegó los labios hasta oírse el ruido de la puerta de calle al cerrarse.

—*Mrs. Neff* —inquirió Floyd, asustado—, ¿irá *Mrs. Mangrum* a decirle a alguien que yo estaba aquí? ¡Si llega a oídos de mi papá!...

—¿Cómo voy a saber yo lo que hará Patsy Mangrum? —replicó, con enfado—. Sigo con muchas ganas de telefonar a la policía para que venga en tu busca. Si no hubieras estado aquí, Patsy Mangrum no tendría ahora la buena excusa que encontró. Milledge Mangrum temerá acercarse a Vernona donde quiera que se halle, y mucho menos querrá casarse con ella e instalarla en la mansión del gobernador.

—¡No quiero que se case con ella! —porfió Floyd, meneando la cabeza—. Haré algo... ¡No se lo permitiré!

—¡Oh, cállate tú! —dijo Blanche, con enojo—. Eres demasiado joven para saber lo que dices...

—¿Ocurre alguna cosa? —preguntó Ash con curiosidad, incapaz de contener su lengua por más tiempo—. ¿Qué estás haciendo aquí, hijo? ¿Has venido a repasar tus lecciones con la maestra?...

—¡Lo pillé en la cama con ella! ¡Eso es lo que ocurre! —dijo Blanche, disparando las palabras contra Ash, como si él tuviera la culpa de lo ocurrido—. ¡Un colegial acostado con su maestra! ¡En mi vida me he sentido tan mortificada!

Ash abrió tamaños ojos.

—¿Puedo irme ahora a casa, *Mrs. Neff*? —suplicó Floyd—. Por favor... déjeme

ir, *Mrs. Neff*.

—No sé qué hacer contigo, Floyd Neighbors. No debieras andar suelto después de lo ocurrido esta noche. En adelante, ninguna maestra se sentirá segura en mi casa...

—Por favor, *Mrs. Neff*... déjelo ir —le pidió Vernona.

—¿No estará tratando de proteger al muchacho, eh? —inquirióle Blanche, con suspicacia.

—No. No es eso. Pero no quiero que lo arresten. Todo el mundo se enteraría, y yo no podría seguir en la enseñanza. Sería terrible que yo tuviera que renunciar en apenas un par de semanas...

—Bueno... a decir verdad, no sé quién es culpable de que este niño se encuentre aquí. Tal vez usted tiene tanta culpa, o más, que él. Pero de una cosa estoy segura, y es de que el Consejo Escolar no transigirá con esto ni un minuto si es que llega a su conocimiento. Por supuesto que ni en sueños diría yo una palabra de esto. Sería demasiado humillante. Ya no me consentirían que yo siguiera hospedando maestras. La gente diría que yo envalentono a las maestras para que se conduzcan de tan desgraciada manera.

Mientras hablaba, Floyd se había ido escurriendo hasta muy cerca de la puerta, y apenas Blanche calló, se precipitó hacia afuera y bajó corriendo a todo lo que daban sus piernas hasta salir de la casa.

—Con lo ocurrido le basta para quedar curado de espanto —observó Ash, riendo para su capote—. Pasará un montón de tiempo antes de que una hembra encabritada pueda convencer a este muchacho para que le haga una visita en su casa, así sea sólo para obsequiarlo con un bombón.

Blanche, con un ademán, ordenó a Ash que abandonara la habitación, revoleando sus manos con impaciencia.

—Vuélvete a la cama ahora, Ashley —ordenó—. Voy a quedarme aquí un rato cuidando de la pobre nena. Ha tenido una experiencia terrible ésta noche. Y por cierto que la presencia de Patsy Mangrum no ha ayudado mucho a mejorar las cosas. Patsy es capaz de mostrarse más ruin que una vieja culebra cuando se lo propone.

Ash, aunque a regañadientes, no tuvo más que obedecer, y se dispuso a salir al vestíbulo.

—Puedo decirte una cosa —observó, riendo para su capote—, y es que después de esto voy a cerrar con llave por las noches todas las puertas exteriores. Nunca fue necesario echar llave a las puertas mientras dimos pensión a las maestras; pero Dios sabe que los tiempos han cambiado. Aparte de ese papanatas de Jack Cash, en todos estos años hubiera sido necesario arrastrar a un hombre con una mula para traerlo hasta acá a siquiera mirar con un ojo bizco y encandilado a cualquiera de las maestras. ¡Pero ahora! ¡Ay mi vida! Ahora uno se encuentra a un colegial fanfarroneando en la cama con Nona, y nuestro Jack Cash se nos pone tan montaraz como sus mismas violetas apenas ella llega y lo saca echando humo. Tipos como Jack

Cash serían dignos de lástima hasta el fin de sus días si Nona no hubiese venido como lo hizo. En cambio, dicen que ahora Jack Cash anda correteando a toda hora del día y de la noche, persiguiendo a las niñas y a las mujeres, sobre todo a aquellas entre quince y veinticinco, entumeciéndoles las orejas con sus argumentos sobre cómo debieran ablandarse y tratarlo bien ahora que las galanteaba por todo lo que no lo hizo en el pasado. Está procediendo como esos perros que —cuando cachorros— tenían por costumbre contentarse con chupar la teta trasera porque eran demasiado torpes para acomodarse bien y hacerlo como es debido. Yo tendría que haber previsto eso porque el perro que se cría en cama de paja suele ser luego el más escarbador del pueblo. —Ash abandonó la habitación y el eco de sus palabras se fue apagando gradualmente—. Si me pidieran que hablase de este asunto en un mitin iría derecho a decir que sería una vergonzosa cochinada que el Consejo Escolar volviera a contratarlas feas, escabechadas, esqueléticas...

CAPÍTULO IX

JUEVES... por la tarde

1

Cuando a la tarde siguiente Vernona abandonó la escuela después del último toque de campana, y salió a la calle, divisó en la esquina a Winnie Mae, instalada en su cupé azul en la actitud de estar esperando a que ella pasara por su lado en el trayecto a casa.

Era ya demasiado tarde para volverse atrás, y evitar a Winnie Mae tomando por otra calle, y no le quedaba otra cosa que apurar el paso confiando en que no la detendría.

Vernona saludó muy amable, sonriéndole levemente, e hizo votos fervorosos por que le fuera posible seguir su camino sin tener que pararse a conversar con la esposa de su jefe; pero Winnie Mae, con presteza, y un algo imperativa, la obligó a detenerse. Milo se hallaba en la cancha de fútbol, donde el equipo se estaba entrenando para el partido del viernes —el primero por la competencia de la temporada— mientras Ruth Hollingsworth y *Mrs.* Beatenbaugh, terminada su labor del día, se habían retirado ya.

—¿Cómo puede pasar a mi lado sin detenerse a cambiar siquiera unas palabras conmigo, *Miss Stevens*? —dijo Winnie Mae, dándose por ofendida—. Yo diría que eso es muy descortés, *Miss Stevens*.

Llevaba un coqueto sombrero de otoño color carmesí; el atezado cabello denunciaba sus recientes tratos con el champú y el ondulador, y todo en ella hacía pensar en que se había arreglado deliberadamente para alguna solemne ocasión. De ordinario, Winnie Mae no prestaba mucha atención a su aderezo personal y usaba la misma ajada bata de casa de la mañana a la noche durante dos o tres días seguidos, y, habitualmente, descuidaba su cabello por largas temporadas.

La esposa del director era unos cuantos años mayor que Vernona, la aventajaba en varias pulgadas y, en proporción, era más corpulenta que ella. Además, tenía gruesas las piernas, ampulosas e invasoras las caderas y un busto prematuramente abultado que se combaba sobre su talle haciendo el efecto de estar mal colocado. Por desgracia, tenía además la tendencia a hablar a gritos con un ronco vozarrón e impresionaba a la mayoría de las gentes como sumamente egoísta y con una

fastidiosa propensión a dominar a los demás.

—Es un encuentro muy agradable, Vernona —le dijo en un tono áspero cuando Vernona, volviendo sobre sus pasos, se aproximó al automóvil—. No tenía idea de que usted tomaría este camino para ir a su casa. ¿Vamos a tomar algún refresco? El día se presta para tomar algo refrescante, ¿no es así?...

El modo como lo sugirió sonaba más a orden que a invitación. Se estiró sobre el asiento y abrió la portezuela de la cupé.

—No tengo nada que hacer hasta que Milo se desocupe y detesto estar aquí esperándolo una hora entera. Es sumamente engorroso para él esto de quedarse todas las tardes después de clases sólo porque algunos de los muchachos quieren jugar al fútbol. El Consejo Escolar debiera ponerle un ayudante a Milo, y de ese modo podría retirarse a casa a su hora, como el resto de los profesores.

—Gracias, Winnie Mae —dijo Vernona, meneando la cabeza negativamente, y tratando de cerrar la portezuela del coche—, pero, en realidad, debo irme a casa en el acto. Tengo muchas cosas que hacer. Será para otra vez, Winnie Mae.

—¡Venga para acá! —la llamó, con enojo, y volvió a abrir la portezuela—. ¿Qué tiene que hacer ahora en casa?...

Vernona volvió a acercarse al coche.

—Por favor... suba, Vernona —le dijo entonces, congraciándose con una sonrisa—. ¡Será tan agradable que tomemos un refresco juntas, y me he visto tan pocas veces con usted desde que empezó el curso! Tendríamos que conocernos mejor, ¿no le parece?...

—Sí; me gustaría Winnie Mae; pero...

—De todos modos... ¿cómo es posible que tenga algo que hacer cuando han terminado las clases?... No hay quehaceres en Palmetto para una maestra. —Y rió con un malévolo arqueamiento de cejas—. Por lo menos, yo nunca hallé nada apasionante en qué emplear las tardes, ni tampoco los anocheceres, hasta que me casé con Milo. Aunque, como usted nunca ha sido casada, es difícil que lo comprenda, ¿verdad, Vernona?

Vernona seguía tratando de adivinar qué se traía Winnie Clawson entre manos para estar esperándola en la esquina e insistir luego con tanta porfía en que subiera al coche, pues la mujer del director la había tratado siempre con ostensible frialdad las pocas veces que tuvieron ocasión de verse.

No podía menos de sospechar que la amistad desusada que le demostraba Winnie Mae en la ocasión, tenía algo que ver, de algún pérfido modo, con lo ocurrido la noche de la víspera. Floyd Neighbors no concurrió a la escuela ese día —lo que, dadas las circunstancias había constituido un alivio para ella—, y hasta el momento, que ella lo supiera al menos, sólo los Neff y Patsy Mangrum sabían en el pueblo que Floyd había estado en su cuarto. En realidad, supiéralo o no Winnie Mae, Vernona estaba segura de que algo bien definido se traía en las mientes, y que no era por un sentimiento amistoso que la esperaba en la esquina y le sugería que fuesen juntas.

—¡Oh... venga y suba, Vernona! —insistió Winnie Mae impaciente, empujando esta vez la portezuela hasta atrás—. Todavía es temprano. Será sumamente entretenido si vamos juntas. ¡Tenemos tanto que hablar! Hasta ahora nunca hemos tenido realmente una oportunidad para conversar, ¿no es así?

Sin ganas, pero resignada, Vernona subió a la cupé y Winnie Mae puso al instante el motor en marcha. Después de rodar un trecho, advirtió que Winnie Mae sonreía con aire de satisfacción.

—En verdad, debiéramos haber intimado mucho antes, ¿no cree Vernona? —dijo, contenta del cumplido—. Después de todo, yo misma soy maestra, y probablemente volveré en breve a la enseñanza. Cuando una se halla preparada para algo, y encuentra un deleite en el trabajo, se hace difícil abandonarlo. Así me pasa con la enseñanza. El bebé tiene ya un año y puedo dejarlo con la nodriza durante el día. Siempre me gustó enseñar, desde los comienzos; pero supongo que todo se debe a que estoy naturalmente dotada para ello. Hay personas así, ¿no Vernona?...

—¿Dónde piensa dar clases? —inquirióle Vernona luego de preguntarse con qué objeto le estaría Winnie Mae haciendo esas íntimas confidencias.

—Oh... no lo sé. Realmente no he pensado mucho en ello todavía. Por supuesto que quiero estar cerca de Milo.

—¿Volvería a enseñar en Palmetto?...

—Por supuesto... si se presenta alguna vacante. Supongo que habrá una dentro de poco. Las maestras están siempre yendo y viniendo, ¿no es así, Vernona? Usted sabe cómo es. Es como si en cada escuela estuviese ocurriendo siempre algo, ya que si una renuncia o no la reeligen, será por algún motivo, y otra maestra toma entonces su lugar...

—Comprendo por qué le gustaría enseñar en Palmetto. Mientras su marido sea director...

—Naturalmente. No quisiera irme lejos dejando aquí a Milo a merced de ciertas maestras ambiciosas y sin escrúpulos prontas a intimar con un hombre apuesto al que suponen no muy sólidamente atado. Si interpreta bien lo que le digo, no dejará de suponer que precisamente por eso pude yo casarme con Milo. Lo quise solo para mí y me esforcé en conseguirlo antes de que ninguna pudiera hacerlo...

Cuando se volvió hacia Vernona, su sonrisa dió paso a una risilla ahogada.

—Usted sabe cómo es, Vernona —prosiguió, como si ambas estuvieran acostumbradas a las mutuas confidencias—. Hay siempre, en todo momento, alguna mujer que no sabe de escrúpulos. O andan buscando a uno que las mantenga o bien no son nada más que simples embaucadoras de hombres. Sé lo que me ocurría a mí misma antes de que —finalmente— me casara con Milo. De hecho convivíamos en secreto: en realidad, dormíamos juntos todos los fines de semana; pero, por cierto, no había en ello nada propiamente inmoral, porque tenía yo el propósito de casarme en cuanto él me lo pidiera. Probablemente por eso, porque son tan fáciles de conseguir, los hombres se vuelvan luego tan difíciles de conservar. Usted misma, Vernona, no

ignoraré lo fácil que le resultaría acostarse con algún hombre del pueblo, ¿verdad? Siempre es tentador tener un asunto con una chica atrayente, que luzca una dentadura completa y que les dé la impresión de que ciertos placeres son accesibles cuando se cumplen bien los requisitos. Eso, por cierto, reza también con Milo. Lo dejé que hiciera él mismo su trabajo, y llegó por mí a un punto tal de locura que —por último— cuando le dije que podríamos dormir juntos, había perdido en verdad toda coherencia. ¿No cree usted que así son los hombres, encanto?

—Realmente, no lo sé, Winnie Mae —respondió Vernona vagamente, preguntándose si Winnie Mae esperaría que, por mostrarse ella tan franca acerca de su propia vida, iba a confiarle sus asuntos personales.

Riendo, Winnie Mae le contestó:

—Por nada del mundo me convencerá usted, ricura, de que todas las citas que ha tenido desde su llegada al pueblo, cayeron por casualidad a sus plantas desde el azul del cielo. Una joven necesita ser realmente muy aguda para atraer a hombres de todo tipo, y, además, de edades extremas, desde poco menos que viejos a simples chiquillos, e interesarlos de tal modo como para hacerlos volver siempre, una y otra vez. Por cierto que no quiero significar que comete la vulgaridad de acostarse con un hombre cada vez que él se lo pida; pero debe saber usted muy bien hasta dónde puede llegar para mantenerlos interesados. Usted ha tenido citas con varios, sin contar a Jack Cash. Lo sé todo al respecto. Me hice el propósito de averiguarlo...

—¿Quiere decir... que conoce usted a todos los que me han visitado?

—Por supuesto —repuso Winnie Mae alzando las cejas, y con la misma risilla insinuante—. ¿Nada tiene usted que ocultar, verdad ricura?

—No —dijo, con calma—. Por supuesto que no.

Winnie Mae hizo un movimiento y tomó las manos de Vernona entre las suyas.

—¿Por qué no podemos ser buenas amigas? —díjole con una rápida mirada—. ¿No le gustaría que fuésemos una para otra? Hay tantísimas cosas de que podríamos hablar. Iré a verla a casa de Mrs. Neff. Sería mejor para mí ir allí, ricura. Si usted fuera a mi casa, siempre existiría el peligro de que Milo llegara inesperadamente.

Luego de recorrer la avenida principal, Winnie Mae detuvo el coche en un recodo, frente a la *Neighbors Drug Store*. Tan pronto como vió el rótulo en la fachada y comprobó en dónde se hallaban, Vernona lamentó no haber podido zafarse de Winnie Mae. No acertaba a imaginar lo que haría si encontrara a Floyd y tuviese que hablar con él.

Vió a varios de sus alumnos en la vereda, ansiosos todos de dirigirle la palabra apenas descendió de la cupé y entró en compañía de Winnie Mae. Había otros niños de la escuela en la fuente de soda, y lanzó un suspiro de alivio al no ver a Floyd entre ellos.

No obstante, minutos después, daba de manos a boca con Jack Cash. Se hallaba en el mostrador, bromeando en alta voz con uno de los empleados, y, al volverse, deslizó un paquetito en uno de sus bolsillos. Llevaba además un paquete grande que contenía perfumes. Palideció al reconocer a Vernona.

—Hola, *Mr. Cash* —dijo ella, sonriendo—. ¿No quiere tomar una soda con nosotras?...

Se llevó rápidamente las manos a la espalda ocultando el paquete, y articuló algo ininteligible.

—Pues... hasta luego entonces, *Mr. Cash* —le dijo, cuando pasó a su lado.

—Hasta luego...

Recordando lo que Ash había dicho acerca de su repentino delirio por dar citas a todas las jóvenes entre quince y veinticinco, se preguntó qué perfume habría comprado en la botica. Ruth Hollingsworth le contó que había tratado de combinar una cita con ella; pero que procedió de un modo tan extraño que tuvo miedo de concedérsela. Luego de seguir a Winnie Mae a uno de los reservados del fondo, miró hacia afuera para ver lo que hacía Jack Cash. En ese instante salía precipitadamente de la botica sin volver la cabeza ni siquiera una sola vez para mirarla.

Mientras esperaban sus refrescos, Winnie Mae se inclinó sobre la mesa en una actitud confidencial, como impaciente por proseguir la conversación que había iniciado en la cupé. Vernona seguía tratando de adivinar qué se propondría Winnie Mae, pero ya por entonces estaba segura de que la animaba un propósito cuidadosamente planeado.

—Sé que le gustará saber, ricura, que Milo llegó la otra tarde muy excitado a casa por algo ocurrido en la escuela —empezó, denotando en su áspera voz que iba a develar un secreto—. Hacía mucho tiempo que no lo veía tan excitado.

—¿Es algo que deba contarme a mí, Winnie Mae? —preguntó cautelosa—. Porque si es algo personal...

—¡Vamos, querida! Se relaciona precisamente con usted —le dijo Winnie Mae, inclinándose más aún hacia ella—. Milo se condujo primero en forma muy extraña; pero después logré sonsacarle que se relacionaba con un *sweater* que usted llevaba en

la escuela aquel día. Los hombres son tan niños a veces, ¿no? Bueno... averigüé que la había notificado de no volverlo a usar en la escuela a causa de su color demasiado brillante. Según él, temía que distrajese con exceso la atención de los alumnos y opinaba que usted debía usar algo de un color más sobrio. Milo es muy serio en su trabajo y posee numerosas teorías educacionales. Supongo que son muy pocos los que se interesan tan vivamente por su profesión y que se desvelan por triunfar en ella como Milo. Con todo, le dije que no entendía por qué se podría objetar a una maestra que usara un *sweater* amarillo, por brillante que fuese el tono. Los niños no son tan sensibles al color de los vestidos de sus maestras. ¿No opina lo mismo, ricura?

—¿Eso fue lo que le dijo... acerca del color?...

—Sí. ¿Por qué?

—Me parece que no entiendo bien lo que quiso significar...

—Pero usted, ¿llevaba un *sweater*... un *sweater* amarillo?

—Sí.

Inclinándose más aún, Winnie Mae dijo con un alzamiento de cejas:

—¿Cree usted que tendría alguna otra razón, ricura?

—¿Qué quiere decir? —preguntó, sin acertar qué era, en realidad, lo que Mae estaba pensando.

—Usted comprende exactamente lo que quiero decir, ricura —replicó, echándose hacia atrás con una mirada de satisfacción—. Sabe tan bien como yo que usted es de ese tipo que se aparece muy prominente con cierta clase de *sweaters*. Me refiero al modelado, por supuesto, y no necesariamente a los matices. El color no tiene nada que ver con eso.

Y sonrió a Vernona con aire conecedor.

—Milo no me engañó ni por un minuto, querida. Sé por qué quedó tan excitado, y por cierto que la causa no tiene que ver en lo más mínimo con el color. Ocurre de vez en cuando. A veces es la primavera que trae eso consigo; a veces es otra cosa. Sin ir más lejos, yo culparía al «veranito indio» que hemos tenido. Estos días balsámicos de comienzos de otoño causan siempre algún efecto en Milo. No puede evitarlo, y si yo no pusiera algo de mi parte, estaría perdido. No soy de las que se quedan tranquilamente sentadas y dejan que cualquiera venga y les quite el lugar, así sea por una sola vez. Sé cuándo debo emperifollarme para atraerlo, y tengo el propósito de mantener esa norma, sin perjuicio de emplear otros recursos. Tengo buenas uñas, ricura, cuando me propongo...

Volvió a sonreír, alzando las cejas con su característico gesto.

—Voy a hacerme un nuevo *sweater*. Milo admitió que yo me vería muy atrayente con uno similar al que usted llevaba. ¿Por qué los hombres son tan niños? Hay ocasiones en que se les va la cabeza. No lo encargaré amarillo, sin embargo, porque hay otros colores que me sientan mucho mejor. Siempre evité el uso de *sweaters* muy ceñidos a causa de mi figura. Desde que terminé el desarrollo me quedó esta odiosa figura, completamente suelta. ¿No es terrible?

Winnie Mae puso las manos bajo sus pechos colgantes y los levantó hasta lo que ella consideraba una posición aceptable. Hecho esto retiró las manos con un gesto de desaliento y su busto reasumió su comba, haciendo el efecto de estar mal colocado.

—¿Comprende lo que quiero, encanto? —dijo meneando la cabeza con aire melancólico—. Son absolutamente ingobernables, y nunca he podido encontrar un sostén eficaz. Mi madre debiera haberme zurrado para obligarme a usar justillo hasta que fuese mucho mayor. Me advirtió que lo lamentaría toda la vida si dejaba de usarlo demasiado pronto; pero empezaban ya a darme citas para ir a los bailes, y me parecía que era demasiado humillante usar justillo. Pero compraré un *sweater* para complacer a Milo. Ya sabe usted que hay que seguirle la corriente a un hombre en tales cosas. ¿Se ponen tan infantiles cuando llegan a excitarse por algo! ¿No halla usted que los hombres son así, encanto?

No tardaron en llevarles al reservado sus cremas de chocolate, y acto seguido entró Ed Neighbors y tomó asiento entre ellas. El padre de Floyd era un hombre ligeramente obeso, de mediana edad, y un fino cabello castaño. Después de hacer un curso rápido de farmacia, había abierto la única botica del pueblo, y llevaba casi veinte años establecido en Palmetto. Su hijo mayor, que se había graduado en la escuela de Palmetto, se hallaba ahora estudiando farmacia, y quería que Floyd recibiera también una educación universitaria.

—Me alegro de que haya venido, *Miss Stevens* —dijo en cuanto tomó asiento—. Me gustaría conversar con usted. A propósito de Floyd, por supuesto. Estoy preocupado con el muchacho.

Ella asintió moviendo la cabeza, con inquietud, pues se preguntaba si sabría lo ocurrido.

—Bueno... ya sabe usted que abandonó el fútbol la semana pasada, y no hay manera de hacerlo reconsiderar su actitud, como sería su deber. *Mr. Clawson* me habló al respecto, y me pidió que, a mi vez, hablase con él; pero no pude hacerlo entrar en razón. Se comporta como si le ocurriese algo insólito, aunque no he conseguido sacarle palabra. Además, hoy no fue a la escuela, como usted sabe. Le dije que si volvía a faltar, le enviaría lejos de aquí, a otra escuela. Porque le tengo advertido que eso haré si me da malos ratos. Su madre está muy afectada por todo, pero ni ella ha sido capaz de sonsacarle lo que le ocurre. No creo que sea algún lío de dinero, porque todavía conserva sus ahorros en la cuenta del banco, ni creo que sea una muchacha porque —que yo sepa— nunca ha mostrado interés por las muchachas. Estoy esperanzado en que usted tenga alguna idea y quizá pueda darme algún consejo. Lo ha tenido en su clase desde que empezó la temporada y tal vez conozca la causa de todo esto. ¿Cuál será, a su juicio, *Miss Stevens*?

Vió que, desde el otro lado de la mesa, Winnie Mae la observaba con divertida expresión en espera de lo que iba a responderle al padre de Floyd. Comprendió que debía apresurarse a contestar antes de que Ed Neighbors la interrogara más a fondo, y, sin embargo, lo único que se le presentaba a la mente era la vívida imagen de Floyd

haciéndole el amor.

—Puedo darle otra oportunidad o enviarlo lejos, a otra escuela —agregó Ed Neighbors tamborileando con los dedos sobre la mesa—. ¿Qué le parece más aconsejable, *Miss Stevens*? Por cierto que estoy dispuesto a tomar muy en serio su consejo.

Evitando la penetrante mirada de Winnie Mae, respondió:

—Debiera enviarlo lejos, *Mr. Neighbors*. Lo más pronto posible. Pienso que será lo mejor para él.

Se la quedó mirando un instante. Parecía sorprendido de oírle una opinión tan categórica. Luego repuso, moviendo la cabeza con lentitud:

—Usted ha planteado el asunto como lo hubiera hecho yo mismo, *Miss Stevens*. También estoy convencido de que será lo mejor para él. Se lo diré esta noche durante la cena, y tendrá que hacerse a esa idea porque no puede seguir aquí faltando a la escuela como hoy lo hizo.

Se puso en pie y meneó la cabeza con aire grave:

—Me alegro de haber tenido ocasión de hablar con usted, *Miss Stevens*, y deploro que Floyd no pueda seguir en su clase. Según tengo entendido, llegó usted aquí con honrosas menciones del Instituto. Es un honor para nosotros tenerla en Palmetto.

Se despidió de ellas dirigiéndose al mostrador de recetas. Winnie Mae siguió observando a Vernona con la misma desagradable expresión hasta que terminaron sus helados.

—Demasiado rigor para el pobre Floyd Neighbors —observó Winnie Mae con un aire casual—. ¡Además... parece un muchacho tan simpático!...

Vernona permaneció en silencio.

—Supongo que si usted no se hubiese hecho cargo del curso —dijo Winnie Mae con un dejo insultante— esto jamás hubiese ocurrido.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Vernona, pronta. Fue tan inesperada aquella actitud abiertamente hostil de Winnie Mae, que la sorprendió—. ¿Qué quiere usted decir? —repitió apremiándola—. No comprendo...

—Estoy segura de que comprende lo que quiere decir —le recalcó sonriendo con afectación—. Ahora sería mejor que nos fuéramos. Será mejor que hablemos de esto en el coche...

3

Abandonaron la botica, atravesaron la calzada y subieron a la cupé. Winnie Mae remontó la calle lentamente rumbo a la casa de los Neff, mientras Vernona, incómoda y aprensiva, esperaba que fuese ella la primera en hablar. En cuanto divisaron la esquina con su blanca casa de dos pisos, Winnie Mae disminuyó la velocidad.

—Supongo que estará preguntándose cómo fue que nada dije en la botica mientras *Mr. Neighbors* hablaba acerca de Floyd, ¿no es así?

—Sí. Me gustaría saberlo...

—Quise esperar... a fin de saber lo que tendríamos que hacer...

—¿Hacer qué...?

—¿Vamos a ser verdaderas amigas, o no, encanto?

—Por supuesto que podemos ser amigas, Winnie Mae...

—Siempre me ha gustado usted, tesoro; y quería llegar a conocerla mejor. No me gustaría, eso sí, que siguiera dando citas a troche y moche, como ha venido haciéndolo hasta ahora. Me parecería muy mal si así fuera. Si usted se deja de andar con hombres, podremos visitarnos a menudo.

Vernona demoró largo rato en contestar:

—Creo que será mejor que siga con mis citas, Winnie Mae. No creo que me guste interrumpirlas.

El rostro de Winnie Mae enrojeció de ira.

—¿Con que esas tenemos, eh? Ya me imaginaba que saldría con eso. Lo he estado sospechando todo el tiempo. Lamento no haberla conocido antes. Es mejor que renuncie en el acto. Si usted renuncia voluntariamente antes de que intervenga el Consejo, es probable que todavía pueda obtener nombramiento en alguna escuela tan necesitada de maestras como para que no le hagan demasiadas preguntas. Pero no va a durar mucho en su nuevo cargo, si es que alguna vez lo consigue...

—¿Por qué dice eso, Winnie Mae? —preguntó la joven acaloradamente—. ¿Por qué tendría yo que renunciar... por qué el Consejo habría de pedirme la renuncia?

—Por su amistad con Floyd Neighbors, para decirlo en pocas palabras. Una amistad que va mucho más allá del deber, si quiere usted plantear las cosas en ese terreno. Aunque «amistad» no es precisamente la palabra exacta, ¿no es así, ricura?...

—Floyd me acompañó a casa el viernes por la tarde —trató de explicar, en la esperanza de que a esa ocasión se refiriese Winnie Mae—. No quería yo que lo hiciera, pero insistió tanto que finalmente se lo consentí —se interrumpió para tomar aliento, y agregó—: Pensé que era preferible eso a crear un sentimiento de animosidad entre discípulo y maestra.

Deteniendo el coche, Winnie Mae abrió su cartera y se contempló en el espejito.

—No es eso lo que yo he oído —observó burlesca, y se volvió para mirar a Vernona arqueando las cejas—. Hubo mucho más que eso, ricura...

—¿Qué ha oído usted decir? —preguntó, muerta de miedo.

—Lo que todo el pueblo habrá oído a estas horas, supongo.

—¿De qué está hablando?

—*Mrs. Yeager*, que vive en esa casa de ladrillos de la acera del frente, estaba sentada junto a su ventana el viernes por la tarde, y la vió a usted con *Floyd Neighbors*. Dice que usted lo besó.

—¿Es eso todo? —preguntó con prontitud.

Winnie Mae esbozó una sonrisa:

—¿Qué otra cosa pudo ocurrir allí, encanto?...

—Nada, supongo...

—Bueno... usted es la única que puede saber más sobre eso que *Mrs. Yeager*, ¿no es cierto?...

—Yo me estaba refiriendo a si... a si *Mrs. Yeager* dijo algo más... a si alguien dijo algo más...

—Probablemente se dirán un montón de cosas más si llega a saberse que usted aconsejó a *Mr. Neighbors* que *Floyd* debiera ser enviado lejos, a otra escuela.

—¿Por qué?

—Porque todo el mundo sabría al instante qué la movió a usted a hacer eso. Necesita deshacerse de *Floyd* ahora, porque está tratando de alzarse con *Milledge Mangrum*, o con cualquier otro al que pueda atrapar, sin excluir a mi marido. Conozco muy bien a las de su clase, ricura. Me resulta claro como la luz del día. Pensaba quedarme callada siempre que nos hubiéramos hecho muy amigas, pero ya que no quiere, tengo muchísimas cosas que decir sobre usted. Ha perdido su oportunidad, ricura.

Vernona, perpleja, pareció pedir en vano a su mente la respuesta adecuada.

—Atienda a mi advertencia y renuncie en el acto —prosiguió Winnie Mae—. No creo que el Consejo tome medida hasta mañana, y esa es su oportunidad para alejarse decorosamente. Usted podría adivinar ya con qué objeto la estaba yo esperando esta tarde. Si me hubiese escuchado, sería diferente. Conozco todo lo concerniente a *Pearline Gough*. Su madre envió por mí y me contó que usted había tratado de aconsejarse con ella. Se lo pidió a ella, en cambio ha rehusado ser amiga mía. Será mejor que abandone el pueblo cuanto antes. Puesto que yo resido aquí, y gozo de consideración, es muy probable que me pidan llenar su vacante, a partir del próximo lunes por la mañana.

—Pero lo de *Pearline* no es verídico —dijo Vernona con enojo—. No he pensado en renunciar. Es lo último que haría.

—Demuestra muy poca cordura al creer que podrá continuar en la enseñanza después de que yo diga lo que sé.

—Puedo explicar lo de *Floyd*. ¡Puedo explicarlo todo; sé que puedo!

—Nadie puede explicar un escándalo, ricura. Y, de todos modos, bien sabe que carece de ascendiente moral para la enseñanza. Hay un lugar en la vida para usted; pero no es el de maestra. He ahí por qué no quiero verla junto a *Milo* un día más. No

confío en usted junto a ningún hombre. Trasciende de su persona algo que tiene mucho de insinuante convite, algo que los provoca e incita a mostrarse descarados, y todavía no conozco a ningún hombre que, frente a eso, sea capaz de resistirse a calcular sus posibilidades. Puede que algún día se case y llegue a pertenecer a un solo hombre, pero lo dudo. Puede que usted piense en que necesita casarse, pero no lo hace. Usted sería más bien una prostituta afortunada, y lo será... Ahora bien: escriba su renuncia y entréguela al Consejo...

Vernona había soltado el llanto. No pudo evitarlo. Ofendida y humillada no supo cómo abrió la portezuela, saltó a la vereda y se fue ciega en dirección a la verja sin volver la cabeza hacia Winnie Mae. Mientras apuraba el paso por el sendero de ladrillos que conducía a la casa, oyó que el coche se ponía en marcha. Ya en el vestíbulo, corrió hacia la sala, y se dejó caer sollozando en el verde sofá, sintiéndose la más desdichada de las mujeres.

No hubiera podido decir cuánto tiempo estuvo en el sofá, hecha un miserable ovillo, hasta el instante de sentir que alguien la remecía suavemente. Volviendo la cara, alzó la mirada y pudo ver que Ash Neff la estaba contemplando. Trató de enjugarse las lágrimas mientras Ash se ocupaba en arrastrar una silla hasta el sofá.

—Supongo que ha ocurrido algo calamitoso, Nona —le dijo con simpatía. Permaneció silencioso unos instantes y luego, dándole unos cariñosos golpecitos en el dorso de la mano, le dijo—: Cuénteme qué le ha pasado, Nona.

—¡No sé! —exclamó, echándose de nuevo a llorar sin importarle su aspecto—. ¡No sé!

—¡Vamos, Nona! —le dijo, animoso—. Puede decírmelo. Siempre he estado de su parte, y siempre lo estaré. Sea lo que fuere, puede contármelo. Usted lo sabe, ¿no es así?

—¡Es horrible, *Mr.* Neff!

—¿Qué cosa?

—Winnie Mae Clawson dijo algo horrible de mí.

—¿Qué es lo que dijo Winnie Mae?

—¡Que soy mala... que soy una prostituta!

—¿Por qué dijo eso?

—¡Quieren que renuncie!

—¿Quiénes?

—No sé.

—Entonces... ¿qué la hace suponer eso?

—Winnie Mae me dijo que renunciara y abandonase pueblo.

—¿Quién es ella para decirle eso?

—No sé... pero quiere mi puesto. Me lo dijo...

—Ella no dirige la escuela...

—Pero hará que Milo Clawson lo pida al Consejo, y me obligarán a renunciar.

—Si ese repugnante Consejo lo oye y comete semejante bajeza, tendré yo más de

un par de cosas que decirle. Pago impuestos en este pueblo y me asiste el derecho a que se me oiga...

—Eso no servirá de nada, *Mr. Neff*... si dicen que debo renunciar. Eso es lo que más me lastima. Todo el mundo sabrá que enseñé apenas dos semanas en la escuela y luego tuve que renunciar. ¡Además... he luchado tanto!...

—El meollo de todo esto, *Nona*, es que usted tiene un arte especial para sacar a la gente de los agujeros en que se arrastra. Quizá esa sea, por último, una proeza tan grande como enseñar en la escuela. Em *Gee Sheddwood* necesitaba casarse con su prima en segundo grado, pero no dió un paso en tal sentido hasta que usted vino y le dió ánimos. *Jack Cash* estaba enfermo y cansado ya de visitar a las maestras para mantener su reputación, pero usted lo hizo avergonzarse de eso y ahora puede abandonar su hábito sin esconder la cara. Tal vez sea demasiado prematuro predecir lo que ocurrirá con *Floyd Neighbors* y *Milledge Mangrum*, pero algo sucederá finalmente. Y también *Thurston Mustard* va a ser sacado de su agujero, algo que, por cierto, por nada del mundo quisiera perderme. Luego tenemos a esa tal *Winnie Mae Clawson*...

—Pero yo quiero seguir en la enseñanza, *Mr. Neff*... eso es lo único que quiero...

—Muy bien, entonces. Si escucha mi consejo, tiene que apersonarse ante *Milo Clawson* y poner fin a las habladurías en el punto en que se hallan. Dígale a *Milo* que usted no va a abandonar su puesto, pese a todo lo que hable o haga su esposa. Usted puede hacer que la escuche. No le estoy diciendo que haga nada que no deba, *Nona*; sino que, si usted aborda a *Milo* y utiliza con él los mismos recursos naturales que emplearía con otro hombre cualquiera, lo tendrá restregando el suelo con la nariz y rogándole que no abandone el puesto, ni se aleje. No tiene sentido eso de permitir que *Winnie Mae Clawson* la corra del pueblo a fin de obtener la vacante. Devuélvale la mano, y con su propio juego, *Nona*, y devuélvasela bien, con la debida energía. No ceje hasta que *Milo Clawson* se quede sin narices de tanto restregárselas en el duro suelo. Apostaría una buena suma a que usted terminará por tener a *Milo* acezando como un perdiguero que, en plena canícula de agosto, busca un poco de sombra donde echarse. Si *Winnie Mae* lo maneja con un dedo, tengo plena fe en que usted podrá hacerlo de un modo más simple y llano...

—No puedo hacer eso, *Mr. Neff* —protestó ella—. Sería con mucho... como... bueno... cómo probar que lo que ella dijo sobre mí es verdad.

Ash volvió a darle unas cariñosas palmaditas en el brazo, infundiéndole ánimos:

—Suba a su cuarto y piense en ello, *Nona*. Ese ha sido siempre el estilo mujeril de conseguir algo, y seguirá siéndolo mientras quede un hombre en el mundo que clame por ese estilo. No se preocupe por ese chisme de la presencia de *Floyd* en su cuarto anoche. Tanto yo como mi esposa nos moriríamos antes de mencionarlo, y si *Patsy Mangrum*, como todo parece predecirlo, abre su enorme boca para contarlo, me echaré a la calle y le diré a todo el mundo que estaba allí repasando sus lecciones escolares.

—Pero eso no es verdad —dijo, meneando la cabeza—. Usted sabe que no es verdad, *Mr. Neff*...

—Usted deje que yo me encargue de las habladurías y atienda, por su parte, a lo otro. Ese muchacho pudo muy bien estar allí repasando sus lecciones, ¿no es así? ¡Ya lo creo que sí! ¿Por qué no podría estar repasando sus lecciones allí como en cualquier otro lugar? Los escolares deben estudiar sus lecciones en alguna parte, ¿no? ¿Cómo podrían, si no, obtener sus calificaciones para proseguir sus estudios? A las gentes les importa un rábano que los escolares ignorantes repasen sus lecciones caminando a la intemperie, ¿no es así? Bien sabe usted que no les importa. Quieren que los colegiales estudien con celosa aplicación, día y noche, no importa donde tengan que ir para hacerlo. Siempre he sido partidario de educar a los colegiales de modo que se llenen de conocimientos hasta la coronilla. No quiero que vivamos en este distrito rodeados de ignorantes, y, además, me echaré a las calles a decírselo a todo el que pase. No tiene más que esperar, y verá como lo hago...

CAPÍTULO X

JUEVES... por la noche

No sólo nunca había ella hecho semejante cosa, sino que ni tan siquiera había pensado en que algún día iba a hallarse contemplando la posibilidad de hacerlo. Y, más aún —atormentada como estaba por el persistente temor de que seguramente no tardaría en lamentarlo— vaciló largo rato antes de tomar una decisión. No obstante, de nuevo en su cuarto, pensando hasta el desvelo en qué podría hacer, su desesperación no hizo sino aumentar con el transcurso de las horas, hasta que se resolvió a dejar de lado todo orgullo y telefonar a Milledge Mangrum, rogándole que fuese a verla cuanto antes. La advertencia que le hiciera Patsy Mangrum carecía de importancia en momentos en que sentía que Milledge era la única persona en el mundo que podía ayudarla.

Dispuesta a llevar eso adelante, rogaba por que se hallase en casa, negándose a suponer siquiera que pudiese darle alguna excusa para no acudir o que hubiera abandonado el pueblo en cumplimiento de alguna misión, porque sin él se sentía en el mayor desamparo. Se recordaba a sí misma una y otra vez que —aquella noche en el campo—, en retribución a su promesa de amor, él le había prometido protegerla, sin que le importasen futuras complicaciones.

Vernona no había bajado al comedor a la hora de la cena —hasta se negó a abrirle a Blanche, que subió dispuesta a persuadirla de que debía comer algo—, y no había visto a nadie desde la tarde. No sabía aún si le diría a Milledge que estaba dispuesta a irse con él, o mejor acaso que haría de buena gana lo que él pidiese si la ayudaba en el trance. Todo lo que le importaba en esos momentos era apaciguar el incesante torbellino de su mente. Había cobrado un miedo cerval por Winnie Mae Clawson y la espantaba pensar en su amenaza de hacerla despedir si no hacía voluntaria renuncia de su empleo.

Desde que dejara esa tarde a Winnie Mae, creía oír a cada instante el ruido de un automóvil deteniéndose frente a la casa, y esperaba que pronto oiría las voces de Milo Clawson o de alguno de los miembros del Consejo que vendría a notificarla de que no eran necesarios sus servicios en la escuela de Palmetto, sugiriéndole quizá con énfasis la conveniencia de abandonar el pueblo en cuanto tuviese listas sus maletas.

Era poco después de las ocho cuando, temiendo lo que iba a hacer, pero incapacitada por el momento para proceder de otro modo, bajó en puntas de pies, con todo sigilo, al vestíbulo de la planta baja.

El teléfono se hallaba en una mesita, entre la sala y el comedor. El menor ruido de la calle o del interior bastaba a aumentar su nerviosidad. Se oía el rumor de las voces de Ash y Blanche que conversaban en los fondos. En alguna casa de la vecindad, una

radio aumentó súbitamente de volumen y la noche se llenó con el ritmo melódico de la músicaailable. Se oía el canto estridente de Martha Belle, que, a solas en la cocina, estaba lavando los platos. Un automóvil pasó, sin detenerse, frente a la casa. Hasta le era posible percibir el tic-tac del reloj situado sobre la repisa de la sala.

Vernona tomó asiento junto a la mesita, y miró con aprensión al teléfono, permaneciendo tensa y erecta, y preguntándose una vez más si debiera permitirse a sí misma un paso semejante.

Nunca en su vida había llamado a un hombre por teléfono para pedirle que la visitara. Pero ahora trataba de convencerse de que, con Milledge, era distinto. Había prometido casarse con ella apenas pudiera divorciarse de Patsy sin comprometer su carrera. Y, sin embargo, por primera vez, la duda se prendió a su mente con tenaces garras, y se preguntó si no era una necia al creer de ese modo en su sinceridad, cuando a lo mejor le había mentido con deliberado propósito. Sin embargo, no queriendo por último dar crédito a sus propios presentimientos, se convenció de que no tenía otro recurso. Por ahora, Milledge era la única persona que podría o querría ayudarla. Se hallaba pronta a hacer lo que él le dijese.

Luego trató de pensar en lo que haría si le tocaba a su esposa atender al teléfono, aunque, se dijo, tan necesitada se hallaba del consejo y la ayuda de Milledge, que sería muy capaz de atreverse a enviarle recado con la misma Patsy. Si Patsy reconocía su voz y rehusaba, tendría que idear otro remedio para verlo. Sería algo arriesgado, quizá una temeridad, pero podría pedirle a Martha Belle que, de paso para su casa, le llevara esa misma noche unas líneas.

Alzó cuidadosamente el auricular, se lo llevó al oído y percibió el sonido intermitente del tono de discar. Luego, sin darse tiempo a pensar más, discó a toda prisa.

Por fortuna, fue el mismo Milledge quien atendió casi al instante. A juzgar por su voz, pareció sorprendido al enterarse de que era ella quien lo llamaba. A la primera inflexión de su familiar acento, una torpe languidez se apoderó de ella, y, acomodando sus brazos en la mesa, se inclinó sobre el teléfono.

—Sí... tuve que llamar —dijo atolondradamente, apagando su voz hasta un murmullo a fin de que Blanche y Ash no alcanzaran a oírla.

Cerró bien los ojos antes de hallar el coraje para participarle el motivo de su llamada.

—Milledge, necesito hablar contigo. Es importante. No, Milledge, por teléfono no...

Medió entre ambos una larga pausa.

—Sí... esta noche... Por eso te llamé, Milledge... Supuse que contestarías tú mismo. ¡Me alivia tanto haberte encontrado! No sé lo que hubiera hecho de no encontrarte. Hubiese sido terrible, Milledge. ¡Te necesito tanto!...

—Lo veo —dijo, quitándole la palabra de la boca—. Ojalá hubieras llamado más temprano.

Por primera vez, su voz le pareció extraña, y llegó a la inevitable conclusión de que se hallaba disgustado. Entrecerró los ojos, haciéndose a la idea de que accedería a ayudarla apenas supiese cuán urgente era. Oyó que luego decía:

—Ahora es algo tarde. Creo que sería mejor esperar...

—¡Pero si apenas son las ocho pasadas, Milledge!...

—Lo sé, pero había dejado un trabajo pendiente para esta noche. Es algo que debo terminar. No puedo postergarlo por más tiempo. Lo lamento, Vernona. Pero, realmente, debo hacerlo.

Su mano transpiraba apretando con fuerza el auricular.

—¿Pero no podrías tú... Milledge, por favor... no crees que podrías venir ahora... al instante?

—Pero ¿por qué esta noche? —dijo con brusquedad.

Esta vez la asustó la inflexión de su voz, preguntándose qué pensaría de ella que así le rogaba para que fuese a visitarla. Se prometió que si él accedía a verla, sería la única y vez que procediera de ese modo.

—Milledge...

—¿Cómo puede ser tan importante? —preguntó él.

—Pero lo es, Milledge —le encareció con angustia—. Es terriblemente importante.

—Veo que tienes urgencia; pero ¿qué cosa podría ser tan urgente a estas horas de la noche?

—Te lo diré cuando estés aquí, Milledge.

—¿Qué ha ocurrido, Vernona?

—Prefiero no decírtelo por teléfono.

—¿No crees que exageras?

—Es grave, muy grave, Milledge... Me afecta mucho... y también a ti; a los dos...

—¿Algo relacionado con lo de la otra noche? ¿Se trata de eso, Vernona?

—No... no es eso, Milledge. Es algo más.

Hubo una pausa, más larga que las anteriores. El pensamiento que entonces la asaltó fue que estaba tratando de hallar un motivo más convincente para no ir. Contuvo la respiración, con el alma en un hilo. Sentía que sus ojos se llenaban de cálidas y punzantes lágrimas. Era como si el eléctrico zumbido del teléfono la agitara hasta en lo más íntimo. A fuerza de apretarlo, el auricular le calentaba y humedecía la mano.

—¡Milledge... por favor! Haré todo lo que digas... todo lo que quieras de mí. Te lo prometo, Milledge. Puedes pedirme lo que desees. Sé lo que digo, Milledge. Puedes creerme. No te pediré nunca más nada...

—¿Dónde estás ahora? —Y fue como si su voz sonara a miles de kilómetros, como si estuviese hablándole desde algún remoto rincón del mundo. El estruendo de la músicaailable golpeteaba sin piedad contra su conciencia. Aplastó la palma de la

mano contra su oreja libre. Algo en la manera brusca y despegada con que él le hablaba parecía anunciarle que no lo vería más—. ¿Dónde estás ahora, Vernona? — repitió, forzando la voz con impaciencia.

—Donde *Mrs. Neff*.

—¿En la casa de *Mrs. Neff*?

—Sí, Milledge.

Hubo una pausa larga y significativa. Oprimió hasta el dolor el auricular contra su oreja. Se apoyó levemente sobre la mesa. El zumbido del teléfono acreció hasta ensordecirla.

—Prefiero no ir allí. —Pudo oír que decía, y fue como si su voz llegase a través de una enorme distancia. Empezaron a latirle las sienes—. No quisiera que me viesen allí por ahora. Se ha murmurado ya en el pueblo, y podría ser peligroso. Prefiero que el chisme se aplaque antes de mostrarme de nuevo por allí. Hasta sería mejor que no nos viésemos durante un tiempo. Te das cuenta, ¿no es cierto Vernona? Tengo que ser muy prudente con tales cosas. Debo evitar el verme mezclado en un escándalo.

Cerrando los ojos, musitó para sus adentros:

—¡Dios mío!, ¿qué voy a hacer ahora?

—¿Me oyes, Vernona? —dijo él, alzando la voz.

—Sí... y también dijiste antes que harías cualquier cosa por mí si yo te necesitaba. Recuerdas eso, ¿no Milledge? ¡No te habrás olvidado de la otra noche en el campo, y de todo!...

—Por supuesto que lo recuerdo —asintió con una risita—. Y eres, por cierto, una chica maravillosa, Vernona. Pasamos juntos una noche inolvidable. Colmaste mis más caros deseos. Eres una chiquilla encantadora. Pero será mejor para ti que me dejes manejar esto a mi manera. Debes comprenderlo. Ponte en mi lugar. El escándalo sería mi ruina. Estoy demasiado metido en la política, y me confiscarían. No puedo cometer imprudencias. Pero en cuanto se acallen las murmuraciones...

—Milledge... no comprendes. ¡Sería demasiado tarde entonces! ¡Tan importante es, que debo verte esta misma noche! ¡Ahora mismo, Milledge... ahora mismo!...

—Pareces algo alterada ahora, Vernona —le dijo—. Te llamaré luego.

—¡No, Milledge! —suplicó, conteniendo el llanto. Sería fácil para él prometer llamarla y luego no hacerlo. Y si ella trataba de telefonarle de nuevo, hasta podría no atenderla. La música de la radio cesó de repente—: ¡Milledge... ya has oído que no puede esperar!

—No te preocupes. Volveré a telefonarte.

Gradualmente cobró conciencia de hallarse de nuevo percibiendo el fuerte zumbido del teléfono y comprobó que no sólo él no la escuchaba ya sino que ni siquiera podía suplicarle.

Se quedó mirando con atormentada fijeza el auricular, que sostenía aún en su mano húmeda, y preguntándose si sería capaz de llamarlo de nuevo. No hubiese podido precisar cuánto tiempo transcurrió hasta el instante de percibir el pesado andar

de alguien por el porche. Colgó precipitadamente el fono.

El ruido de los pasos se hizo más intenso, y no era fácil identificarlos. Hasta podrían ser de Milo Clawson que viniese a pedirle su inmediata renuncia, o de algún miembro del Consejo trayéndole idéntico mensaje.

Clavó la mirada en la silueta que surgía de la oscuridad y reconoció a Thurston Mustard que, con su ropa destrozada y todo revolcado, entraba tambaleándose a la casa. Al principio no la vió, pero cuando llegaba a la escalera se detuvo y la miró como si nunca la hubiese visto en su vida. No habría podido decir cuánto tiempo estuvo contemplándola, lo cierto es que ella abandonó la silla con toda cautela y luego corrió hacia la sala.

Se hallaba de pie junto a la mesa de centro cuando, recorriendo a tientas el corredor, entró en su busca. Observó que llevaba el cabello revuelto y despeinado y que parecía no haberse afeitado en varios días. Sus ojos brillaban penetrantes.

—¡Deje de escaparse de mí! —le ordenó con aspereza.

Ella no despegó los labios.

—Necesito hablar con usted.

Vernona persistió en su silencio.

—¡Dígame!... ¿dónde está Jenny? —preguntó.

—No sé, *Mr. Mustard* —replicó Vernona.

—Bueno... alguien debe saber dónde está, ¿no es así?

Vernona asintió con un movimiento de cabeza.

—Muy bien. ¿Y si alguien lo sabe, por qué no usted?

—Lo siento, *Mr. Mustard*. Pero no lo sé.

—Usted está tratando de ocultármela, ¿no?

—No, *Mr. Mustard*.

—No está mi coche, ¿no es cierto?

Vernona negó con un nuevo ademán de cabeza.

—Muy bien. Eso prueba que ha salido a alguna parte, ¿no?

—Sí, *Mr. Mustard*.

—Entonces... ¿a dónde fue Jenny?

—Oí decir que iba de visitas, *Mr. Mustard*. —Nunca había visto borracho a Thurston y su insólita conducta la asustaba. Temía que se pusiera furioso y la agrediese si llamaba a los Neff—: Sinceramente es todo cuanto sé de ella. No ha vuelto desde ayer. Pero tal vez regrese, *Mr. Mustard*.

Se le acercó con ligero tambaleo, y al inclinarse hacia ella por encima de la mesa, percibió el fuerte tufo a *whisky*. Entonces tuvo verdadero miedo y desistió de llamar.

—¡Diga! ¿No es usted esa maestra tan bien parecida que les sorbe el seso a todos en...?

Con la mirada fija en ella se aferró a la mesa con ambas manos como si hubiese hecho un descubrimiento tan agradable como inesperado.

—¡Claro que es ella! ¡Seguro que sí! No trate ahora de decirme que no es ella.

Siempre me gustó imaginarme cómo sería intimar con usted. Pero no tuve más oportunidad que un chino. Estaba siempre temiendo cambiar una mirada con usted en presencia de Jenny; pero eso no quiere decir que no tuviese ganas de hacerlo. He divagado mucho al respecto todo este tiempo. Me han dicho que es capaz de hacer que un hombre se trepe a los árboles como una ardilla voladora en busca de nueces. Eso es lo que he oído en todas partes, de modo que ha de ser la pura y santa verdad. Todo el mundo lo dice excepto Jenny. Jenny dice que debiera existir una ley para encerrarla donde nadie la vea, a fin de que yo no me forje ilusiones sobre usted. ¿No sería eso una vergüenza, maestra? ¿Qué piensa usted de una mujer que ni siquiera rindió fianza para sacarme de la cárcel y que, en cambio, se fue de paseo en mi coche? ¡Linda manera de tratar a un hombre esforzado como yo!, ¿eh? ¡Hacía un año que no tomaba un trago; pero hoy me he desquitado en grande! He trabajado para mantenerla, y le he dado todo lo que disponía, y ella se manda ahora mudar como si no valiese yo más que uno de esos canarios moquillentos de que tanto habla Ash Neff. ¿Sabe lo que tendría que hacer? Tendría que ir y retirar el cheque con mi salario del próximo mes a fin de contratar a alguna que confíe en mí lo bastante como para ser mi cara mitad.

Se estiró, echó mano de una de las sillas, y la arrastró hasta él sentándose luego con todo el peso de su cuerpo. Después de hallar una cómoda postura se quedó contemplándola con aire grave y reflexivo. No tardó en menear la cabeza como si hablara consigo mismo, y medio se sonrió satisfecho.

—¡Y bien, simpática maestra, no se vaya usted! —le dijo—. ¿Me oyó? Quédese donde está. Hay importantes asuntos que debemos discutir entre usted y yo, asuntos endiabladamente importantes, y no quiero esperar demasiado a fin de arruinarlos. Cuando hayamos discutido la situación conjunta y en general, habremos puesto un sin número de cosas en su lugar.

—*Mr. Mustard* —replicóle ella angustiada— ¿no cree usted que debiera pedir noticias de su esposa a *Mr. y Mrs. Neff*? Pueden tener alguna novedad para usted. —Temía quedar atrapada y retenida por la fuerza en la sala. Todavía estaba esperanzada en que *Milledge* telefonara de un momento a otro y, cuando lo hiciese, tendría que atender el teléfono—. Por favor, vaya a preguntarles, *Mr. Mustard* —suplicó—. Podrían saber exactamente dónde está su esposa y cuándo volverá.

Thurston hizo un ademán de desagrado agitando una mano frente a su nariz.

—No se inquiete, maestra. Nada quiero ya saber de esa mujer. Es de lo último que hablaría. Mientras menos sepa de ella en adelante, mejor me sentiré. De quien quiero informarme es de usted. Quiero explorar a fondo, tomándome todo el tiempo posible, como lo hace un auténtico explorador cuando se propone averiguar algo por sí mismo. Quizá esta vez sea mejor que se haya ido Jenny. Tal vez no quiera volver más. ¡Y eso ya supone algo!...

Se echó hacia adelante en la silla, midiéndola con la mirada, examinándola con morosa y penetrante intimidad. Al cabo de un rato, volvió a reclinarsse contra el

respaldo y entreabrió sus labios en una sonrisa.

—¿Sabe usted una cosa, maestra? Usted causa efecto en un hombre. ¡Ya lo creo que sí! Después de mirarla y apreciar sus muchos atractivos, ninguno que esté en sus cabales podrá contentarse ya con nada. La sola vista de tan bellos encantos echa a perder a un hombre para el resto de su vida. Todas las demás pasarán a segundo plano. ¡Diablos, no! ¡A cuarto plano! Ahora bien: ¿quién desea soportar a su lado a una mujer de cuarto plano? ¡Yo no!...

Y sonrió con aire de conocerse bien a sí mismo.

—Le diré de qué se trata, maestra. Hagámonos la cuenta de que Jenny se haya ido al infierno, y que sea para mejor. Ya lo hemos dejado todo en claro y limpio de obstáculos. No tenemos para qué hablar más de eso. Ahora bien... ¿qué le parecería emprender un viajecito conmigo? ¿Sólo yo y usted, solitas nuestras almas? No quiere decir que nos casemos precisamente. Basta con que nos levantemos y nos vayamos. ¿Qué piensa usted de esto, eh maestra? ¿Suena bien, jmmm... eh... jmmm, simpática, eh?

—No, *Mr. Mustard*. No podría ser —se apresuró a decir.

—No se precipite tanto a rehusar lo bueno —dijo, enfadado por su instantáneo rechazo.

—Lo lamento, *Mr. Mustard*.

—Muy bien. Eso es mejor. Eso no es decir que sí ni que no. Siempre es el mejor sistema para discutir algo importante.

Acercó su silla hacia ella.

—¿Estuvo alguna vez en Chicago?

—No.

—Apuesto a que le gustaría saber cómo es.

—Algún día, *Mr. Mustard*. Pero no ahora.

—¿Por qué no ahora?

—Por varias razones.

—Cíteme una.

—Vine a Palmetto a enseñar.

—Usted no debe enseñar y lo sabe.

—Pero necesito hacerlo.

—¿No se estará creyendo que es mucha mujer para mí, eh?

—No. No es eso, *Mr. Mustard*.

Thurston cruzó las piernas y permaneció un instante pensativo.

—¡Escúcheme! —dijo con gravedad—. Tal vez usted no lo sepa; pero yo contaba con hacer un viaje de recreo a Chicago. Me lo he pasado trabajando y haciendo planes como un zurdo estúpido que se hace colocar los grillos por la mano derecha de un mono. Luego ese hijo de perra de Em Gee Sheddwood vino y me lo derribó todo. Ese hijo de perra de Sheddwood no quiere cultivar más mijo. Una miserable jugarreta como esa bastaría para convertir al más sobrio de los predicadores en un borracho

perdido. Me manifestó que no cultivaría más miijo porque sabía lo mucho que yo esperaba de eso, y luego se volvió y me dijo que antes cultivaría tabaco para los conejos y nueces para los monos, con lo que demuestra hasta dónde llega su mezquindad. Pero a pesar de todo, lo mismo he de ir a Chicago. Pude guardar una pequeña suma en cierto lugar que tuve mis buenas razones para mantener en reserva. Me alegra mucho, por cierto, que no se haya usted casado con ese hijo de perra de Sheddwood. Ahora podrá partir conmigo a Chicago y hacerme compañía. ¿Qué dice de eso, simpática maestra? Sólo yo y usted, y solitas nuestras almas rumbo a Chicago, ¿eh?

—Lo siento, *Mr. Mustard*; pero yo no podría...

—¿Quiere dejarse de repetir eso una y otra vez? —la interrumpió, y dió con el pie en el suelo con todas sus fuerzas—. ¿Quién se cree, por último, que es usted, grandísima niña? Siga con eso y la voy a agarrar y a dar tantas palmadas en el trasero que se le va a poner morado. Hace que un hombre se ilusione y luego le da la espalda y quiere distanciarlo. La he estado observando cómo juega al «quiere y no quiere», y bien sabe que eso es todo lo que se necesita para que un hombre la eche al suelo, y le sobe la badana. Si yo no la echo al suelo y lo hago, otro cualquiera lo hará; y si no lo hace otro cualquiera, lo hará el que esté más cerca. Ahora ya sabe por qué no le conviene seguir conduciéndose como una grandísima niña. Usted es la chica más salerosa que se ha visto, con un grandísimo salero, y eso es cuanto necesito para lo que me aflige. Después de todos estos míseros años al lado de Jenny, voy a tomarme un largo desquite con usted. No sabía qué estaba yo echando de menos hasta que usted llegó a Palmetto, buena moza...

Hizo una pausa y la examinó de un modo especulativo.

—No se me hará usted la de las monjas por mucho tiempo. Sé cómo hacer para que se olvide de eso. Tengo lo que se necesita. Lo hallará bueno y en cantidad. Ahora, volvamos al asunto, juntemos las cabezas y discutamos ese viaje a Chicago que yo voy a hacer con usted, buena moza.

—¿Qué se puede hacer en Chicago, *Mr. Mustard*? —preguntó ella.

—Iremos a ver los grandes galpones de almacenamiento y los elevadores de granos. Seguramente habrá algunas exposiciones abiertas de maquinaria agrícola. Aparte de todo eso, visitaremos algunos de los clubes nocturnos de que he oído hablar. No va a arrepentirse de viajar conmigo a Chicago, simpática. Después, no querrá irse más de Chicago.

Una ruidosa tremolina tenía lugar en tanto en el porche de entrada. Vernona y Thurston, sobresaltados por tan repentino disturbio, se volvieron y prestaron oídos. Primero el ruido sugería los trastazos de varios hombres que estuviesen golpeándose en medio de un arrastrarse de sillas, y luego sintieron que alguien era empujado, entre forcejeos y protestas, desde el porche hasta el vestíbulo.

Un nuevo alboroto, de más corta duración, pero aún más violento, tuvo lugar en el vestíbulo y luego se vió a Ash que empujaba con todas sus fuerzas a Floyd Neighbors

metiéndolo en la sala. Floyd fue a dar contra la pared, y allí quedó mirando fijamente a Vernona y Thurston. Estaba rojo y agitado. Ash se sentó casi sin resuello.

—¡Sabía que estaría aquí con alguno! —gritó Floyd, acusador, encarándose con Vernona—. Permite que cualquiera se le acerque, pero a mí me echa de su lado. Se lo permite a *Mr. Cash*, a *Mr. Sheddwood* y a *Mr. Mangrum*, y ahora está con éste...

Dirigió a Thurston una mirada furibunda, agitando los puños.

—Todos pueden hacer lo que se les antoja, menos yo. ¡Ha sido egoísta conmigo siempre que ha podido! —agregó mirando nuevamente a Vernona—. No juega nada limpio. ¿Por qué me hace esto? ¡Si yo no le gusto, no debe gustarle ninguno!

Blanche, que había oído la escaramuza del vestíbulo, y los gritos en la sala, llegó corriendo desde su pieza para averiguar lo que ocurría. Entró y se detuvo mirándolos a todos —de uno en uno— con ojos inquisitivos.

—¿Qué diablos está pasando? —preguntó con agitación, dando unos pasos hacia la mesa de centro—. Ya iba a acostarme cuando oí esta trifulca. Era como si se estuvieran peleando en toda la casa.

Ash señaló con el dedo a Floyd, que seguía arrimado a la pared.

—Ese era el causante del alboroto. Lo pesqué ahí afuera, detrás del tronco de la encina, en el patio. Yo estaba en el porche tomando el fresco cuando vi que se escondía detrás del árbol. Supuse que nos iba a hacer una nueva trastada. No se dió cuenta de que yo lo estaba mirando, porque no podía verme en la oscuridad; de modo que me deslicé al amparo del barandal, pude rodear la casa por el fondo y me arrastré a espaldas suyas. No sé lo que se traería entre manos esta vez; pero se conducía como si se estuviera aprontando para colarse, de nuevo en la casa y subir escalera arriba como ya lo ha hecho; y no quiero que eso vuelva a ocurrir tan pronto. Dos veces estuvo a punto de escapárseme; pero helo ahí ahora. Estos colegiales de su edad son mucho más fuertes de lo que uno piensa. Si yo no hubiera tenido tantos deseos de ponerle la mano encima, me habría arrojado al suelo en un periquete.

Blanche estaba meneando la cabeza llena de pesadumbre cuando Ash terminó de hablar.

—Debí haber llamado a la policía como fue mi intención —dijo—. La culpa es mía por no haberlo hecho. ¡No será porque no lo supe a tiempo!... ¡Floyd Neighbors: vas a enloquecer a esta pobre muchacha si sigues con esto! Será preciso tomar medidas...

—Sólo hay una cosa más cargante que un colegial metido a hombre —dijo Thurston— y es un pollo alharaquiento alardeando en un gallinero un sábado por la noche...

Ash buscó en su bolsillo y sacó un pequeño revólver, exhibiéndolo en la palma de la mano para que todos lo viesen.

—¡Esto es lo que tenía! —les dijo—. Palpé el bulto en su bolsillo cuando estaba tratando de sacarlo del patio. Menos mal que se lo quité...

—¿Qué diablos estaba haciendo con una pistola? —chilló Blanche, espantada a la

vista del arma—. Pudo haber herido a alguien. Es terriblemente peligroso para un niño, y para cualquiera, cargar con semejante cosa...

—Pregúntale a él lo que estaba haciendo con eso —dijo Ash—. No quiso decírmelo cuando traté de averiguarlo. Se me enfurruñó y no quiso explicarse.

Floyd se abalanzó sobre Ash, de un manotón le arrebató el revólver, y luego, apuntándolo amenazante contra los que se hallaban en la sala, volvió a arrimarse a la pared.

Thurston, ya parcialmente sobrio a todo esto, abandonó la silla y se precipitó hacia Floyd.

—¡Dame esa arma, Floyd! —lo conminó con energía.

—¡Hará mejor en quedarse donde está, *Mr. Mustard!* —dijo Floyd, apuntando la pistola a la cabeza de Thurston, que se vió forzado a detenerse a escasa distancia.

—¡Cuidado, hijo! —lo previno Ash, preocupado—. Es muy peligroso manotear de ese modo. Esas cosas se disparan cuando menos te lo piensas. Lo mejor que puedes hacer es dejarla sobre la mesa, hijo. Sé por qué te lo digo. He presenciado algunas muertes por accidente: cuando te acuerdas, ya es demasiado tarde para reparar el daño. ¡Vamos, hijo, escúchame y haz lo que te digo!...

—No me importa —dijo Floyd, con los ojos clavados en Vernona, que se hallaba en el lado opuesto de la pieza—. Le dijo a mi papá que debía enviarme lejos, a otra escuela. Fue hoy a la botica y se lo dijo. Sé por él mismo que lo hizo... Quiere deshacerse de mí para gustar a otros...

—Hijo... estás alterado ahora. —Y Ash intentó razonar con él—. Nunca resultó nada bueno el amenazar a la gente con una pistola. Si la dejas, como te he dicho, y tomas asiento, podríamos hablar sobre...

—No se saca nada hablando con ella. Ha sido egoísta conmigo desde que llegó. Me gusta y ella lo sabe. Es mezquina conmigo porque quiere. Por eso le dijo a mi papá que me enviara lejos. —Empezó a llorar. Las lágrimas anublaron sus ojos y trató de enjugárselas con los nudillos de su mano libre—: ¡No voy a irme! ¡Nadie podrá obligarme!...

—Hijo, bien sabes que eres demasiado joven para portarte así con una muchacha sólo porque no quiere hacer lo que tú quieres que haga. Como sea, esa no es manera de conquistar a una muchacha. Lo comprobarás cuando seas mayor. No puedes obligar a Nona ni a nadie a hacer eso, y el hecho de apuntar con una pistola no te va a ayudar ni pizca. Luego, lo que debes hacer, es entregarme esa pistola y te doy mi palabra de que nos sentaremos todos aquí a arreglar las cosas para que no te envíen lejos, a otra escuela. Dame, pues, la pistola, hijo. Es lo único sensato...

Todos quedaron a la expectativa; pero transcurrían los segundos y Floyd no daba el menor indicio de haber escuchado a Ash. Mientras lo observaban, vieron que su mano comenzaba a temblar. Luego, súbitamente, en un abrir y cerrar de ojos, la pistola hizo fuego y la bala cruzó la pieza y silbó junto a Vernona errando apenas el blanco. Antes de que pudiera gatillar de nuevo, Ash y Thurston saltaron sobre él. En

el preciso instante en que le echaban mano, sonó un nuevo disparo y Floyd cayó al suelo, soltando el arma.

En el acto Thurston dió un puntapié a la pistola para ponerla fuera del alcance, y luego, ayudado por Ash, entre ambos levantaron al niño y lo llevaron al verde sofá. Ya no lloraba; pero las lágrimas recientes inundaban su rostro. Vernona se acercó y se inclinó a contemplarlo. A poco se cubrió el rostro con ambas manos y lloró en silencio.

—¡Ve a telegrafiar al médico! —gritó Ash a Blanche—. Parece que es demasiado tarde; pero puede que el médico haga algo por él. ¡Dile que se dé prisa!

Blanche, retorciéndose las manos, dió por primera vez señales de vida desde que sonaron los disparos. Parecía que aún no se daba cuenta de lo ocurrido cuando salió de la sala. Martha Belle se hizo presente en el momento en que Blanche se precipitaba a llamar al médico.

—Creo, Ash, por el modo en que respira, que no va a durar mucho más —observó Thurston con un perplejo movimiento de cabeza.

Ash asintió en silencio, con aire grave.

—¿Qué lo llevó a hacer semejante cosa y a atentar también contra Vernona? —preguntó Thurston, ya del todo sobrio—. ¡Pudo haberla matado, Ash!

—¡No sé, Thurston! —dijo Ash, tomando asiento en una de las sillas, frente al sofá—. Además, Floyd no tenía edad suficiente para saber por qué lo hacía. La gente dirá ahora que podríamos haberlo impedido; pero no sé cómo. Se había hecho el ánimo de hacerlo y encontró la manera. A eso vino aquí esta noche, a dar muerte a Nona y dársela él. Fue una feliz casualidad que no la alcanzara a ella, de otro modo habría consumado todo lo que se proponía. Estaba obsesionado porque iban a enviarlo lejos, como él mismo dijo. Siempre temí —desde que dió tales muestras de afición por Vernona— que sucediera algo; pero no me imaginé que acabaría en esto...

Blanche volvió del vestíbulo y se paró junto a Vernona, al lado del sofá. Martha Belle lloraba en silencio.

—¿Dónde está el médico? —preguntó Ash.

—Ya lo enviaron. Dicen que vendrá pronto...

—Tendrá que darse prisa —dijo Ash, contemplando a Floyd— o va a ser demasiado tarde.

Se oyó en el vestíbulo el estridente sonido del teléfono. Vernona salió corriendo de la sala y levantó el auricular. Tenía la certeza de que era Milledge que llamaba por ella, como se lo había prometido. Cuando oyó una voz de mujer, se hundió desfalleciente en la silla. La operadora de la estación telefónica le estaba diciendo que Mike Vawn, el policía, se había enterado del tiroteo ocurrido en casa de los Neff, y que se dirigía hacia allí para investigar.

Vernona volvió el auricular a la horquilla, y se quedó mirándolo como alucinada. Sintió ganas de llorar; pero las lágrimas no acudieron a sus ojos. Oyó que Blanche se

le acercaba.

—Nena, si está usted pensando en telefonar a Milledge Mangrum, no lo haga —dijo Blanche, sentándose al lado opuesto de la mesa—. Telefonarle ahora sería perder el tiempo. Patsy está decidida a no cederle el lugar en la mansión del gobernador, lo que quiere decir que en mi vida podré yo saber cómo se siente una cuando va allí de visita. No quisiera echarle a usted toda la culpa; pero no está de más que conozca la enorme decepción que constituye eso para mí, luego de haber confiado tanto en que se casaría con Milledge Mangrum. Cuando usted desdeñó a Jack Cash, cavilé mucho sobre el problema, y luego decidí que —después de todo— sería aún mucho mejor para usted casarse con Milledge. Fue por eso que empecé a contemplar la posibilidad de visitarla de vez en cuando en la mansión del gobernador.

Vernona se echó sobre la mesa, dobló los brazos y reclinó su cabeza en ellos.

—Lo siento, *Mrs. Neff* —dijo con un hilo de voz— pero no puedo evitarlo. Desde el principio sospeché que Milledge no me amaba, aunque no quería confesármelo a mí misma. Cuando vine a Palmetto, pensé que, dedicándome a la enseñanza, dejaría de tener miedo... miedo de enamorarme y sufrir un nuevo desengaño. *Mr. Neff* lo sabe, *Mr. Neff* me lo dijo una vez que yo parecía una de esas que...; pero no viene al caso. Como sea, me decía que yo era una de esas que sacaban a las gentes de los agujeros en que se arrastraban, y yo me lo he pasado sacando a flor de piel mi propia personalidad. Ahora todo el mundo sabe lo que en realidad soy. Detesté a Winnie Clawson porque descubrió que yo jamás podría amar a ninguno, sino que trataría siempre de conseguir a los hombres que no podía tener. He ahí por qué dijo que yo no era más que una pérfida y afortunada prostituta. No puedo seguir fingiendo por más tiempo. Tengo que ser lo que soy... ¡no puedo evitarlo!

—¡Qué cosa más singular, nena! —dijo Blanche—. ¿De dónde diablos ha sacado esa idea de sí misma?...

Pasó largo rato antes de que la joven respondiera a Blanche. Sintió el escozor de las lágrimas, que acudieron por último, a sus ojos, como el único consuelo que había hallado siempre en su soledad. Sus crispadas manos terminaron por soltarse aliviadas.

—Pude haber sido diferente, sin embargo, *Mrs. Neff*. Pero no del modo en que usted piensa. Me gustaba Floyd. —Levantó la cabeza de entre los brazos y miró a Blanche a través de la mesa—. Floyd me gustaba mucho. Estaba muy contenta de su pasión por mí. Deseaba amarlo con todas mis ansias; pero me lo prohibía a mí misma. Si hubiera tenido el coraje de huir con Floyd, e incluso casarme con él, podría haber sido feliz a su lado por el resto de mi vida. Fue la única oportunidad que jamás tuve de ser realmente feliz. Ahora habré de seguir siendo lo que siempre he sido; lo que Winnie Mae ha dicho que soy. Pero todo ha terminado ya. De nada sirve intentar explicarse. Todo ha terminado.

Se oyeron chirriar los frenos de un automóvil frente a la casa, luego el rechinar de la verja, los pasos apresurados de alguien que se encaminaba hacia el porche por el sendero de ladrillos. Ash y Thurston salieron al vestíbulo creyendo que llegaba el

médico. Mientras estaban a la expectativa, Em Gee Sheddwood atravesó el porche y se detuvo en la puerta cancel. Sus ojos parpadeaban nerviosos hostigados por la luz.

Thurston Mustard fue el primero en moverse. Con los ojos puestos en Em Gee, echó mano al bolsillo, sacó un frasco con un resto de *whisky*, y se lo empinó con ruidoso gorgoteo. Después de limpiarse la boca arrojó por la puerta, despreocupadamente, la botella vacía, y por poco se la asesta a Em Gee, que, haciendo caso omiso de todos los presentes, atravesó el vestíbulo y se fue derecho a la mesa del teléfono donde estaba sentada Vernona.

—Escúcheme Vernona... algo anda mal —dijo con expresión lastimera—. Puede que usted crea que me conduzco de un modo peculiar después de lo sucedido, pero quiero cambiar nuevamente de parecer —dijo esto sin apartar la mirada de la joven y meneando la cabeza de lado a lado—. Wilma... Wilma... —se interrumpió, incapaz de rematar la frase.

Ash pasó a su lado y luego se volvió mirándolo cara a cara.

—¿Por qué tan afligido Em Gee? —preguntó con curiosidad—. ¿Qué le ha pasado para alterarse de ese modo?

—Wilma... —profirió Em Gee, parpadeando.

—¿Qué pasa con Wilma?... ¿No se casaron ya como usted lo había dispuesto?

Em Gee puso la cara larga:

—Jack Cash se casó con ella mientras yo me hallaba en la cárcel, Ash. La cosa está ya rematadamente hecha. Es demasiado tarde para deshacerla, Ash. Esa es la atroz vergüenza. —Se interrumpió por un momento y luego miró a Vernona—: Ni se me pasó por la mente que Jack Cash fuese capaz de hacer eso mientras yo daba vuelta la espalda. Pero si Vernona quiere...

Ash soltó la risa, diciendo como si hablara a solas:

—Jack Cash es otro hombre ahora, Em Gee. Debió tener en cuenta eso y poner a Vernona fuera de foco. Tiene más calorías que una casa en llamas desde que Vernona le metió fuego. Siendo como era, llevó un rato encender la llama para sacarlo humeando de su agujero, pero desde entonces no ha habido modo de apagarlo. Wilma va a tener que afanarse día y noche para que se enfríe.

Em Gee se había vuelto hacia Thurston y lo miraba furioso:

—Este agente agrario me buscó pelea en la calle e hizo que me metieran preso, obligándome a desperdiciar todo ese tiempo que había yo destinado a casarme. Lo único que le interesaba era hacerme cultivar mijo, a fin de que pudiera emprender un viaje a Chicago. —Y Em Gee tomó a Ash por un brazo—. Mire usted, Ash, Ash... escúcheme —agregó con gravedad—. Yo siempre fui uno a quien le gustó empezar una cosa y no soltarla por nada del mundo hasta terminar con ella. Quiero que olvide todo lo relativo a ese testimonio que usted iba a prestar por mí. Haga cuenta de que nada ha ocurrido. Me he propuesto casarme con una y quiero finiquitar el asunto.

Thurston se echó a reír ruidosamente y dijo:

—Em Gee, la próxima vez, si no quiere perder tanto tiempo en despachar su

asunto, podría hacer las cosas mejor. Me importa un rábano ahora que usted cultive mijo o colas de gato, o tabaco para los conejos, o nueces para los monos, en todo el resto de su vida. Como sea, encontré ya el modo de ir a Chicago. ¡Y más que eso: adivino que no estaré solo ni un minuto!

Em Gee miraba a Vernona:

—Ahora, escúcheme usted, Vernona —dijo—. ¿Qué piensa de lo que le dije hace un rato? ¿Le parece bien? En adelante no tendrá ya que temer estos vaivenes míos que me llevan para atrás y para adelante. No tengo tiempo que perder en andar por ahí buscando de nuevo...

Blanche empezó a darle con el codo a Vernona.

—Ahí tiene la solución, nena —la urgió Blanche—. Esta es la gran oportunidad de su vida. Quizá nunca se le vuelva a presentar una proposición tan honesta hecha por un hombre rico. Además le evitará caer en eso que dice usted de sí misma. Vaya y dígale que se casará con él. No quiero que piense que soy dura de corazón, pues por naturaleza no lo soy. Tendría mucho gusto, a pesar de todo lo ocurrido, en que permaneciera en mi casa, como si fuera de mi propia familia, a no ser por los chismes que seguramente eso acarrearía. Porque ahora se levantará un vendaval de murmuraciones, y, por usted misma, no podrá quedarse ni un minuto más de lo debido. Quizás piense que es cruel decir esto; pero tengo que pensar en mí misma. Necesitaré recibir a la nueva maestra que llegue a Palmetto, y el Consejo Escolar...

Vernona se levantó de la mesa del teléfono. Estaba mirando a Thurston, a través del vestíbulo, y pugnando con las lágrimas que asomaban a sus ojos. Por fin, lentamente, desde las comisuras de sus labios, comenzó a extenderse una sonrisa.

—Nadie podrá disuadirme ahora de lo que me he propuesto hacer —dijo Thurston mirando a Em Gee con ceño belicoso—: Tengo que decir un par de cosas sobre el aspecto conjunto de la situación en general. Ahora bien, para empezar con...

—Demoraré muy poco en empacar mis cosas, *Mrs. Neff* —dijo Vernona a Blanche, sin apartar aún los ojos de Thurston. La incipiente sonrisa terminó por invadir sus mejillas—: Voy a irme por un tiempo con *Mr. Mustard*. Haremos un viaje juntos. Nos iremos en cuanto él diga que es la hora de partir...



ERSKINE CALDWELL (White Oak, Georgia, 1903 - Paradise Valley, Arizona, 1987), escritor estadounidense, hijo de un ministro de la Iglesia Presbiteriana, estudió en la Universidad de Virginia sin llegar a graduarse. En 1926 se trasladó a Maine y allí empezó a escribir para periódicos y revistas. En sus libros manifestó su preocupación por las miserables condiciones de vida de los campesinos sureños, a la vez que denunciaba el racismo, la violencia de género y los prejuicios de clase de aquella sociedad. En 1936 se casó con la fotógrafa Margaret Bourke-White. De sus obras, entre ellas *El camino del tabaco* (1932) y *La parcela de Dios* (1933), se habían vendido hacia 1940 más de dieciocho millones de ejemplares. En ellas se describen con humor y erotismo la miseria, la violencia y el racismo de los blancos pobres del Sur.